

LLUVIA

María Eugenia Leefmans



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Rectora de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Computacionales

Arianna Becerril García

Secretaria de Ciencia

Doctor en Ciencias Agropecuarias y Recursos Naturales

Francisco Herrera Tapia

Secretario Académico

Doctora en Estudios Latinoamericanos

Cynthia Ortega Salgado

Secretaria de Identidad y Cultura

Doctor en Ciencias Sociales

Jorge Alejandro Vásquez Caicedo

Secretario de Gobernanza Universitaria

Doctora en Farmacia y Tecnología Farmacéutica

Mariana Ortiz Reynoso

Secretaria de Vinculación, Extensión y Promoción
de la Empleabilidad

Maestra en Administración

Miriam Liliana Padilla Mora

Secretaria de Gestión y Administración Universitaria

Maestra en Hacienda Pública

Miriam Sierra López

Secretaria de Finanzas

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Lujá

Secretaria de Desarrollo y Fortalecimiento Institucional

Doctora en Ciencias con Énfasis en Educación

Miriam Sánchez Angeles

Secretaria de Igualdad Sustantiva y Cuidados

Doctor en Ciencias e Ingeniería de Materiales

José Guadalupe Miranda Hernández

Secretario de Centros Universitarios y Unidades Académicas

Maestrante en Derecho

Evangelina Sales Sánchez

Consejera Jurídica Universitaria

Doctora en Diseño

María Fernanda Valdés Figueroa

Comunicación Social Universitaria

Doctor en Políticas Públicas

Bernardo Jorge Almaraz Calderón

Jefe de la Oficina de Rectoría

Lluvia

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

MARÍA EUGENIA LEEFMANS

LLUVIA



Universidad Autónoma del Estado de México

"2025, 195 años de la apertura del Instituto Literario en la ciudad de Toluca"

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEMEX, y fue sometido a un proceso de identificación de duplicidad de la información mediante un *software* especializado.

Primera edición, septiembre 2025

LLUVIA

María Eugenia Leefmans

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-968-9718-07-9

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Álvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Coordinación de diseño y portada: Luis Maldonado Barraza

Corrección de estilo: Ma. del Socorro Zepeda Montes

Diseño y formación: Eva Laura Rojas Almazán



*¿Qué rumor? ¿Es la lluvia? Desatada
cae a torrentes, . . .
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
de tu solemne inspiración henchido,
al mundo vil y miserable olvido,
y alzo la frente, de delicia lleno!*
En una tempestad

JOSÉ MARÍA HEREDIA

¡AH, MUNDO!, me nombraron Lluvia por ser ésta el mayor regalo de los dioses a la tierra y a sus hijos. Sobre todo por aquellos lugares míos en que el aire sopla melodías calientes y cae poca agua del cielo.

Salí cerrera y fuerte, como la ribera del lago de aguas con sabor amargo y brotes de espesura negra. El mismo por donde pasó un gran viajero, cuyas memorias leen los Heredia, y nuestros palafitos lo inspiraron para llamar a la región pequeña Venecia. Cerrera como el café sin endulzar, y fuerte como los esclavos a quienes la existencia no les pertenece.

He andado por las sabanas con estos pies, a los que muchos se les quedan viendo raro, por las borlas de estambre de colores en mis alpargatas. Con ellas recorrí caminos lisos y empedrados, otros crujientes o suaves y sobre el lomo de las mulas cayeron mis holgadas túnicas. Mi estómago se arqueó cuando no aguantó las bascas, el tiempo que duraron las travesías por mar.

Aquí vine a dar . . ., a los pies de un señor que ruge, el Xinantécatl, a una región matlazinca, Toluca. La ciudad está consagrada a san José, un santo que me persigue, mis patrones se llaman como él, hay un Joseph que se encariñó conmigo, he vivido en parroquias dedicadas a su veneración y estoy segura de que me protegerá a la hora de bien morir. Desde más allá del volcán y el mar, donde el terreno es polvo fino y las pisadas

se pierden, me trajo la vida, no sin antes acompañar al amito, mi niño José María, en su recorrido por el mundo.

Por doscientos cincuenta pesos me vendieron a los Campuzano, ellos me compraron para la Mercedes. Me regalaron, con papeles de esos que firman y leen los que saben. Todo comenzó unos días después de que el espíritu de un zambo vino de paso por el cañaveral, lo acompañaba la sombra del indio Cumare, se me acercó para contarme la historia del negro Cocofío y sus predicciones. Ilusa, me dejé contagiar por el entusiasmo de aquel hombre encogido, sin manos, porque se las amputaron los que lo condenaron a muerte, con la cabeza colgando y unos ojos que me penetraban mientras hablaba de revueltas y otras cosas. Me embrujó, y la que se quedó engurruñada fui yo.

La idea de un niño, de esclavo alzado y huidizo, no le gustó a mis patrones y decidieron alejarme. Corrieron la voz entre los hacendados y llegó a oídos de los Campuzano, quienes buscaban una mujer sana y recién embarazada para servirle a la sobrina. Les preocupaba la gastada salud de Merceditas, quien ya había experimentado un mal parto y temían por su vida ante la llegada del próximo hijo. *¡Miren, no más!* Me fui, entonces, con los Heredia a la ciudad de Coro, me dejaron vivir en la casa grande, comía de lo mismo que los señores y no me permitían cansar con el quehacer. Si Martina me viera no lo creería, los amos cuidando a su hija.

En las tardes paseaba con la niña, medíamos nuestra barriga y así comprobábamos el avance de la preñez. Solía caminar a la orilla del mar, las olas al reventar mojaban mis pies, refrescando las pisadas borraban los miedos. Pensaba que el ir y venir del agua llevaría novedades a mi gente, la que se quedó al otro lado del lago.

El día en que sentí un dolor raro en la cintura, como si se abrieran los huesos de la cadera, me adentré en el matorral. Oía que gritaban mi nombre: Lluvia, Lluvia; sin embargo no respondí; las contracciones me dejaron muda y después de haber sudado todos mis pecados salió entre mis piernas un bultito oscuro, lleno de sangre. Acordándome de lo que le hacían a mi madre, con una caña corté el cordón que me unía al carricito hechura del zambo José Leonardo mientras se escapaba. Era color de tierra adentro y se prendía del pecho con ansias, preparó mis pezones para el niño de la casa. Cuando nació el primogénito de la familia yo estaba recuperada, aunque no lista para dejar de ver a mi carricito. Se lo llevaron a Sinamaica, y allí seguramente lo alimentaron las mujeres de la hacienda con leche de cabras.

¡Vais pues! Tuvo suerte la Merceditas, pero más mi José María. Se consiguieron a una hembra saludable y preñada que alumbraría unos días antes que su ama. Me convirtieron en la nodriza del tan deseado heredero de los Heredia y éste mamó la leche destinada al hijo del espíritu de un negro sublevado, un cimarrón, y de una india guajira, una *hija er diablo* cualquiera.

UMJÚ. . ., eran primos. Don José Francisco y su esposa eran primos. Joaquinita la cocinera me lo contó, y juntas gozábamos el chisme, sobre lo que dirían los curas.

—¿Cómo hicieron pa' casarse? —le pregunté.

—¡*Gua, pues!*, como hacen todos los amos. Se encaprichan y van de obispo en obispo hasta que uno de ellos se compadece y les da permiso.

Era imposible no rendirse ante el amor de estos señoritos. Los Campuzano de Coro, tíos de la Mercedes, eran gente rica y de prestigio. Cuando la embarcación que llevaba a los Heredia de Santo Domingo a Puerto Rico en busca de asilo, zozobró en aguas cercanas al puerto de la Vela de Coro, la Merceditas se acordó de sus parientes. Al llegar a la playa fueron auxiliados por unos pescadores y ella les pidió que avisaran a sus familiares. Su tía Aurora había estado de visita en Santo Domingo cuando fue a España, allí hizo escala el bergantín en que viajaba. La señorita se emocionó al reconocer a su sobrina, la hija de su hermana, y protegió, hasta el día de su muerte, a los cuatro refugiados: José Francisco Heredia, su madre, su hermana y por supuesto la primita por quien el joven sufría de mal de amores. Doña Aurora, soltera de por vida, por fidelidad a un poeta desconocido y sin bienes de fortuna, se conmovió ante la romántica historia de amor que comenzaban a vivir la jovencita rescatada y su primo, convertido en héroe, salvador y guardián. Se hizo cargo de la situación, los auxilió y a los

pocos meses los casó en Maracaibo, luego unos amigos, los Delmonte, los invitaron a pasar una temporada a su lado.

Contaban en la cocina, entre la pelada de las yucas, el ñame y las batatas para el hervido de pescado, que no asistió a la boda la señora mayor, doña Francisca Mieses de Guridi, y vaya que me costó trabajo aprenderme su nombre tan largo; ella me lo hizo repetir muchas veces. Siempre andaba con el ceño fruncido, nadie quería acercársele por su constante suspirar ante la incertidumbre y la posición perdida. Cuando su hija no podía, yo la acompañaba a la iglesia, entonces la oía comentar con las señoras del rosario que estaba muy triste por no poder regresar a Santo Domingo. El rey había entregado sus tierras a unos franceses y todos los esclavos que les quedaron se habían sublevado. Tomaba su cabeza entre las manos y gritaba:

—Estuvimos expuestos a la barbarie de los negros.

De regreso a casa enmudecía, pasaba horas llorando y de mal humor. Mientras se quejaba y deliraba por las propiedades abandonadas en la isla, su hijo José Francisco luchaba para reponer la fe de estudios de abogado realizados en Santo Domingo. El joven había perdido sus títulos en el barco que se hundió, mas los Campuzano y sus influencias lo ayudaron presentando los testigos necesarios.

ERAN TIEMPOS DIFÍCILES, de lucha y dolor, tiempos de cosas tristes. Un día escuché una explicación, que me permitió medio entender sus penas y es que los señores no hacían sino hablar sobre la isla de La Española dividida en Santo Domingo, perteneciente a España, y Haití posesión francesa, que estaba convertida en un caos. Después de los sucesos de 1789 en Francia, sus dominios en América también pedían la libertad, igualdad y fraternidad, ideal de aquellos revolucionarios. Los esclavos en Haití se sentían señores, vestían la ropa de sus amos, a quienes mataron y violaron; vivían en los palacios y residencias y se repartían las tierras como botín. Imitaban en sus costumbres, bailes, comidas, modales a los dueños de las haciendas, y por último se les ocurrió, bajo el mando de un tal Toussaint Louverture, invadir a Santo Domingo. Los sublevados escupían en las puertas de las casas gritando: “El de Francia está en campaña y en el Retiro el de España”.

En ese entonces las llamadas familias de abolengo temían por la suerte y el futuro de su descendencia. Algunas partían a Cuba o Puerto Rico. Los Heredia, mis amos, intentaron resistir y pelearon por cuidar los intereses propios y los de España, pero cuando llegó la goleta “La Flor” al puerto, en los primeros días de 1801, don Manuel decidió que su mujer Francisca, una hija y su sobrina Mercedes, partieran al cuidado de su hijo José Francisco a Puerto Rico. Tan pronto vendiera las propiedades y arreglara los asuntos legales para

irse, los alcanzaría en esa isla. Nunca se imaginaron que las fuertes corrientes desviarían el rumbo de la nave y los llevaría a desembarcar en las costas de mi terruño, Venezuela.

Mientras mi señor José Francisco aspiraba y luego espiraba lentamente, tomaba de la mano a su esposa y se iban a la playa, contemplando el horizonte y, arrullados por el continuo movimiento de las palmeras, él le juraba que muy pronto estarían lejos de allí. El apuesto joven se abrió paso con su trabajo y sólo esperaba la autorización del regidor para partir.

Había recibido noticias de que su padre, don Manuel, quien llegó a Cuba huyendo de la locura y el desenfreno, solicitaba su presencia. Después de abandonar sus tierras y la lucha por sus posesiones en Santo Domingo, hizo que la familia asilada en Coro se les reuniera. Fijarían su residencia en Santiago de Cuba. Esperaban mejores tiempos al colocarse don José Francisco al servicio de España. Pobres. . . con los pocos esclavos que les quedaron, se dirigieron adonde el rey había ordenado se les diese acogida.

Los traigo a mi memoria preocupados y hablando en voz baja para no ser oídos por la señora mayor, a quien le evitaban los disgustos. Ya la Mercedes había perdido una criatura, decían las malas lenguas que era castigo de Dios, y cuando llegué a su casa llevaba poquito de embarazo, se veía muy débil y la cuidaban mucho. Los Heredia preparaban además su partida. Les urgía porque no les convenía que el niño naciera en una Capitanía General como Venezuela. El rey había ordenado a los súbditos españoles, que huían de Santo Domingo, se fuesen a refugiar en Puerto Rico o Cuba, allí se les otorgaría el derecho de pitanza y contarían con el auxilio del reino. Mis amos temían que un niño nacido en otras tierras quedara desprotegido.

Al nacer, como previendo que no soportara el nietecito el viaje en puertas, la abuela, doña Francisca le echó el agua y lo bautizó, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. De esta agua bendita tomó el infante fuerzas y respondió a los cuidados de todos en la casa y luego en el barco. ¡Ah mundo!, le gustó la familia. Apenas se restableció la Mercedes y sin acabar sus cuarenta días de reposo, comenzaron los preparativos para asilarse en Cuba. Muy pronto partiría la goleta San Fernando hacia Santiago de Cuba. Don José Francisco se quebraba la cabeza pensando en cómo hacer para ocultar ante las autoridades portuarias al recién nacido y poder darlo a la luz una vez pisado el suelo cubano. Ingeniosa, como siempre, mi niña decía que se lo llevaría escondido entre sus faldas, el marido no aceptaba la sugerencia por encontrarse ella recuperándose del parto y porque con esos trajes de corpiños ajustados, aunque de amplias faldas y miriñaque, estaba difícil hacerlo. Fue cuando se me quedaron viendo, le daba de mamar al querubín, notaron lo holgado de mi vestido y se les ocurrió esconderlo entre mis trapos al salir de La Vela y al llegar a las playas cercanas a Santiago. ¡Vais pues! Si lo sabré yo, que traía abrazado al niño José María, bien cerca del pecho y tapado con mi amplia túnica.

UNAS HORAS ANTES de arribar al puerto de Santiago vimos acercarse un bote con gente que nos saludaba. Allí venía don Manuel, el abuelo de mi niño. Después de los abrazos, el llanto y las presentaciones me ordenaron que subiera a la embarcación, sin hablar ni dejar de abrazar a José María. Al llegar a la orilla de la playa, los marineros que me custodiaban me hicieron seguirlos, caminando a toda prisa, a una iglesia donde nos esperaba la hermana de don Manuel, Juana.

No tuve tiempo de despedirme de la Mercedes, ni de asombrarme ante la sierra que contemplaban mis ojos emocionados. Recordaba la de Perijá y el paisaje de las montañas que se van acercando a bañarse al mar. A partir de ese momento el jefe de la familia era el abuelo y sólo él daba órdenes. Su voz, acostumbrada al mando, se resistía a cambios y su actitud de amo, dueño de tierras y vidas era igual a la de todos los hacendados. No pasó desapercibida, para doña Francisca, la mano que él colocó sobre mi cabello extendido. El viejo Heredia al conocerme exclamó: “¡Qué bello azabache es esta melena!”.

Al reunirnos en la casa de Santiago, lo primero que hizo la esposa fue pedirme que trenzara mi cabello. Adaptarse a una nueva vida era difícil para los mayores, aceptar vivir en una modesta casa, venir a menos, como decían al lamentarse, era parte del sufrimiento de cada día. Sin embargo, no resultaba

así para los jóvenes a quienes el *melao* del amor les duraba y los llenaba de ilusiones dándoles fuerzas.

Mi señor José Francisco, con las influencias de su padre, consiguió el cargo de Juez de Bienes de Difuntos y, comenzando el año de 1804 llevaron a José María a cumplir con el Sacramento del bautismo en el templo de Santa Lucía, allí en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores. Yo no entendía el porqué lo hacían dos veces, recordaba que la abuela le había echado el agua; sin embargo me dijeron que no estaba completo el bautizo si no le ponían el aceite consagrado. Eso hicieron, los padrinos fueron los abuelos y don Tomás de Portes, el sacerdote y gran amigo de la casa, ofició la ceremonia. No me llevaron a la iglesia, pero cuando regresaron a casa el contento se veía en la cara de los que fueron.

—Ahora sí naciste de verdad, ya tienes tu partida de bautismo —le decía don Manuel a su nieto.

—Tiene razón usted, José María está en gracia de Dios, se ha completado el sacramento y esto quedó anotado, para bien de la criatura, en el libro del Archivo Parroquial —respondió don Tomás mientras brindaba a la salud del pequeño.

Ahora yo servía a muchos amos. Todos querían mandar; pero como Merceditas seguía débil, sólo yo podía hacerme cargo del niño.

La casa estaba a poca distancia de la Plaza de Armas, en el número seis de la calle alta de la Catedral. Salía gustosa por los encargos, todos aminoraban el paso cuando me veían con mis túnicas amplias y de colores.

—¿Changó, de dónde salió esta ricura? Preguntaban los esclavos a uno de sus dioses.

Siempre disfruté caminar por las calles de subidas y bajadas, detenerme a saborear el aroma del licor elaborado

por don Facundo y que a don Manuel enloquecía. Pasar cerca del balcón de la Casa Velásquez al acompañar a la Mercedes a rezar a la Virgen de la Caridad del Cobre. Yo la convencí de que le rogara a ella por su salud, que no se detuviera ante su color de granos de cacao, como el mío, porque era muy milagrosa. Cuando lo supo la suegra se molestó muchísimo conmigo, por aconsejar mal a su nuera. Claro que lo que traía atorado eran las miradas libidinosas del esposo dirigidas hacia mí.

—¡*VAIS PUES!* ¡Qué señor tan faldero resultó don Manuel! Me perseguía por toda la casa. Cuando necesitaba algo se dirigía a mí, su mano se escondía por las anchas mangas de la túnica y mi brazo sentía las caricias de unos dedos, que trepaban como bachacos hambrientos, mientras me pedía e insistía en que le llevara siempre su vaso de agua a la cama. Lo imagino soñando conmigo a su lado en lugar de la amargura de doña Francisca. Una noche los encontré discutiendo.

—Eres incorregible. No te ha bastado preñar a las mozas de las haciendas, ahora pretendes hacer tuya a la nodriza de nuestro nieto.

—Es parte de mi categoría de amo y señor. Es un derecho. Cállate mujer.

—El abuso de ustedes, los de tu clase, trajo como consecuencia lo sucedido en Haití y Santo Domingo. Esos mulatos, engendrados en medio de la humillación y criados con el odio de sus madres y el rencor de sus hombres, están haciendo ahora justicia, reclamaron las tierras a las que tienen derecho porque también son descendientes del amo y las han trabajado durante muchas vidas. Ustedes, engreídos, tienen la culpa de lo que nos pasa; mi dote quedó en tus manos para que la malbarataras entre los esclavos que llevan también tu sangre.

—Calla mujer, calla, no sabes lo que dices.

Pero si sabía; cuando escuché esto pensaba en mi carricito,

en el que me quitaron al nacer y enviaron a Sinamaica. Aquel bultito de color oscuro crecía y me lo imaginaba del tamaño del niño Heredia y, después de oír a doña Francisca, deseé que el espíritu de su padre, el zambo sublevado y huidizo, se le revolciera.

Mi señor José Francisco era diferente. Todos los días cuando al regresar del Cabildo le leía a su hijo pasajes de la Biblia, yo también los escuchaba y los guardé en mi cabeza, eran bellos cuentos y, antes de dormirlo, junto con el arrullo entre mis brazos le repetía al pequeñín las mismas historias. Los mayores decían que el padre se apresuraba en instruir a un niño de apenas tres años de edad. Yo los acompañaba a la playa, entonces el joven se detenía a enseñarle a su niño las vocales, dibujando con una varita de almendrón, la a de amigo, porque sin ellos la vida está vacía. La e de esperanza, necesaria para salir adelante. La i de inteligencia por la que damos gracias a Dios. La o de obligaciones, de las que nadie se salva. Y la u de utopía, de las que debía alejarse. Luego le dibujó las consonantes y poco a poco el pequeño aprendió a leer en el libro sagrado. Mi José María intentaba enseñarme, pero yo nunca le daría gracias al Señor por la i de inteligencia; me costó trabajo aprender. Prefería jugar con él a los encantados o a las escondidas.

-A-MO, A-GUA - Así iba yo leyendo en las tarjetas mostradas por José María, empeñado en enseñarme a leer. Mi pobre niño se enojaba, pero yo no soy de letras, y no necesito saber que “amo” se escribe con la a, y que “agua” comienza también con esa vocal para respetar a uno y bendecir a la otra.

Su padre le había elaborado un juego de cartones con dibujos, que con verlos uno sabía lo que decían, mas el chiquillo, travieso, me mostraba otros en donde sólo aparecía la palabra. Me llamaba la atención y así, a fuerza de regaños pude un día dejar de ser la burra de la letra B.

Le seguía repitiendo los pasajes de la Biblia para dormir; sin embargo, después de aprender le leía algunas fábulas o cuentos. Creo que se hacía el dormido, porque despertaba de inmediato si cometía una equivocación.

Me leía los poemas hechos a la luna, que estaba comiendo tuna. Yo los aplaudía, mi José María era maravilloso. Su madre sonreía cuando él se los mostraba y le pedía que se fuera conmigo; sus dolores de cabeza no le permitían atenderlo. El pequeñín venía triste a la cocina, comía un pan con melao y jugábamos a hacer poesías. A la cuchara y su tan tan tan, al fogón tontón que está de mirón y, en secreto, a la abuela regañona que lo mandaba a callar. Chitón, chitón que la vieja salió de su habitación.

Insistía mi niño en que me quedara cerca cuando su padre le daba clases de historia, en unos libros muy gordos

venía escrito lo que sucedió en el pasado, eran como una memoria muy grande. Otros de geografía, con unos mapas donde aparecía la sierra de Perijá, Sinamaica donde estaría mi carricito y el lago que me vio nacer. Lo que más me gustaba oír eran los relatos de unos dioses que se peleaban, había uno que enfurecido cogía los rayos entre sus manos y con eso guerreaba. Las diosas se decían insultos por celos y luchaban por una manzana.

Yo no conocía esa fruta redonda y roja por la que pecó Eva, la de la Biblia, nunca la había probado. Dorada como en una de esas historias de la mitología, sigo sin ver una. Comí las primeras manzanas un día en La Habana, cuando un amigo de la casa las trajo del puerto. Llegaron en una embarcación y se veían tan apetitosas, que le pedí a mi niño un mordisco de la suya. Me la regaló toda y así fue como conocí el paraíso.

LA JUNTA PROTECTORA de emigrados notó los méritos de mi señor José Francisco y al poco tiempo, lo designó como Asesor de la Intendencia de la Florida Occidental. Como esta provincia era gobernada por La Habana, partimos para ese puerto y de allí a la Florida.

A lo lejos se distinguía la Fortaleza del Morro, el capitán deseaba llegar a La Habana antes del cañonazo de las nueve de la noche. Después supe que así anunciaban todos los días el cierre puerto. La ciudad estaba llena de palacios y plazas, nunca había visto algo igual, visitarla era vivir un sueño. Cuando desembarcamos nos dirigimos al Cabildo, y mientras mi señor José Francisco avisaba de nuestro arribo a la hermana de mi señora y a su esposo, descansamos en las bancas de la plaza. Nos quedamos en este puerto, en casa de los Angulo, hasta la salida de la goleta rumbo a Panzacola. No obstante, la mala estrella nos persiguió en el mar. Unos corsarios ingleses nos detuvieron y condujeron el barco hacia Jamaica. *¡Ah Mundo!, parece cuento*. No era la intención del pirata Morgan dañar a los pasajeros, mi niño José María se divertía en cubierta imitando a los barbados, pedía que le colocara una barba roja que le hice con el estambre de mis alpargatas y cortando la tapa de un tonel de aceitunas, le fabriqué una espada. Los marineros se le unían al pequeño, les gustaba verlo combatir a los franceses imaginarios y escucharlo hablar en el idioma del tal Bonaparte.

Al arribar a Port Royal nos liberaron, después de despojarnos de las pocas pertenencias. Era un lugar embrujado, en donde en las noches se oían campanadas provenientes del mar. Contaban que el agua tapó gran parte de la ciudad con todo e iglesia, y las almas de los difuntos pedían oraciones de esa manera. Tuvimos que regresar de nuevo a La Habana, allí se respiraba el descontento, todos murmuraban sobre la decadencia de España, y en la plaza los pícaros recitaban:

*España parece
provincia asolada.
Son pueblos sin pueblo,
campos sin labranza,
milicia desnuda,
nobleza descalza,
plebe pordiosera,
nación apocada. . .*

Pasamos algunos meses viviendo cerca de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, pero Merceditas sólo rezaba en la del Espíritu Santo. Alguien le dijo que los esclavos negros veían en la virgen a su protectora, una de sus deidades; los devotos de Obatalá la adoraban. En junio de 1806 partimos nuevamente hacia la Florida. Mi señor José Francisco se sorprendió al bajar del barco. No pudo dejar de expresar:

—Esto es arena y miseria.

Sin embargo, la Mercedes, siempre a su lado, le transmitía la energía que le faltaba, le recordaba todo por lo que habían pasado desde que abandonaron Santo Domingo y cómo, unidos, lo habían superado. Sus palabras lo consolaron, pero su salud comenzó a decaer. Una continua diarrea le hizo pensar, inclusive, en regresar a Cuba.

ERA UNA VIDA SOLITARIA LA DE PANZACOLA. La Mercedes entregada a sus malestares y dolencias. Yo ocupada con el quehacer de la casa y del niño; aunque él cada día pasaba más tiempo con su padre. El señor José Francisco se lo llevaba a la intendencia y el pequeño iba creciendo al lado de los libros. José María alegraba la vida de aquel matrimonio y también la mía con sus travesuras y ocurrencias.

Leía los libros que le daba su padre y a los poetas preferidos de la madre, quien amaba las rimas. El chiquillo se molestaba cuando no comprendía algo escrito en otras lenguas, el señor José Francisco tuvo que enseñarle a leer el latín para que entendiera y notó que tenía mucha disposición para aprenderlo.

Mi señor José Francisco seguía trabajando como Asesor de la Intendencia y las noticias que llegaban desde España no eran alentadoras, el rey Carlos IV había renunciado a favor de su hijo, el Príncipe de Asturias, pero el tal Bonaparte lo obligó a ceder unos derechos a su hermano José, que se convertía así en rey de España y a quien los madrileños llamaban Pepe Botella. Esto fue una preocupación mayor en el seno de la pequeña familia Heredia que, una vez más, se vio apartada de la tranquilidad.

Un acontecimiento familiar hizo a un lado las angustias, un nuevo embarazo de Merceditas, a quien cuidé con esmero, trajo ilusiones a la casa. Me iba a la plaza y pedía a los

marchantes el rabo de las vacas para hacerle su caldo, o la cabeza de los pescados para la sopa del día. Bien alimentada y en paz, comenzó a tejer ropita para el nacimiento del próximo heredero. Fue una niña, Ignacia, y llenó de ternura al hogar además de amorosa compañía a mi José María. Toda la vida mi señorito sentiría predilección por esta hermana.

José Francisco Heredia se sentía nacido español, como todos sus antepasados, había sacrificado con sus padres la patria y fortuna, por lo que estaba dispuesto a perder hasta la vida, si fuese necesario, para salvar a su nación. Comentaban los mayores de la casa que habían comenzado a surgir unas Juntas Patrióticas en los Virreinos y Capitanías Generales de América, muchas de ellas impregnadas de eso que llaman espíritu masónico, muy secreto y poderoso, pero que con la bendición de los padrecitos de la iglesia hacían temblar la tierra.

A mi señor, por su larga tradición de lealtad a España lo premiaron enviándolo como Oidor de la Audiencia de Caracas, donde el reclamo de independencia se oía con mayor fuerza. Partió, entonces, la familia hacia La Habana para recibir instrucciones del Capitán General y, al embarcarse para Venezuela, los condenados vientos desviaron nuestra goleta hacia Santo Domingo, allí nos quedamos la Mercedes, los niños y yo hasta que nació el tercer hijo, ella no hubiera aguantado el viaje. Daba gracias a todos los dioses a los de mis patrones, a los de los esclavos en Cuba y a los de Cocofío, por haber hecho soplar el viento hacia otro lado que no fuera el puerto de Santiago, imagínense, con Merceditas de encargo y sintiéndose mal, capaz y se le ocurría a don Manuel ayudar, como hacían muchos de los de su clase, embarazándome para tener segura la leche de su nieto por venir.

Me tocó ver parir a la niña Mercedes una vez más. En esta ocasión no tenía a su lado la voz amable y tierna del marido para infundirle fuerza. Nació Rafael y con él las ilusiones de reunirse la familia. A este pequeño lo alimentamos con leche de cabra, como lo hacían en mi tierra con los hijos de nadie. La Mercedes no tenía ánimos, quedó llena de tristeza y debilidad.

Hasta ahora, el único maestro de mi niño había sido su padre. Mas un primo, quien había desempeñado el cargo de Secretario de la Universidad de Salamanca y un sacerdote amigo de la familia, por encargo del señor José Francisco, venían de visita a la casa y se ocupaban de la educación de José María, él aprendía con entusiasmo cómo era el mundo que había descubierto un tal Colón, hablaban de la obra de los señores Horacio y Virgilio y leían los textos de un caballero llamado Lucrecio. Los preceptores se sorprendían ante la inteligencia del pariente, nieto de don Manuel y de su facilidad para captar enseñanzas. Decían que era un genio. Lo ponían a traducir libros del latín al español y a leer en francés. El chiquillo, acostumbrado por su padre a los libros y a ese tipo de ejercicios lo hacía todo correctamente

EN LA CASA DE SANTO DOMINGO se reunían todas las semanas los amigos y familiares. Aquí no me dejaban salir, las mujeres en la calle corrían peligro de no ser respetadas. El mercado lo hacía la cocinera, una negra bien dada, inspiradora de miedo con sólo ver su tamaño y las gotas de sudor sobre su nariz al enojarse; la acompañaba el cochero, uno de los pocos negros fieles que prefirió seguir sirviendo a los Heredia, pero sin salir de su isla.

En las tertulias comentaban, que el señor José Francisco había llegado a Venezuela a bordo de una goleta y desembarcó en La Vela de Coro. Los recuerdos le deben haber empañado la alegría de regresar ahora como una autoridad, Oidor de la Real Audiencia de Caracas. Le dolería pensar en las propiedades y la posición perdida en su isla, Santo Domingo, porque ya no les quedaba nada a los españoles en aquel lugar. Los que pudieron se salieron a tiempo, en busca de la fortuna en Cuba o Puerto Rico, como lo hicieron mis amos, su experiencia en la siembra y cosecha de la caña de azúcar pronto les permitió levantar cabeza en el exilio.

A su llegada, el Comandante de la ciudad de Coro enteró a mi señor José Francisco de los últimos sucesos en Caracas. Entre sorbos de ron y café, se enteró de que los mantuanos de allí eran bravucones. Cartas iban y venían desde La Vela de Coro, donde estaba el nuevo Oidor. El movimiento en Caracas

había depuesto a don Vicente Emparan, el Capitán General, y nombrado a otro.

Mi señor trató de dialogar con los levantados, a pesar de la consigna política de lucha en los españoles del lugar. Al tener noticias de que el Marqués del Toro intentaba someterlos por la fuerza, le pidió en una carta que actuara en forma pacífica y humana. Terco como siempre, contaba la Mercedes, el nuevo Oidor se empeñó en hablar con el Marqués y evitar la división de los venezolanos, quienes habían sido los primeros en proclamar a Fernando VII. Su marido deseaba evitar el derramamiento de sangre española, de héroes, e ilustres hermanos. Del Toro le manifestó también su horror ante la guerra y aceptó el encuentro. Le envió a mi señor un salvoconducto, y a bordo de La Veloz, llegó a la capital a platicar con la Junta caraqueña.

El desorden y el desconcierto enardecía a los criollos en Caracas, sin embargo, el Consejo de Regencia conservó los derechos de Fernando VII.

¡Imagínense! Mi señor pretendía dejar oír su voz persuasiva y serena ante unos criollos enardecidos, incómodos y cansados del gobierno español. A este indisciplinado mestizaje, como él lo describía, se les unió una rebelde masa de zambos y esclavos.

—Esas ideas de la revolución de Francia envenenaron al mundo— repetía él constantemente.

La misma cantaleta apareció en todas las cartas que enviaba a Santo Domingo para Merceditas. Ella, al recibirlas me ordenaba salir con los niños al lavadero. Yo la oía llorar y al rato venía, con la nariz enrojecida, los ojos aguados y un pañuelo entre sus manos; abrazaba a sus hijitos y les decía que muy pronto verían a su padre.

Creo que José Francisco Heredia sintió el fracaso del gobierno de España en sus provincias. Vio cerradas las puertas a la pacificación de Venezuela. Aún así, su familia lo acompañó a esas tierras y compartía su suerte. El aire que respirábamos, entonces, venía del mismo cielo que cubría a la Guajira, donde seguramente andaría mi carricito. La luna era la misma que mi hijo vería en las noches antes de dormir y el sol el mismito que nos calentaba. Andábamos de una población a otra huyendo de las tropas de Bolívar. Un día, Rafael, el menor de los Heredia, amaneció vomitando y con calentura. En la tarde partiríamos a Coro y José María estaba preocupado, los padres decidieron dejar a su hermano al cuidado del médico en Puerto Cabello. El doctor vivía en una casa que nunca olvidaré, se comunicaba con la nuestra por un puente que iba por encima de la calle. Nosotros asomados por la ventana veíamos las diligencias, los caballos y a los lugareños que pasaban por debajo. Llegamos a Coro junto con la noticia de la muerte de Rafaelillo.

José María distrajo su pena leyendo, llevaba entre sus pertenencias un libro con las fábulas de Florian que en La Habana le regaló un amigo de la familia. Algunas veces escribía sus propios textos, los que luego leía a sus hermanos. Mi niño notó el gran dolor de su padre, se le acercó y dio lectura a uno de sus primeros escritos:

El Filósofo y el Búho

Por decir sin temor la verdad pura

Un filósofo echado de su asilo

De ciudad en ciudad andaba errante

Detestado de todos y proscrito.

Un día que sus desgracias lamentaba

Un búho vio pasar, que perseguido

Iba de muchas aves que gritaban:

*“Ese es un gran malvado, es un impío,
Su maldad es preciso castigarla,
Quitémosle las plumas así vivo”
Esto decían y todos le picaban.
En vano el pobre pájaro afligido
Con muy buenas razones procuraba
De su pésimo intento disuadirlos.
Entonces nuestro sabio, que ya estaba
Del infelice búho compadecido,
A la tropa enemiga puso en fuga
Y al pájaro nocturno dijo: “Amigo,
¿Por qué motivo destrozar te quiere
Esa bárbara tropa de enemigos?”
—“Nada les hice—, el pájaro responde,
El ver claro de noche es mi delito”.*

Unas lágrimas rodaron por el rostro del señor José Francisco. Abrazó fuertemente a su hijo y al felicitarlo por la belleza de la fábula él le dijo:

—Es tu retrato papá.

Hasta yo, que presumo de no tener lágrimas porque se me acabaron al separarme de mi carricito, lloré. El señor José Francisco nos dejó instalados en una casa en Coro, cerca del centro, a un lado del convento de San Francisco.

El esposo despachaba en un modesto cuarto de posada en Caracas. Pobre ciudad, destruida, los curas decían que Dios la castigó con un terremoto. La Mercedes en Coro seguía sus recomendaciones con respecto al primogénito. Él deseaba que su hijo continuara los estudios religiosos y literarios. Pedía que repasara lógica, siguiera leyendo los Salmos y las cartas de los Apóstoles, solicitó un maestro que le diera lecciones de contar. ¡Vais pues! ¡Que Dios me perdone!, en aquel monte mi

niño José María sabía más que los preceptores y hasta que el mismo señor Obispo.

No es cierto. Coro no era tan montuno, tenía amplias calles, algunas empedradas; sus casas blancas, de techos rojos y patios interiores, vigilaban la ciudad a través de sus ventanales enrejados. Destacaba una residencia, la de los Arcaya, en una esquina, de dos pisos y con un balcón, desde donde las señoritas de la casa lanzaban flores y recados a los enamorados. Después de haber conocido La Habana, por la cual yo suspiraba, veía incompletas las ciudades que recorríamos, sólo tenían iglesia, una plaza y si acaso un convento. Eran bonitas por sus colores, la vegetación y la gente que las habitaba, amable y sonriente, a pesar de las tribulaciones por las que estaban pasando. Algunas poblaciones parecían en ruinas como Maiquetía, con / *restos de sus caídos edificios, / que fueron hermosos y habitados.*

POR FIN SE RESTABLECIÓ la Audiencia en Caracas. José María fue aceptado en la Real y Pontificia Universidad; se iba caminando de la casa a la sede en el Seminario de Santa Rosa de Lima, y la madre presumía, que con apenas trece años, presentó un examen de Gramática Latina y fue aprobado. A sus padres se les notaba la satisfacción.

Eran tiempos de irreflexión. ¡*Umjú* . . .! repitiendo lo que decían los señores, Venezuela se ensangrentaba y un cruel realista, José Tomás Boves, olvidó la palabra piedad y su significado. Contaban que era un salvaje, al llegar a los pueblos arrasando con propiedades y mujeres, a éstas las violaba y luego las mataba. Era tal el desconcierto que lo seguían hordas de campesinos armados de cuchillos, y zambos o mulatos llenos de rencor hacia la población blanca del país. Desobedecía a la autoridad y sólo hasta su muerte las familias respiraron.

En casa se oían los relatos de sus crueldades; pero pedían que los niños salieran de la sala cuando los mayores conversaban y a mi me hacían ir con ellos.

—Lluvia, Lluvia, dales un poco de “tenmeallá” a los pequeños —ordenaba la Mercedes señalando el patio trasero.

José María crecía en sabiduría, se refugiaba en la biblioteca. Un día tomó en sus manos un texto de un francés, Montesquieu, su padre se horrorizó y pidió a la madre que

se lo recogiera y le sugiriera continuar con sus lecturas de la Biblia.

Así pasaron algunos meses, con noticias preocupantes desde España. Entonces llegó a Caracas el General Pablo Morillo, al frente del ejército más grande que hasta ahora había cruzado las aguas del Atlántico. Todos hablaban de esto, hasta en la plaza de San Jacinto. Cuando iba por el mandado, los marchantes me preguntaban si había escuchado algo en la casa del Oidor. Decían que los vencedores de Napoleón venían a someter a los rebeldes de América.

En casa, Merceditas caminaba de un lado a otro mortificada, el dolor de cabeza la invadió nuevamente y sus continuos desmayos me retenían a su lado. Las visitas llegaban con y por noticias. Mi señor José Francisco había sido invitado por el General a Puerto Cabello, viajaron juntos. Al llegar al puerto, Morillo le comunicó que venía con la consigna de pacificar a Venezuela y que traía la orden de suspender a la Real Audiencia. Pasaban los días y el señor no aparecía, tampoco recibíamos recado alguno de los sirvientes que lo acompañaron. Corría la voz de que lo habían hecho prisionero en la goleta en la que viajaban. El primero en saberlo fue José María en la Universidad. No podía confiarle a su madre el rumor, lo guardaba en el corazón y desde allí escribió un soneto lleno de angustia.

*Terrible incertidumbre, angustia fiera
que siempre me tenéis atormentado,
Dejad ya descansar un desgraciado
Que de vosotros compasión espera.*

*Decidme de una vez si es verdadera
La triste suerte de mi padre amado,*

*De quien todos me dicen que encerrado
Está en fluctuante cárcel de madera.*

Sin embargo, al poco tiempo el padre fue nombrado Alcalde del Crimen de la Audiencia de Méjico y una vez más esta mujer, Lluvia, arregló los baúles con las pertenencias de la familia para embarcarnos hacia La Habana, allí esperaríamos instrucciones de mi señor José Francisco.

Mi niño, mi niño, dejó de ser niño, su voz ya no era la tierna del pequeño que amamanté, se tornaba gruesa y segura; pero escribía como los ángeles. Cuando terminaba un poema me lo leía, y si yo me emocionaba decía que lo había logrado, sus palabras se convertían en música que traspasaba las fronteras de la mente y me transmitía así sus emociones.

—**PACIFICADOR, PACIFICADOR**—, repetía varias veces mi señor José Francisco, llevándose la mano a su cabeza; la sentía estallar. Pensaba que el General Morillo se acostumbró a matar en nombre de Fernando VII, empeñado en doblegar la insurrección en Venezuela, impresionaba a la gente con el ruido de la pólvora, alardes con los vistosos uniformes de sus batallones y el alboroto de las poblaciones con las campanas que ordenaba tocar.

Mi amo estaba en medio, era el Oidor y no podía entender cómo, a pesar de su arrogancia y maldad, los mantuanos, esos grandes cacaos, ofrecían bailes en honor de Morillo para que los seguidores del rey le dieran sus parabienes. Por otro lado, le oí decir que uno de los catedráticos de Teología, con su natural elocuencia, se dirigía a los patriotas que se batían contra las armas de los realistas para pedirles “Hombres alucinados, a quienes el genio del mal ha arrastrado a las fronteras orientales de Venezuela . . . venid a incorporaros un momento con nosotros”. Mi señor conocía la forma de actuar del General español, por su culpa iría a la ciudad de Méjico con un cargo de menor importancia. Morillo dijo que él era demasiado débil. Deseaba que se fuera de Venezuela. En casa sabíamos que no le podía disculpar su piadoso juicio a favor de unos jóvenes rebeldes a quien ayudó a salir de la cárcel. Su honestidad no cabía en ese mundo de guerra e injusticias. En Caracas, muchos amigos fueron a despedirlo y expresarle su afecto antes de salir hacia el puerto de La Guaira.

Con el llanto resbalando por sus mejillas José María le escribía a la ciudad que abandonaba:

*“¡Oh Caracas” exclamo, “que de patria
un tiempo me serviste, a Dios te queda!
Mi destino fatal, mi suerte infausta
me obligan a dejarte, pero siempre
me acordaré de ti ¡Que tus desgracias
cesen y seas feliz! . . .*

Dejábamos el trópico. Una de las regiones de la tierra donde el sol cae generosamente casi todos los días. El muchachito, sí, porque ya dejó de ser niño, lo decía mejor que yo, lo sabía decir con música, en versos como los que leyó en una fiesta a bordo de la fragata, cuando traspasamos la línea del trópico.

Llegamos de nuevo a La Habana, la familia nos esperaba. Olvidamos las angustias y temores de la guerra. Los amigos venían a saludar a los Heredia y Heredia. Pero una tristeza ensombreció la alegría, el protector de mi señor José Francisco, el Marqués de Someruelos, Gobernador de Cuba, había fallecido. Compartió con sus hijos el gran consejo que le dio y les pidió que lo recordaran toda su vida: “saberlo todo, disimular mucho y castigar poco”.

Inscribieron a José María en la Universidad de San Gerónimo. Allí comenzó a estudiar leyes y también empieza un comportamiento diferente de ese muchacho. Levantándose muy temprano a escribir versos que nunca me mostró, los escondía entre las páginas de sus libros. ¿Quién sabe para quién serían?

La salud del amo grande requería cuidados, lo que, para beneplácito de todos, lo retuvo un tiempo con nosotros en la Isla. Aprovechó esos días de vacaciones para escribir sobre lo que vivió en Venezuela. José María, a su lado, lo ayudaba a ordenar papeles, redactar ideas y algunas veces tomaba la

pluma para escribir el dictado de su padre para sus “Memorias sobre las revoluciones de Venezuela”. Allí describe lo que vivió en ese país. Y dice que su opinión sobre el peligro de la venganza coincide con la de una tal madame, creo apellidada Staël, de los tiempos del Directorio francés.

El muchacho ya no me tenía confianza. Algo le pasaba, sus ojos parecían embobados por la luna. Lo descubrí leyendo unos libros de esos que hacían llorar y suspirar a su hermana y a Merceditas. Llevaba en sus bolsillos los libros de poesías preferidos por su madre. A lo mejor se las recitaba a alguna chiquilla por el camino, porque de repente lo oía hablar solo en el patio:

*Tú que agravas o endulzas mis cadenas,
cuenta si puedes, ¡ay ingrata mía!,
mis gustos, mis amores y mis penas.¹*

José María estaba embrujado. Me pidió un día que le hiciera unos “coquitos” para su descanso en la universidad. Se los preparé, conseguí el coco, lo rallé y luego hice bolitas que coloqué sobre una placa de mármol antes de bañarlos con caramelo. Después se los guardé en un costalito y se los llevó cantando. José María silbaba una canción. Se oía feliz, pleno, enamorado.

Cuando regresó le pregunté si le habían gustado los dulces.

—¿Cuáles? — preguntó sin prestar atención.

—¿Cuáles van a ser? Los que me pediste.

—¡Ah! Estaban ricos — respondió con una pícara mirada.

Entonces lo descubrí y le dije:

—¡Ay, *Hijo er diablo!* que se me hace que usted ya anda enamorisqueado.

¹ Ochoa y Acuña, Anastasio. (1828). *Poesías de un mexicano*. Nueva York, Casa de Lanuza, Mencia C^a.

ME LLAMÓ LA ATENCIÓN el enamoramiento del muchacho. Comencé a atar cabos. Supe, entonces, quién cortó las clavelinas de las macetas del patio, que la Mercedes cuidaba con tanto esmero. Ya habíamos visto los pimpollos listos para florecer y de repente, cuando mostraban el color, desaparecieron.

Con razón José María se paseaba por las jardineras, me había dicho que iba por higos de los que se ponían a secar al sol. Lo llamé a la cocina y le confesé mi presunción; no lo pudo negar y me pidió que no lo acusara. Le recomendé que mejor cortara los geranios, esos florecen siempre.

Fiel a mi patrona, Merceditas, le conté lo ocurrido. Le rogué que no dijera nada porque perdería la confianza de mi muchacho. Prometió hacerlo. Sin embargo, a la hora de la comida la mirada del señor José Francisco daba miedo. Cuando les fui a dejar el café a la salita de lectura, los oí discutiendo.

—Seguramente le llevó los claveles a Belisa, la jovencita esa, la niña precoz que le quita el sueño.

—Déjalo en paz, mujer. Es todo un hombre y se comporta como un caballero. Además es la hija de nuestros amigos, los Rueda y Ponce de León, Isabel es una dama.

—Sí, pero no tendremos flores para el manto de la Dolorosa en la procesión del Viernes Santo.

—Es preferible que sepa ahora, si la joven le corresponde a su amor, y no bajo la indeseable experiencia de un naufragio, como sucedió con nosotros en “La Flor”. Tantos años rogándote para que me aceptaras y tú entregándole el corazón a ese Capitán de cuyo nombre no me acuerdo, y espero que tú tampoco.

—Ella bajó la cabeza, su voz se apagó y se retiró al oratorio.

Allí recordaba su tierra de origen. Todavía extrañaba a Santo Domingo, sus posesiones, la riqueza de esclavos y lujos con los que se crió. Por más que su esposo le repitiera, que cuando llegó Colón a Cuba dijo: “Es la tierra más hermosa que ojos humanos vieron”, ella seguía suspirando en su interior por vidas pasadas o, quién sabe, por amores de otros tiempos.

Yo también tenía un lugarcito sagrado cerca de la cabecera de mi catre, con cruces de palma bendita para espantar al diablo, un pan del día de san Antonio que nunca me comí para que mi carricito no pasara hambre, y una estampita de la Virgen de la Caridad del Cobre que me regaló José María en una navidad. Su padre lo regañó, decía que el culto a esa Virgen era peligroso, ya que se le apareció a dos indios y un negro esclavo. Para colmo, el capellán del Santuario pedía la libertad de los esclavos de las minas de la población de El Cobre.

Era cierto lo de la hermosura de Cuba, el Almirante no se equivocó. Camino al centro, a la Plaza de Armas, los árboles floridos daban sombra al paseante y las frutas que mercaban frente al Ayuntamiento llenaban todo de color: zapotes verdes por fuera y negros por dentro, chirimoyas blancas al abrirlas, mangos de cachetes rojizos, que al pelarlos nos regalaban esa pulpa entre amarillo y naranja que hace agua la boca, aun en el momento de recordarlos. Los cocos, por supuesto, nada más refrescante y sabroso que el agua de un coco.

Los domingos, cuando tenía permiso de ir a misa, paseaba por el puerto, mis pulmones reconocían la brisa del mar; imaginaba que el aire venía de más allá, de mucho más allá, donde se quedó mi carricito. Con el consuelo de las lágrimas escapadas, sorbía el agua de sal que como rocío refrescaba mi rostro; y el breve baño de pies, gracias a las olas que en su ir y venir me mojaban, me infundía ánimos para regresar a la casa, a servir a los Heredia, mis amos.

—¡AY, PERO QUÉ COSAS tiene eso que llaman amor, muchacho! Nosotros, los esclavos, no sentimos sino frío en la barriga, un taqui—ti—tac en el pecho y una cabeza atolondrada.

Así le respondí al ¿qué nos pasa al estar enamorados? El pobre no se atrevía a preguntarle al padre y mucho menos a su madre. Me confió que él también sentía algo raro en el estómago, un palpar acelerado de su corazón, lo del cerebro todavía no le pasaba; al contrario, estaba lleno de versos y hasta de una obra de teatro en honor de la chiquilla que lo dejaba turulato cuando se veían.

Con el derecho de nodriza que tenía le pregunté si, al ver a su amada, no le ocurría algo más abajo del vientre, porque, de ser así, mejor que fuera con su padre por consejo o con el negro Joseph, que conocía bastante de machos y hembras.

Se me quedó mirando fijamente. Aseguró que nada raro le pasaba, sólo aumentaba su inspiración y la necesidad de cantarle a la vida. Tomó entre sus manos un buñuelo de los de la cena y no aguantó su curiosidad.

—¿Qué tanto conoces al negro Joseph? Pertenecía a mi abuelo y él nos lo regaló. Sabemos que escapó de Haití, huyendo de la guerra, allí era esclavo de unos parientes del mismo apellido. Atravesó los bosques y nadó en el lago Saumâtre hasta llegar a Santo Domingo, luego se embarcó rumbo a Cuba y así consiguió a los Heredia.

—*¡Vais pues!*, ¿qué quieres que te diga, muchacho? A veces me dejo embrujar por el tal Joseph de la Croix, pero él se deja envenenar por mí.

Salió muy serio del comedor. Sin embargo, no pude evitar una sonrisa solitaria, yo sabía bien lo que sucedía, lavaba la ropa de José María.

Habían transcurrido unos días desde el intercambio de confidencias, cuando lo vi pasar muy acicalado y oliendo muy rico. Me traicionó la lengua, un *¡Ummm!* salió del fondo de mi corazón.

—Estás muy *hueleroso*.

—Oloroso, Lluvia, cuantas veces te lo he enseñado.

—Pues ¿quién te entiende? si me dices que los frijoles se cuecen y hueles al manojo de raíces de lavanda, de la gaveta con las camisas de tu padre, estás *hueleroso*.

Me pidió que callara. Después me daría una clase de conjugación, por lo pronto no debía delatarlo. El negro Joseph sabía extraer el perfume de las especias, el tabaco, las flores y ahora del ovillo de raíces de lavanda que le habían traído, a mi señor José Francisco, desde la cercana isla de Jamaica. El esclavo le preparó un frasco de agua perfumada a mi muchacho y ahora José María no salía sin antes vaciar unos goterones en el cabello para peinarse.

El joven de la casa partía a Matanzas, con una pequeña obra de teatro que llamó *Eduardo IV o el usurpador clemente*, sería representada en esa pujante ciudad en un patio. Se cobrarían las funciones y el producto se utilizaría para aumentar los fondos del hospital local. Él hizo de Guillermo, un noble escocés y en el reparto, Matilde era su esposa. Cuando me la leyó, lo que puso en boca de Eduardo, el rey de Inglaterra, me dejó pensando en Belisa, la damisela que traía loco a mi niño:

—*Cuánto pueden en un corazón sensible las lágrimas de la hermosura y del amor*— así se expresó el rey sobre el sentirse amado.

Regresó José María muy contento, familias amigas colaboraron con la puesta en escena, y hasta veinticuatro parejas interpretaron preciosas danzas que hicieron más lucidora la función.

A la hora de la cena habló, atropelladamente, con sus padres y hermanos, mientras probaba mis guisos. El eco de su voz llegó a la cocina y me sentí feliz por el éxito del joven. No obstante, en casa, él se volvía más callado y preocupado. Una mañana, antes de servirle su tazón de avena, le dije que lo notaba molesto, quizás se debía al encierro en la sala de lectura. Respiró profundo, y me pidió que lo acompañara. Entramos al cuarto sagrado de don José Francisco, en donde los textos eran como cirios que encendían el entendimiento.

—Mira lo que me tengo que leer por tu culpa.

—¡Guá, pues! ¿Cómo por mi culpa?

—Me acerqué con todo y miedo a papá, le pedí ayuda tal como me indicaste, y ¿qué crees? me dijo que leyera el Levítico, uno de los cinco libros del Antiguo Testamento.

Era cierto, yo escuché cuando estaba fregando los pisos del zaguán, el sermón que le daba el padre: “Este libro enfrenta al hombre con Dios en el filo de la vida y la muerte, en la conciencia de pecado e indignidad, en el ansia de liberación y reconciliación”. Le aconsejó recordar siempre que, en el sacrificio, el hombre se entrega a sí mismo dando algo suyo a Dios.

—Sabes, Lluvia, ahora debo pensar en lo que ofreceré a Nuestro Señor, porque muy pronto partiremos hacia Méjico.

Mi muchacho se echó en mis brazos, como el niño que venía a mi regazo al caerse o al ser contrariado por sus padres.

Tendría que dejar Cuba, interrumpir sus estudios; y a Belisa, su primer amor, su Lesbia, le diría adiós:

*¡Adiós, amada, adiós! Llegó el momento
Del pavoroso adiós . . . mi sentimiento
digate a queste llanto . . . ¡ay! el primero
Que me arranca el dolor! ¡Oh Lesbia mía!
No es tan sólo el horror de abandonarte
Lo que me agita, sino los temores
De perder tu cariño: sí, la ausencia
Mi imagen borraré, que en vivo fuego
Grabó en tu pecho amor . . . ¡Eres hermosa.
Y yo soy infeliz . . .! en mi destierro
Viviré entre dolor, y tú, cercada
En fiestas mil de juventud fogosa,
Que abrasará de tu beldad el brillo,
Me venderás perjura,
Y en nuevo amor palpitará tu seno,
Olvidando del mísero Fileno
La fe constante y el amor sencillo*

—M'hijo, ¿tú estás creyendo que la niña Isabel va a entender esta poesía?

—No quiero que la entienda, sino que la sienta. Deseo que mis versos lleguen a su corazón y así atarla por siempre a mi vida.

—Tú estás loco, muchacho. Eres un engreído. Cuando te subas al barco, serás sólo un recuerdo para ella, y con el tiempo te olvidará.

Belisa era una niña que apenas dejaba las muñecas para hacer su ajuar. Iba a la casa por muestras de puntas a gancho para tejerlas en sus manteles y servilletas. La Merceditas se

las facilitaba con gusto; aunque después de tanta mudanza y privaciones, lo que restaba en su arcón era poco.

—Mi Lesbia es diferente —me decía— ella comprende mi sentir. Si vieras el brillo de sus ojos cuando mis dedos acarician sus desnudos brazos.

—Mira, mira. Ese cuento ya me lo sé. Creo que a ti te adiestró el abuelo Heredia.

—Puede ser. Yo veía cuando los labios del viejo se humedecían al tocar tu cabellera y se le iban los ojos hacia tus senos. Notaba también el sofoco de la abuela Francisca y sus gritos desesperados, ordenándote cualquier cosa, con tal de que te alejaras de donde su esposo estaba.

Sí, José María era un Heredia, la palabra y la mujer eran sus grandes compañeras y debilidades. Conmigo pasaba horas enseñándome lo que aprendía de sus maestros, yo aceptaba algunas cosas, otras las metía en el saco de la indiferencia y del desinterés. Quería seguir siendo una india guajira, me gustaban mis *vais pues*, el *hijo er diablo* y el *ah mundo* que tanto criticaba el señor José Francisco. Los repetía con gusto, decirlas me unía a mi gente, a la que dejé en Paraguaná, al otro lado del mar. Sin embargo, gracias a tanto oír a padre e hijo platicar, discutir y dedicarle tiempo a mi educación, entendía de lo que hablaban y hasta me atrevía a opinar, si mi muchacho estaba solo. La Isabel no podría hacer eso, con su docena de años, sabría algo de cocina, de costura y de oraciones; pero nada más.

José María llegó temprano, todavía no estaba lista la cena, me dijo que teníamos pendiente una clase. ¡Qué flojera! Quién sabe qué me iba a enseñar, ojalá no fuera lo de las conjugaciones que me había prometido.

—Lluvia, empacando los libros de mi padre conseguí unas anotaciones de Andrés Bello, un venezolano, maestro

de Simón Bolívar. Bello insiste en que su gramática es mucho más fácil de aprender que la española. Es muy cierto. Como él mismo dijo no fue hecha para castellanos, sino para hispanoamericanos; con ella conjugarás bien los verbos.

Me explicó que ya no me preocupara por el pretérito imperfecto, todo se conjugaba de acuerdo a sus modos, así en el subjuntivo, el imperfecto era sólo un pretérito y yo mentalmente antes de decirlo le agregaba un “que”, . . . yo amara o yo amase . . . tú amaras o tú amases y me pidió olvidar al pretérito “pluscualcosaqueneacuerdo” por que aquí se conocía como antepretérito. Eso me agradó. Pero más, que el tal Bello fuera de mi tierra. Creo que era el mismo que compuso una poesía, como un canto, que tiempo más tarde, en Veracruz, le oí recitar entre sus conocidos al señor José Francisco. Él lamentaba que el ilustre educador no tuviera un lugar preponderante en la Capitanía General de Venezuela.

Yo no tenía cabeza para atender al muchacho. El trabajo iba en aumento, la niña Mercedes deseaba que lleváramos toda la ropa limpia, sin almidonar pero bien alisada. Las demás pertenencias irían acomodadas en los baúles, según su capricho. Aparte teníamos que llevar canastas con carnes saladas y secas, preparar ates de frutas, embutidos de puerco y verduras en vinagre para la travesía. Le dije a José María que no me interesaba entender nada de sus cosas, que me permitiera sentir las como deseaba lo hiciera su novia. Se molestó y me dijo que al contrario, de mí esperaba la comprensión porque me respetaba y me había preparado para ello. Yo ocupaba un lugar diferente en su vida; además era su esclava.

AQUÉLLA FUE LA ÚLTIMA NOCHE de mi señor José Francisco en La Habana. Algunos de sus más cercanos amigos le ofrecieron una cena de despedida. Sólo fueron invitados los hombres de la casa, mi muchacho fue acompañando a su padre. La Merceditas se quedó en casa, sobreponiéndose a sus continuos dolores de cabeza, la ayudé a preparar unos bocadillos para el desayuno en el puerto.

La noté más cansada que de costumbre, agotada por tanto esfuerzo físico y espiritual, seguramente estaba asustada ante un nuevo cambio, otra mudanza, otra separación; una región diferente, esta vez un virreinato. Las visitas le decían que su esposo estaría muy contento, Méjico le ofrecía una vida señorial y más oportunidades para toda la familia. Ella se le quedaba viendo a la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, la misma que le regalaron sus padres cuando hizo la primera comunión; se llevaba las manos a la cabeza, secaba sus lágrimas con el pañuelo que guardaba en la hendidura del pecho y casi le ordenaba a la Virgen que no la desamparara.

Le dije que se fuera a dormir, yo esperaré a los señores despierta por si acaso se les ofrecía algo. La verdad, no tenía sueño. Pensaba . . . *Guá pues*, también uno aunque sea indio, piensa.

Ya no lloraban mis ojos, pero mi corazón latía adolorido al recordar a mi carricito, el que se quedó en la Guajira. Punzaba herido, como si deseara salirse ¿o quedarse? cuando

venía a mi mente el negro Joseph. A él también lo dejaría, ya no tendría sus brazos ardiendo con ganas de travesuras alrededor de mi cintura, cuando caminábamos por el malecón, saliendo de misa los domingos. Se acabarían las visitas de los espíritus que llegaban a mi catre en forma de gato salvaje y hambriento. Sería el fin del consuelo. La memoria recrearía las invocaciones de las siete potencias africanas, para la buena suerte y protección, que hacíamos a la orilla del mar. *¡Ah, mundo!* Allí se quedaba ahogado un trozo de mi vida.

Llegaron tarde los amos y José María tarareaba una canción. Al verme levantada el padre me envió a descansar; pero el muchacho estaba eufórico. Por primera vez lo sentí contento de partir. Había conocido a un comerciante italiano en la reunión, lo sentaron junto a él en la cena y toda la noche estuvieron platicando sobre Méjico y la interesante historia de sus nativos. El señor, de apellido Roffetti, había asistido en Venecia al estreno de la ópera de un gran compositor llamado Vivaldi, trataba sobre un emperador azteca, Montezuma. Creo que la ópera era una experiencia única, maravillosa, y hasta ese momento los Heredia sólo habían escuchado algunas arias cantadas por visitantes y aficionados.

Roffetti le explicó el argumento a los que comían cerca de él. Todos escucharon muy interesados ya que motivaba la curiosidad y, sobre todo la admiración de mi José María. El monarca mejicano, al final de esta representación cantada, entrega su hija Teutile en matrimonio al hermano del conquistador. Así da comienzo el mestizaje en la tierra del sol y, aunque me habló de la tragedia que representa una civilización avasallando a otra, en la ópera, el poeta que escribió el libreto le da ese final feliz tan esperado en esta clase de espectáculo.

En honor del festejado, a la hora del postre obsequió a los presentes con una interpretación de algunas arias de

Montezuma sin acompañamiento, “a capella”, como repetía José María entusiasmado. Me decía con emoción que el tal Roffetti tenía voz de barítono.

Yo, ¿qué sabía de eso?, para mí es voz de hombre o de mujer, aniñada o de mariquita, de viejo o de joven.

Puedo asegurar que desde aquel día nació en él un especial interés de saber más sobre los antepasados del virreinato por visitar. Bullían los deseos de conocimiento en su mente llena de versos y creció en el joven Heredia su respeto por la antigua civilización de América. Sentí que había mamado algo que lo unía a los indios como yo.

ME QUEDÉ SENTADA en una mecedora que saqué al patio, contemplé la luna y allí, dando cabezadas, me dormía a ratos. Al amanecer, me alisé el pelo con una peineta de carey hecha por mi negro. Fui por agua al pozo y me lavé, luego entré a las habitaciones de los niños. Ya la Mercedes estaba de pie, dando órdenes; el canto del gallo y el cacareo de las gallinas en el corral despertaban a cualquiera, menos a mi señor José Francisco, a quien las desveladas maltrataban. Le descomponían el estado de ánimo, algo con lo que siempre batallaba su salud y la paciencia de su mujer. También los disgustos y las preocupaciones le iban enrojeciendo la cara poco a poco; cuando lo veíamos con sus gotas de sudor en la nariz, ya sabíamos que explotaría con un regaño para el primero que se le acercara. El remedio era convencerlo para que reposara, bebiera una infusión de hiedra con dientes de ajo y se aplicara unas compresas de hojas de llantén en la frente.

Todos estábamos listos cuando llegaron los parientes con un carruaje para los señores y una carreta adonde me subieron con los pequeños. Nos acompañó una recua de mulas cargando los baúles y canastas para la travesía. ¡Recua de mulas! De repente hasta hablaba como el señorito, mas si no decía las cosas como son, me perseguía con sus reprimendas.

Llegamos al puerto; los chicos Heredia sentían aquello como un paseo, una aventura. Mi ama Merceditas se quejaba

del feo olor a pescado podrido mientras prometía rezar para que les fuese bien en Méjico. El esposo le recordó que así huelen todos los muelles y le pidió que no dejara de orar por ellos. José María callaba, al lado de su padre le transmitía fuerza, se había convertido en su asistente y compañía. Habían decidido que al principio irían solamente padre e hijo y yo los acompañaría.

—Les harás pie de casa, Lluvia, sólo en ti confío —repetía la Mercedes.

El bergantín se llamaba Argos, ya me había dicho José María que era el nombre de una población lejana. Me la enseñó en el globo de madera, que tenía su padre en el cuarto de trabajo, con dibujos donde se mostraban los mares y los continentes. También me contó una hermosa historia de sus habitantes y de los héroes que, en un navío del mismo nombre se fueron a surcar los mares en busca de un vellocino de oro, algo así como un pelambre de carnero dorado. La fábula que más me gustaba era la de un príncipe con ese mismo nombre que tenía cien ojos, cerraba la mitad y seguía viendo con los otros. ¡Cómo recuerdo esos cuentos! Él decía que algunos eran sucesos de verdad, pero. . . ¿quién le iba a creer? Puro cuento.

Cuando vi que se alejó la nave, mi rostro se humedeció. Dije que las olas juguetonas bañaron mi cara; pero no fue así, eran lágrimas. Joseph de la Croix pelaba unos cocos en la orilla de la playa, lo hacía con furia; sabía que se enojó conmigo, me propuso escaparnos juntos a la sierra; pero yo no dejaba a mi José María por nadie. El negro, mirando rencoroso hacia la embarcación, con el machete en la mano, me decía adiós.

Las despedidas se habían apoderado de mi existir, ésta era una más. Yo iba y venía con los amos y servirles era mi vida. Aunque moría un poco con cada partida.

Siete días duró la travesía, el mar dejó de ser del color turquesa de la costa, para tornarse azul oscuro, en su inmensidad, como la noche. El sol, brillando a nuestro lado, nos perseguía en la cubierta y secaba las velas empapadas por las olas generosas. Siete días de escuchar cuentos de la Conquista de Méjico. Mi señor José Francisco no paraba de hablarnos de Hernán Cortés quien quemó sus naves cuando llegó a Méjico. Conocía el contenido de algunas de sus cartas de relación y creía su deber informarnos sobre la tierra que visitaríamos. Leía en voz alta páginas de una *Historia de la Conquista de Méjico*, escrita por un señor llamado Antonio Solís Rivadeneira y nos hacía creer que el tal Cortés era inteligente, enérgico, decidido y buen negociador, ya que supo conseguir aliados. José María lo miraba incrédulo, y un poco distanciado cuando el padre repetía, que el autor aseguraba que “todo es designio de Dios”. Lo que nunca se imaginó el nuevo Alcalde del Crimen en la Audiencia de Méjico era que la fiebre independentista, que había vivido y sufrido en Venezuela, también la experimentaban en este virreinato. ¡Ah, mundo! El mundo estaba alborotado.

¡VAIS PUES!, se cansa uno de andar en la cubierta correteando a los señores para que coman o se abriguen, la brisa es húmeda y en las noches se vuelve muy fresca. Los ruegos de la Mercedes resuenan todavía en mi cerebro.

—Lluvia, cuídalos. Les puede ganar el peso de su cabeza y se caen al agua. Vigila que José María no hable con cualquier mujer, sólo con damas. Aunque yo no sabía lo que eso significaba.

¿Qué es una dama? Creo que nunca lo sabré. Le pregunté a José María, se me quedó mirando y calló. Esa noche fui a cubierta, a reírme de las ocurrencias y palabrotas de la gente de mar, la que recibe órdenes, arría las velas o leva las anclas. Contemplé con ellos las estrellas y uno de los que bebía aguardiente con sus compañeros, dijo al acercárseme:

—Hueles a mar, a mar profundo y rojo.

Las carcajadas ahogaron mi asombro. ¿Cómo podían olfatear que estaba sangrando si los olores a bebida, tabaco y lejía se mezclaban? Me retiré hacia la popa, olvidé las burlas, cerré los ojos y comencé a soñar. Veía a mi carricito, color de tierra, a mi lado, escondíamos nuestro cuerpo de la bruma arropadora. Él se prendía de mi túnica, la agarraba fuertemente; pero un viento inesperado me lo arrebató. Desperté.

Lo hice apenas a tiempo para descansar unas horas antes del amanecer y el trájín del diario. Quería y no quería llegar.

El muchacho me adelantó que ya no viviríamos cerca del mar. Yo soy del agua salada; la extrañaría. Las alturas serían nuestro hogar y las costumbres de la sociedad del virreinato, una pesadilla.

Tan contenta que vivía yo en La Habana, haciendo mandados y tropezándome con mi negro. Terminaba pronto con el quehacer para ayudar en lo que se le ocurriera a Merceditas.

Ahora tendríamos una casa más grande. Hablaban de nuevas amistades y de compromisos sociales.

El mar traía recuerdos, se llevaba mis anhelos. Como sus olas, reventaban mis delirios, y en su inmensidad se perdía mi sufrir, si es que tenía derecho a eso, a sentir.

¡Umjú . . .! Ya hasta pienso como los amos. Arreglo las palabras como me enseñó José María. Una vez me sugirió no preocuparme por hacerlo. En su cabeza él mismo traía poesías por componer. A veces hablaba en lo que él llamaba endecasílabos, las once sílabas abarcaban sus oraciones y, si su pensar era en décimas, los octosílabos salían de su mente y labios con facilidad. Recuerdo que cuando me lo confió le grité desesperada:

—Mira muchacho, para mí, soneto es algo que suena y décima es algo con diez, así que déjame, déjame ser. No quiero aprender más nada, no me expliques que los sonetos se forman de cuartetas y tercetas, que sus versos riman y la acentuación los hace buenos o malos. Ya no sé quién soy ni qué lugar ocupo en esta casa o en los sitios adonde los acompaño.

No me convenció. Le reclamé lo que habían hecho conmigo. Me cambiaron.

—¿Para qué me sirve leer y entender las conversaciones de los de la casa, si mi gente, la del pueblo, los pata en el suelo, se aleja de mí? —pregunté en esa ocasión.

—Para comprender a tu hijo de leche, Lluvia, y eso es suficiente. — Me respondió.

Todavía recuerdo el brillo y la picardía de sus ojos cuando lo dijo. No pude evitar que mis pezones se endurecieran al retar su mirada y traer a la memoria aquel dolorcito amargo y dulce a la vez, sufrido y gozado al amamantarlo.

ACOMPAÑÉ A MI SEÑOR JOSÉ FRANCISCO a respirar aire fresco, por fin había decidido abandonar el dormitorio. Avistamos unas gaviotas y, aunque todavía no se divisaba tierra, el agua comenzó a aclararse. Mi amo, conocedor del mar, de sus traiciones y secretos, dijo sonriendo:

—Ya estamos cerca, vamos alcanzando el puerto.

De pronto vimos las palmeras saludando nuestro acercamiento, todo fue regocijo en el barco. El grito de los viajeros entusiasmados por llegar nos alegraba; hacía olvidar el cansancio y el tedio de los días a bordo. Mi señor José Francisco suspiró y abrazando a su hijo comentó:

—Pronto estaremos arribando a la Villa Rica de Veracruz.

—Sí, allí se ve el fuerte de San Juan de Ulúa, es igual al grabado inglés, que me mostraron unos amigos, en casa de Delmonte, en La Habana —añadió José María sin hacer caso del entrecejo fruncido del padre al recordarle a esos amigos.

Había varios barcos en el muelle. El muchacho insistió en que nos fijáramos bien en el movimiento del puerto. Algunos galeones desembarcaban barricas de aguardiente, vino y aceite; toneles de pasas y aceitunas, sacos perfumados de especias, y tapones de corcho entre otras mercancías. Mientras, unos esclavos negros embarcaban, en otras naves, arcones con oro y plata, canastos de cochinilla, bolsas de azúcar, añil, vainilla y pimientos.

Se multiplicaba la gente en aquel puerto. Los negros eran muchos, los indios pocos, y los blancos menos. Al oír que los esclavos se sublevaron y conspiraban, recordé las charlas de la abuela Francisca en la cocina de Coro, sobre el comportamiento de los negros en Santo Domingo.

—Entonces no sólo los piratas asedian esta villa, también los esclavos andan inquietos —comentó José María.

El padre recordó los acontecimientos por los que la familia Heredia abandonó sus posesiones en Santo Domingo. Tenía un fundamentado temor a las rebeliones, y a la venganza de los que buscan su libertad o desean apagar sus rencores. Calmó al hijo asegurándole que allí la situación estaba bajo el cuidado de las tropas españolas y que no debía angustiarse. No obstante, en el fondo de su corazón, él tenía miedo; miedo a lo que le informaron los marinos que subieron al barco a darles la bienvenida y revisar los documentos de los viajeros. José Francisco Heredia venía a administrar justicia en una región donde los criollos luchaban por ella.

A los pocos días de haber llegado, el padre fue invitado a casa de un regidor. Este le aseguró que el movimiento por la Independencia se había extinguido gracias a la política conciliadora, de amnistía, del Virrey Don Juan Ruiz de Apodaca. Pero mi José María, quien acostumbraba platicar con la gente en las calles, decía que no era cierto, los insurgentes seguían en pie de lucha y defendiendo sus plazas.

Después de un breve intercambio de informes y correspondencia con las autoridades, partimos hacia la ciudad de Méjico. Un trayecto que nos mostró las bellezas naturales que asombraron al conquistador Cortés, tan mencionado en el Argos. Él también dejó la orilla del mar, se internó siguiendo el cauce de los ríos sonoros, descubrió vestigios de civilizaciones pasadas, montes tupidos de frondosos árboles,

tierras con frutales desconocidos; seguramente enmudeció frente a la cima nevada del Pico de Orizaba. Ahora los caminos estaban ya hechos y transitados. Los carruajes y animales de carga por allí iban y venían. Los indígenas fueron desposeídos de sus tierras. Las haciendas con cultivos de plátano, algodón, tabaco y la naranja salían a nuestro paso, así como grandes extensiones sembradas de caña de azúcar con sus trapiches, ingenios y molinos para azúcar y piloncillo. Vimos algunas ruinas que pregonaban la grandeza de los nativos; no nos detuvimos a visitarlas aunque mi muchacho deseaba hacerlo. Conversando con los arrieros supo de nuestra cercanía a una gran pirámide dedicada a Chiconahuitl, la deidad de las nueve lluvias. Su padre estaba urgido de llegar a la bien llamada ciudad de los palacios.

—He de regresar a contemplar ese Teocali. —se prometió, exclamando al mismo tiempo:

—*¡Es bella la tierra que habitaban los aztecas!*

Por mi parte nunca olvidaré el nombre de ese dios, si lo supiera el negro Joseph diría que es mi protector en estas tierras.

En Méjico no hacía tanto calor como en la Veracruz. Aquí el aire proveniente de los volcanes, que custodian la ciudad, enfriaba el ambiente y nos hacía usar mantos y abrigos, algo a lo que no estábamos acostumbrados. El señor comenzó a estornudar y luego a toser y moquear. Cuando nos quejamos, los vecinos se rieron y nos dijeron que junio era un mes amable, casi caluroso, nos retaron a salir en diciembre, fecha en que acostumbran pedir posada en las iglesias y casas con las estatuillas de la virgen, san José y el niño Dios. Pero bueno, ya para esas fechas friolentas estaría la Mercedes.

La Habana era diferente, yo la recordaba como lo más bello que había visto; no obstante, la ciudad de Méjico parecía

muy grande e importante, con templos de altares de oro en cada esquina y residencias enormes con grandes zaguanes y portones. Mi señor alquiló una casa modesta, pero muy bonita; habitaciones para él y José María, y al fondo, en el tercer patio, unos cuartos para la servidumbre y corral para animales. Se encontraba en la calle de Monterilla, cerca de la Catedral. Los domingos, al acompañar a los señores a misa, veía a los virreyes ¡Qué imponentes! ¡Qué lujo! Los elegantes fieles vestidos con esmero y las señoras luciendo sus joyas. Mi ama Merceditas se sentiría menos sin perlas que colgar de su cuello como las damas de Méjico. Seguramente mi señor le haría notar, que la adornaba más el correcto comportamiento de sus hijos, quienes no la avergonzarían. Además le recordaría, como hacía a menudo, que su linaje venía de don Pedro de Heredia, el fundador de Cartagena de Indias. De todos modos, los Heredia, ni a título llegaban en este sitio donde se codeaban con marqueses y condes. Yo no, a mí me tocaba estar de pie, hasta el fondo, junto con otros criados.

A la hora del almuerzo mi señor José Francisco decía que en el virreinato de la Nueva España hasta las autoridades eclesiásticas apoyaban la revolución en la que creían firmemente los criollos y algunos españoles malagradecidos. El virrey resentía la falta de recursos. Las recaudaciones cada día eran más difíciles. La gente no quería pagar tributos y de repente éstos eran robados antes de llegar a las arcas del gobierno. Una vez más el odio y los rencores cobraban vida. El padre, a pesar de la preocupación por la familia que se quedó en La Habana, no ocultaba el orgullo de que su José María se hubiese matriculado para continuar la carrera de leyes, en la Real y Pontificia Universidad de Méjico.

Yo seguía con frío, mucho frío. Me tapaba con un mantón que me regalaron los patronos. No les alcanzó para unas

chanclas y, la verdad, tampoco quise. Mi muchacho observaba mis pies casi descalzos y me aconsejaba tejer unos calcetines; mas, ¡qué va!, ¿quién ha visto alpargatas con medias? Entonces me pedía conformarme con oír sus poemas y entrar en calor con su melodía:

*Tú que de nieves eternas coronado
Alzas sobre Anáhuac la enorme frente:
Tú de la indiana gente
Temido en otro tiempo y venerado,
Gran Popocatépetl, oye benigno...*

Le pregunté por qué temían y veneraban el gran monte. Me explicó lo que es un volcán, cómo hierva la lava y el peligro que corríamos si hacía erupción. La montaña rugía y amenazaba a todos, incluyendo a labradores y vecinos.

José María estaba en su mundo, feliz, como pocas veces. Con amigos para platicar de inquietudes y a quien leerle sus poesías. Su padre complacido prestaba oído a lo que escribía y yo disfrutaba los versos que conmigo compartía. Nunca dejó de hacerme partícipe de sus sentimientos. Le escribió a la Paz, tan deseada y tan sorda.

A su padre en su cumpleaños, y allí mencionaba la felicidad de los Heredia, por esos días en Méjico:

*Paz, adorable Paz, hija del cielo, . . .
¿Por qué del triste suelo Henchido de amargura
Desatiendes esquivo los clamores?
Óyelos. Paz divina.
Cuando feliz tu familia . . .*

No sólo yo lo percibía, fueron tiempos buenos para mis amos, y la sencillez del alma de mi muchacho hasta al rizo del pelo le cantaba:

*Rizo querido,
Tú la inclemencia
De aquesta ausencia
Mitigarás.*

Pero no olvidaba a Cuba, a su madre y hermanas, cuando uno de sus amigos partió hacia la isla en sus versos le decía . . .

*Tú, empero, partes, y a la dulce Cuba
Tornas . . . ¡Dado me fuera
Tus pisadas seguir!*

No pude seguir escuchándolo, yo también quería seguir las pisadas de los que regresaban. Me retiré al patio repitiendo sus versos *Cuando recuerdes la tristeza mía, / Un suspiro de amor de allá . . .* Juro que sentí los carnosos labios de mi negro Joseph de la Croix en la nuca, y su aliento sabroso, en mi oído, pidiéndome que lo acompañara a la sierra.

Un ¿qué te pasa? de José María, me trajo de vuelta. Ya no estarás tan sola Lluvia, muy pronto llegarán mi madre y hermanas. La casa se llenará del bullicio de las traviesas y las órdenes de tu ama te traerán corriendo por todas partes. Se rió y se fue a dormir.

—¡AVE MARÍA PURÍSIMA! —exclamé cuando mi amo leyó un pasquín que nos dieron en la plaza. Yo no lo pude ver bien, él lo guardó para que lo conocieran sus compañeros. Sin embargo recuerdo algunas estrofas y el título “Padre Nuestro de los Gachupines”

*Será dable que nos cuadre
gente que por interés
ha dejado en la vejez
padeciendo al pobre [...] Padre*

*En vano son tus desvelos,
perro, infame y mucho más,
pues en este reino estás
dices [...] que estás en los cielos.*

Él, muy alarmado, no cesaba de repetir que en Méjico los criollos no respetaban ni al Altísimo, habían perdido el Temor de Dios y vaticinaba grandes castigos por esa razón. José María lo escuchó y le pidió las décimas. Las leyó incrédulo. ¡Qué falta de aprecio hacia la madre patria!

Mi señor José Francisco se retiró a su habitación y mi muchacho se quedó platicando sobre este Padrenuestro conmigo. Le pregunté:

—¿Cuál madre patria, mi niño?

—España, mujer, España.

—Ah, pues, ésa no es mi madre patria, la mía es otra, Sinamaica, la que dejé cuando tú ibas a nacer. Ve mi color. Mira mis trapos, y convéncete muchacho; aunque de repente hable como los educados, la cabra siempre tira al monte. Yo pertenezco a mi tierra. Cerca del lago, con el agua turbia y aceitosa. Y tú, quiere más a estas tierras, que la de allá está muy lejos.

—Calla mi Lluvia, algunas veces interpretas mi pensamiento mejor que yo; no obstante prometí a mi padre escribir algo para alivianar las heridas de esta insurrección.

A mi no me engañaba José María. Ni siquiera con esa oda que le hizo a la Libertad española. Creo que lo que exaltaba era la libertad, mas no tanto a esa patria que reconocía encadenada por Francia en aquellos momentos.

Además, le costaba trabajo orar; aunque aprendió a leer y a escribir con su padre y la Biblia enfrente, los empeños de la madre se frustraban. Hasta se le hicieron simpáticos los versos, e ingenioso el modo de rezar y a la vez insultar en la Nueva España.

DESCUBRÍ QUE EL FRÍO VENÍA DESDE MUY ADENTRO. No era al extrañar los arrumacos candentes de mi negro, ni tampoco por la falta de abrigo. Eran las calles anchas, altas casas, los puentes, los canales de agua por donde circulaban las trajineras y la gente distante. El comportamiento de las criadas, quienes no sonreían imitando a sus amas y, sobre todo, la actitud pasiva y sumisa vista en los mercaderes de las plazas. Éstos creían que las señoras apretadas les hacían el favor de dirigirles la palabra y al darles el precio de su mercancía, siempre les tenían que hacer una rebaja. Regateaban, las muy pichirres, hasta cansarse. De repente se aparecía un comerciante que anunciaba su mercadería con versos y los niños se arremolinaban a su alrededor. Las damas no, y sus sirvientes sólo con permiso.

*Pa'la chula y pa' la prieta
hojas pa'que se esté quieta.*

Sólo entraba en calor al divisar los alabarderos de la guardia del Virrey. Parecían muñecos, vestidos con casaca azul y adornos rojos, alamares y calzones cortos. Me detenía para verlos pasar. También los charros, con su amplio sombrero y botonadura de plata, bien brillante, alegraban las calles y llamaban mi atención. El canto de los romancistas me perseguía con sus

versos sobre los asuntos del día, y me alejaba de los mendigos pidiendo limosna con sus tristes sonsonetes.

En poco se parecían las plazas de San Jacinto en Caracas, Santo Domingo o La Habana, pequeñas, sin tanto para escoger, llenas de bullicio, risotadas y piropos aguardientosos cuando uno pasaba cerca. En Venezuela con sus cantos me hacían volver la cara para todos lados; casi siempre yo iba detrás de la Mercedes con una canasta para llevar a casa el mapuey, el ñame y la yuca del hervido de gallina. Ella me conocía bien y repetía sin cesar:

—Un día de estos te van a dar un pellizco en la nalga. Compórtate. —ignoraba mi ama, que los recibía de un mulato, en la esquina de traposos, quien preguntaba siempre lo mismo:

—Morenaza, ¿qué vas a escoger pa'tus señores?

Ir por el mandado siempre ha sido mi diversión. En la isla dominicana me tocó bailar una vez con acompañamiento de violín, copiando a los nobles que danzaban el minué abanicándose. Pobres aristócratas, se fueron espantados a Europa o adonde el rey les designó la pitanza. En Cuba bastaban las palmas de las manos y una tambora para alegrar a cualquiera, los pocos indios nos confundíamos con los esclavos. Por ser chico el cuadro de la ciudad, la gente sabía que yo era la india guajira de los Heredia.

Una vez escuché a la vendedora de tortillas en el tianguis del Parián de la ciudad de Méjico decirle, entre risas, al de los tamales:

—Mira no'más qué india tan refinada.

—Y tan engreída —agregó el tamalero —Una comadre entrega dulces en la casa del Alcalde y cuenta que la tratan como si fuera de la familia.

No faltó la dama de alcurnia que le aconsejara a mis señores, hacerme cambiar mis amplias vestiduras, o por lo

menos que me obligaran a usar un delantal y además, trenzar mi cabello.

¡*No juegue!* Hay que imaginarme sin mi túnica de colores y sin lucir suelta mi melena negra. Metiches, sí, metiches. Así les dicen en Méjico a los que se meten en lo que no les importa.

Trabajaba mucho José María. Le gustaba estudiar cerca de su padre y escribía un cuaderno de composiciones, seguramente para que lo leyeran los señores. En esos días, ya para cumplir quince años, impresionado por los aztecas y recordando al italiano Roffetti cantando su pegajosa aria de ópera, comenzó a escribir lo que él llamaba una tragedia en verso, *Motezuma* o *Los Mexicanos* y decía mi muchacho que allí desfogaba pasiones altas y generosas.

Yo me divertía al ver a los compañeros del señorito Heredia ensayando en uno de los patios de la casa. ¡Ah!. . .también escribía para un periódico llamado *Noticioso General*. Para el padre, el hijo se alebrestaba, los estudiantes de tendencia liberal, con los que se identificaba el joven Heredia deseaban la independencia de los españoles. *Uy* . . ., no faltaron los chismes de los allegados en la Alcaldía, quienes mortificaban a mi señor José Francisco, al comentarle las habladurías de la gente. El poder de la justicia era representado por el Alcalde Heredia en el régimen realista que tanto combatían los mejicanos. Mi señor extrañaba a su esposa.

ALGUNAS VECES SE PRESENTABA por la casa un señor alto como una vara de puyar locas, la nariz muy roja y la lengua suelta, siempre dispuesto a piropear a quien le abriera la puerta. Se llamaba Sabino Fuentes y Velásquez. La primera vez que lo vi por el postigo del portón me asustó; pero luego, de tanto oírlos, se me hicieron muy divertidos sus comentarios.

—Válgame Dios, ¡qué hembra más hermosa contemplan mis ojos! —Exclamó al verme; esa vez yo me quedé sin habla, así que él continuó.

—Mujer, eres toda una maja con esa túnica de colores y esos pies desnudos. Ah, y un tono aceituna que nos atolondra a algunos. ¿Quién eres?

—Ya no siga, soy Lluvia, enseguida le aviso a mi amo que tiene visitas ¿quién es usted?

—Oh, perdona, guapa, disculpa; me olvidé, puedes anunciarme como el secretario del Alcalde. Trabajo para don José Francisco Heredia.

La verdad, aunque se me hacía simpático lo que decía, yo no tenía cabeza, tantas cosas nuevas y un dejo de culpa en mi corazón al recordar a Joseph, mi negro, y su constante pedido de acompañarlo, no me permitían sonreír ante las galanterías de otros hombres. Además ya me había hablado uno de los guardias de la Alcaldía sobre ese señor, que tenía esposa e hijos, y era resbaladizo con quien se dejaba.

Después de anunciarlo, lo recibió mi patrón, lo hizo pasar a su escritorio y allí firmó los papeles que le entregó su secretario. Cuando don Sabino se iba a retirar me pidió que lo acompañara al zaguán. Así lo hice y el oficial no dejó de sonreír y prometer una próxima visita.

Le conté a José María que había conocido a este hombre y entre risas y bromas repitió lo que se decía de él y de sus compadrazgos con los jefes y superiores. Mas reconocía que mi señor José Francisco lo apreciaba por su gran ayuda como escribano y su buena caligrafía. También mencionó que al flacucho le gustaba visitar las pulquerías, aunque su padre nunca se quejó de mal comportamiento.

—*¡Ah, mundo!* Ha de ser muy bueno ese tan mentado pulque, algún día lo voy a probar.

Ojalá que mi nariz no se ponga colorada como la de don Sabino. —Alcancé a comentar.

YA LA FAMILIA ESTABA POR FIN REUNIDA. Mi señor José Francisco lucía más tranquilo; sin embargo, tosía mucho en las mañanas, con su cara enrojecida se detenía para respirar. Una vez recuperado, se dirigía a la puerta, metía las manos en el bolsillo de su pantalón, contaba las monedas, y después de acariciarlas le daba a la Mercedes una, o, según el estado de su humor, dos.

—Estíralas, nos tiene que alcanzar para comer y vivir con decoro —le decía.

Ella, sin responder, bajaba la cabeza en señal de impotencia. Él, tocando suavemente su hombro en un gesto esperanzado, tomaba el sombrero, la bufanda y los guantes, que cariñosamente su esposa le extendía, antes de partir. Afuera lo esperaba don Sabino y juntos emprendían camino hasta el Palacio, en donde funcionaba la Alcaldía del Crimen.

Mi señor José Francisco había hecho buenos amigos en el Tribunal, entre ellos don José Isidro Yáñez, padre de Jacoba, una niña inquieta y entrometida por quien mi joven Heredia terminaría suspirando. A veces, el ama Mercedes le enviaba a la familia buñuelos de yuca o algún platillo típico de la isla. Creo que adivinó desde el primer momento que su hijo y Jacobita acabarían casándose.

La vida transcurría, siempre había algo nuevo por hacer, yo nunca terminaba con los encargos. Entre ellos llevar recados a casa de las currutacas señoras. Me hacían esperar largo

rato en su zaguán de azulejos por una respuesta. Merceditas insistía en la devolución de atenciones y las nuevas amistades pasaban a la casa a tomar chocolate y masitas o a cenar cuando quien invitaba era mi señor.

En esas reuniones, mientras atendía a los invitados yo escuchaba los comentarios de mi patrón. Me enteraba, entonces, cómo él se sentía distinguido por el gobernante. El Virrey lo invitaba a sus salones de Palacio para que le platicara sobre sus experiencias con los insurrectos de Venezuela. Le solicitaba su opinión sobre la formación en Méjico de una monarquía independiente, que continuaría con la llamada madre patria, su alianza y amistad. Supe que criticaban a los dos curas revolucionarios que iniciaron el movimiento de independencia, y a quienes se les habían sumado fanáticos del pueblo. El pobre palidecía cuando hablaban de su confesor, el padre Matías Monteagudo, de la iglesia de La Profesa. José María, aunque atento con las visitas, lucía preocupado. Creía que su padre no soportaría seguir viviendo con su decisión de serle fiel al rey de España y sus valores de justicia, conociendo cada día más el comportamiento de los realistas en el Nuevo Mundo.

Mi señor José Francisco, Alcalde del Crimen, era orgullo y ejemplo ante su hijo, éste lo demostraba con su empeño en estudiar y se lo decía con versos.

*Yo, el primero de tus hijos,
También primero en lo amante,
Hoy lo mucho que te debo
Con algo quiero pagarte.*

El día del cumpleaños del Alcalde, Merceditas hizo un gran esfuerzo para verse feliz ante los amigos invitados al pequeño

convite. Llevaba días angustiada por la salud del marido. A mí no me engañaban, en las noches al salir a encender el farolillo de la entrada, oía el llanto de incertidumbre y dolor venir desde la alcoba de los Heredia.

—¿Qué vamos a hacer? ella preguntaba.

—No lo sé. Tienen razón los que se reúnen a conspirar en La Profesa. No los quisiera juzgar. Pido a Dios se acuerde pronto de mí —imploraba contemplando la luna, por aquellos meses de octubre, de una gran belleza.

Mi señor no conciliaba el sueño. Su hijo sabía muy bien cómo andaban las cosas en el Virreinato y en la casa. Seguía estudiando y reuniéndose con sus amigos liberales. Él justificaba la actuación de su padre, al lado de los realistas, por ser una muestra de fidelidad; aunque sus enseñanzas y consejos siempre lo guiarían en la vida.

Decía el muchacho que un coronel al servicio del rey, Agustín Iturbide, estaba a la cabeza de un movimiento para defender al Virrey y luchar contra un insurgente llamado Guerrero. José María, conocedor de la adhesión de su padre al rey, le suplicaba que esperara con tranquilidad el desarrollo de los sucesos. Mientras, podía descansar y recuperarse de su enfermedad.

Don Sabino venía a la casa y mi señorito le daba las órdenes del día; aunque cuando se iba a estudiar me pedía que yo lo atendiera. Al secretario, un peninsular, no le parecía que una india le llevara los recados; dudando de mi capacidad, ignoraba que mi señor José Francisco me había formado e instruido. Una mañana su orgullo brotó al preguntarme si entendía su letra y podía escribir las instrucciones del Alcalde; al contestarle que sí, sonrió burlonamente y me dijo que mi lugar estaba en el Convento de Corpus Christi, donde se enclaustraban las indias nobles, las hijas de los caciques.

—¡Guá pues! ¿y por qué han de encerrarme? —contesté molesta.

—Pues, guapa, para que no hagas pecar a los hombres, eres una tentación. Y que me da un pellizco en la mejilla el sinvergüenza.

Aquel día la niña, mi Merceditas, con el rostro desencajado, me pidió alejar a Ignacia por unas horas, a sus hermanas las habían invitado a pasar el día en casa de unos amigos. La llevé a pasear. Para hacer tiempo rodeamos el barandal que protegía la estatua de un rey a caballo situada en medio de la plaza. La encaminé hacia el Seminario de Porta Coelli y entramos a la capilla del Señor del Veneno, dicen que ese Cristo negro es muy milagroso, le sugerí que rezara y pidiera por la salud de su padre.

—Se va a morir ¿verdad? —preguntó la chiquilla.

—Es que ya se le está acabando su tiempo —respondí muy segura.

Para mis adentros pensé, invocando la intervención de Legba, la poderosa potencia yoruba de mi negro Joseph, que era lo mejor para salvarlo del desbarajuste que se venía. Al salir me contestó la divinidad, vi unos zopilotes volar cerca del atrio. Esos pajarracos anuncian la muerte. Se los mostré a la niña.

—¡Qué miedo! —me dijo abrazándose a mi cintura. La solté cuando sentí la mirada de reprobación de una de las devotas. Le aseguré a Ignacia que su hermano nunca la abandonaría y esto la calmó.

Cuando regresábamos, nos detuvo en la puerta la procesión del Santísimo Sacramento. El cura de la iglesia de La Profesa venía acompañado del sacristán y dos monaguillos a darle la extremaunción a José Francisco Heredia. Ignacia escondió su cabeza entre mis ropajes y, cuando entramos,

vi al muchacho, mi señorito, convertido en el nuevo señor Heredia consolando a su madre.

José María había crecido de golpe. El adolescente me pareció de recia voz, ya no se le salían los gallos al hablar, me ordenó cuidar a la Mercedes y a sus hermanas. Él se encargaría de los trámites para sepultar al Alcalde del Crimen, con el apoyo del padre Matías, en la iglesia de La Profesa. Entonces se le acercó un abogado muy rico a ofrecerle ayuda, se llamaba Agustín Pomposo Fernández de San Salvador. Es un largo nombre que nunca olvidaré, me lo hizo repetir varias veces antes de anunciarlo cuando mi muchacho velaba a su padre.

LA TRISTEZA EMBARGABA A LA FAMILIA, el infortunio perseguía a los Heredia.

Merceditas no se consolaba y al verme gritaba:

—Saquen a esa guaricha de aquí. Ella anunció la muerte de José Francisco cuando vio a los zopilotes. No la quiero cerca.

La primera vez que lo hizo, José María la alcanzó a oír y me dijo que su madre estaba sufriendo, me pidió no hacerle caso. Me encerré en la cocina y uno de los mozos se reía al repetir:

—Los amos serán siempre los amos. Ya ves, india pretenciosa, cómo te regañan.

Extrañé a mi señor José Francisco, él nunca hubiera permitido un mal trato por parte de la familia hacia nosotros los criados.

—Cierra esa boca. Algunas veces el miedo y el dolor nos hacen perder la razón.

Me quité la alpargata y se la lancé a la cabeza. Salió corriendo de la cocina, no sin antes insultarme con su cantaleta de:

—India pretenciosa. ¿Qué te crees?

Tenía razón, ¿qué me creía? Me habían cambiado. Los Heredia me hicieron una Lluvia sin terruño. Me llevan y me traen. Nada es igual. Nada sabía igual, las tortillas tenían gusto a tierra y algunas eran color humo. Mas los sabores no tienen importancia cuando se trata de una india, tampoco los olores;

pero extrañaba la mezcla de agua salada y aceite del lago, su olor a tarde pasajera y a meados de recién nacido. Mis manos sin gente a quien acariciar se entretuvieron con la masa de los tamales y en el lavadero sacando el sucio de la ropa de los amos; pero aquellos tiempos de peinar a mi pequeño o trenzar el cabello de las niñas se acabaron. José María se acicalaba él solo y las muy consentidas preferían ir con su madre. Mis oídos seguían el canto de las cigarras, el suave roce de las palmeras o la caída de los cocos, uno, dos, tres. . . Todo era diferente, menos mis ojos atentos a la suerte del señorito de los Heredia.

Los amigos aconsejaban a José María, algunos pensaban que lo mejor era regresar a La Habana al lado de la familia. La Mercedes no participaba, se dejaba llevar sin intervenir, quejándose de sus dolores de cabeza.

Yo hacía milagros estirando el poco dinero que me daban para el mercado. Había que pagar las deudas y la renta de la casa. Una madrugada, cuando me disponía a hervir agua para el té, oí sollozos, venían del alma de mi muchacho que se convertía en hombre. Le llevé una taza de manzanilla a su cuarto, eran los meses de invierno y el joven estaba descubierta, quise taparlo con su cobija y al tocarlo noté su desmayado cuerpo muy caliente.

—*¡Hijo er diablo!* Estás ardiendo.

Fui a buscar a Merceditas a su habitación y me contestó:

—Cúralo, Lluvia, cúralo con tus yerbas mágicas.

En medio de mi rezongueo, por el descuido de José María al salir de casa sin abrigarse, me dispuse a darle una friega de alcohol con sábila, lo cubrí con varias mantas para que sudara la fiebre, y me fui al corral a conseguir unas yerbitas de diente de león. Me quedé a su lado toda la noche. Cuando despertó comprobé que se sentía mejor. Le dije entonces, —*M'hijo,*

regresemos a La Habana, no podemos los dos solos con las niñas y tu madre enferma.

Movió la cabeza asintiendo. Estoy segura de que le dolía abandonar sus estudios de Leyes. Se encerró a escribir una biografía de su padre y la publicaron al poco tiempo. Me dejó a cargo de la casa y se fue con sus amigos a visitar el teocalli de Cholula. Cuando regresó, en medio del dolor que sentía se notaba su satisfacción. Ahora sí podemos partir. Dejo a Méjico; pero parte de mi ser queda entre los versos de este poema.

—Escúchalos Lluvia, escúchalos — me pidió emocionado.
*¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
los aztecas alientes! En su seno
en una estrecha zona concentrados
con asombro se ven todos los climas
que hay desde el Polo al Ecuador . . .*

Llegó la Navidad y pasó, vino dizque el cumpleaños de José María y también pasó. Los vecinos en sus casas festejaron la visita de los Santos Reyes Magos, se reunían a partir una rosca donde habían escondido muñequitos de porcelana. Los Heredia, de luto, no tenían humor para aceptar invitaciones, preparaban su regreso a La Habana.

ACOMPañÉ A JOSÉ MARÍA a casa del caballero que me hizo aprender su nombre de memoria, a fuerza de repetírmelo varias veces el día del velorio. Agustín Pomposo Fernández de San Salvador. Ya lo había visto participar en las tertulias que organizaban en la casa. Me divertía lo que murmuraban algunas señoras cuando él se despedía.

—Pobre de don Agustín, con esa sobrina tan alocada que lo avergüenza —comentaba una de ellas.

—Cuentan que Leona se casó con Andrés Quintana Roo, ya tienen una hija, y después de tantas penurias por ser insurrectos, ahora están arraigados en Toluca, de donde es originaria su familia —dijo otra de las damas, esperando que una tercera añadiera algo más al chismorreo.

—Es una niña escandalosa. Yo no dejé que las mías se juntaran con ella. A tiempo descubrí sus intenciones liberales.

Don Agustín no aceptaba invitaciones para evitar las habladurías; no obstante, apreciaba a mi señor José Francisco y acudía a la casa cuando se lo pedía. Una vez probó los buñuelos de batata y, cada vez que venía a visitarnos, la Mercedes quería preparárselos. Aquí en Méjico los buñuelos son telas de pasta de harina frita, pero doña Francisca, en Coro, me enseñó a hacerlos con la masa de camotes.

Aquella tarde caminaba al lado de José María por las calles de Plateros y de San Francisco. Lo hacíamos lentamente, como si cada paso fuese una despedida de los bellos balcones,

los portones de madera pulida, los zaguanes de azulejos o las fachadas de cantera labrada y herrería. Los palacios nos decían adiós. Pasábamos por las residencias de marqueses y condes, algunas tenían las puertas abiertas de par en par y mostraban sus grandes patios rodeados de arcadas. Carruajes tirados por caballos nos hacían volver la cabeza para admirar a las elegantes mujeres que los ocupaban.

—Es una ostentación —murmuró el señorito.

Al llegar a nuestro destino mi muchacho se hizo anunciar. Nos hicieron esperar un rato. Creo que al señor Fernández de San Salvador le agradó ver a José María. Él le dijo que su madre le enviaba el dulce que tanto le gustaba. Muy ceremonioso y sin dirigirse a mí, me envió con el mozo a la cocina.

—Que lo entreguen a Jacinta y que le enseñen el modo de prepararlo.

Yo no recibía órdenes sino de mis patrones y no tenía ganas de que supieran cómo hago mis buñuelos. No le dije a la criada que pelara los camotes, los pusiera a hervir y cuando estuvieran blanditos los aplastara y le agregara queso molido y huevo hasta formar una pasta pegajosa. Luego en un caldero, con el aceite bien caliente, se freían las bolitas que con la punta de los dedos húmedos se van tomando y se echan a dorar. Se dejan escurrir y los sirven con un melado caliente que se hace hirviendo piloncillo con clavos y rajas de canela, aunque a mí me gusta ponerle hojas de guayaba o tiras de cáscara de naranja.

Ella me ofreció un jarro de agua fresca, de piña endulzada con miel. Aproveché su gesto amable para preguntarle

—Oye, Jacinta, ¿es cierto todo lo que dicen de la sobrina de tu patrón?

—No, mujer. Es verdad que mi Leona tiene mucho carácter, pero hace las cosas como Dios manda. El tío la comprometió

con un catrín de provincia y ella estaba enamorada de don Andrés, quien se formó en el bufete de don Agustín. La pobre ayudaba a la causa de la independencia con su dinero hasta que la descubrieron y la encerraron en la casa. Escapó y la encarcelaron en el convento de Belén de Las Mochas; pero cuando los insurgentes asaltaron ese sitio, la liberaron y se pudo casar con el enamorado. Te lo digo yo que la acompañé muchas veces. Me vine con el señor porque enfermó y la sobrina me pidió que lo asistiera.

—Entonces es para admirarse tu niña.

—Claro, como que ya la llaman la mujer fuerte de la independencia.

Después de oír todo lo que me contó de doña Leona Vicario, sentí pena por mi curiosidad. Esperé a que me devolvieran mi cazuela y, cuando me avisaron que nos íbamos, me despedí aprisa de la cocinera. Le prometí, de la boca para afuera, pedirle a mi señorito que le escribiera a su patrón la receta que yo le dictara.

José María salió muy agradecido y por el camino me dijo.

—Ya tenemos los pasajes para regresar a Cuba.

Seguimos andando y, al acercarnos a la iglesia de La Profesa, me pidió esperarlo.

—Voy a despedirme del doctor Monteagudo.

AL MORIR EL ALCALDE quedamos desamparados y en la pobreza. Los Heredia vendieron algunas de las pertenencias que trajeron a Méjico y los Yáñez nos ayudaban enviando a Matiana, una de sus criadas, con tablillas de chocolate y piezas de pan de natas que horneaban en su casa. Ella también me acompañaba por el mandado. Era una india de aquí, de mi color, peinada con trenzas y vestida con una falda negra a rayas blancas y quisquemetl bordado con flores. Cuando supo que pronto partiríamos me invitó a una pulquería escondida por el rumbo del mercado. Por una puerta entraban los hombres y por otra las mujeres. De un lado del mostrador los atendían a ellos y del otro a nosotras. Probé el pulque y me gustó; sabía a esta tierra de magueyes y nopales. Era como beber la leche del pecho de Méjico. Nos servían y volvían a servir; la Matiana pagó con los tlacos que les ahorraba a sus patrones. ¡Qué bien nos sentimos al salir!

Cuando llegué a la casa iba muy contenta, había dejado las tristezas de los Heredia en la pulquería. La Mercedes me reprendió:

—¿Cuándo se ha visto esto en la casa? Una mujer aficionada a la bebida. ¡Qué mal ejemplo para las niñas! Vete y no salgas de tu cuarto hasta que te recuperes.

—Borrachita, borrachina. —Esa vez le contesté bien feo a mi Merceditas —No me diga que es la primera embriagada

que ve, porque le refresco la memoria. La tía Aurora, en Coro, bien que se alegraba con el ron que le traían desde Curazao.

—Calla mujer. No sólo son los malentretenidos, los viciosos y vagos los que aturden a esta ciudad, ahora tú, en quien hemos confiado siempre, te les unes.

Me mandaron a callar. Un vez más los acontecimientos familiares me hacían empacar, en silencio, las escasas pertenencias de la familia en los baúles y arcones. Comenzamos a preparar algo de comida para la travesía y a medio llenar toneles y barricas. La Mercedes siguió con sus dolores de cabeza y ayudaba poco; pero Ignacia se me acercaba con ganas de hacerlo. José María se despedía de los amigos y éstos le daban regalos para que nunca los olvidara. Uno de ellos, el joven inglés que pintaba paisajes desde los montes, le dio su libro *Ivanhoe*, escrito por un señor Scott quien convertía la historia en algo más fácil de leer. Los escuché hablar sobre la novela histórica y vi la cara de gusto y entusiasmo del muchacho.

Le escribió a su amigo Domingo Delmonte en Cuba, allí lo estaría esperando, volverían a verse y le mostraría sus trabajos. José María pensó de nuevo en Isabel, la niña Belisa, aquella Lesbia de su poema, y a quien había dejado en La Habana.

EMPRENDIMOS EL VIAJE DE REGRESO. Tomamos la misma ruta hacia Veracruz por la que llegamos un año antes. Ahora el paisaje había perdido su color, quizás era reflejo de los vestidos de la familia, todos de negro riguroso. Aún recuerdo las noches que me desvelé cosiendo en punto atrás las faldas para las niñas y mi negación a usar ese color oscuro que detesto. El negro es para el pelo, el zapote, las plumas de los zopilotes y el aceite que brota en el lago, pero nunca para trapos. En consideración por la familia enlutada usé mi túnica de manta, sin bordados, por algún tiempo.

Los árboles habían perdido su follaje en el otoño y sus ramas nos despedían respondiendo a nuestra tristeza. El frío hacía más difícil el camino, los animales no resistían y el trayecto tomó más días. Las pequeñas estaban asustadas, tantos cambios en la familia, la madre como ausente y sobre todo sin el padre, las hicieron callar y aceptar la vida como venía. Descansamos en la casa de la hacienda de unos amigos en el Molino de flores por Texcoco, de allí partimos hacia Jalapa. La niebla no nos permitía ver, y el miedo a las barrancas nos había dejado mudos. El frío contribuía también a nuestro silencio. Nadie se quejaba del cansancio y tampoco ponderaba el paisaje, ahora con más nieve en las montañas.

—Lluvia, no sólo sentimos helado el cuerpo, también nuestra alma se ha enfriado. —dijo la Mercedes abrazada a Ignacia.

No me gusta recordar ese viaje. Éramos el infortunio andante. Lo único que alegró nuestro corazón fue la vista del mar. La promesa de calor, el sol, las palmeras y el oleaje, infunden cierto alivio que permite sonreír, aunque el ánimo esté por el suelo.

La goleta esperaba por nosotros. Fuimos los últimos pasajeros en embarcarse y la travesía se me hizo larga, muy larga.

En las noches acompañaba a José María a observar las estrellas. Él decía que no era verdad; pero lo vi llorando.

—No es cierto. Yo no lloro con lágrimas, lo hago con versos —respondía cuando le preguntaba y me parecía ver un dejo de sonrisa en su rostro.

Se alejaba de mí, no se acercaba a sus hermanas y con su madre sólo trataba lo necesario. Encerrado en su camarote leía los libros que sus amigos le obsequiaron. Creo que uno era de un tal Byron y el otro . . . ya se me olvidó.

¡AH, MUNDO! Los adioses nos habían marcado. El poeta que leía mi señorito, un noble inglés, Byron, sabía decir lo que sentíamos de una forma bella. José María tradujo algunos de sus poemas y luego les dio lectura en voz alta para que su madre escuchara y regresara a este mundo. No lo logró, ella contemplaba el mar y su mirada se ahogaba entre las olas mientras repetía los versos de aquel Lord.

*¡Adiós! Si dicha se concede al hombre
de una plegaria en premio, ésta tu nombre
elevará hasta el trono del Señor.
Promesas, quejas, llanto, fueran vanos;
más que el lloro, exprimido, ya sangrante,
de ojos sin luz, tenaz remordimiento
esta palabra dice . . . ¡Adiós! adiós.*

¿Cuál dicha? Yo no la he conocido. En cuanto a los Heredia, creo que les concedieron poca. José María buscaba consuelo entre las líneas del poeta; también sus ojos estaban secos y su voz extinguida, del dolor sacaba fuerzas y la ilusión de encontrarse con su amigo Delmonte y el recuerdo de Isabel, su Belisa, le infundían ánimo. El poeta hablaba de lo que sucedía en el corazón de José María y, en voz baja, él rogaba al amor recitando “Acuérdate de mí” del inglés.

*Llora en silencio mi alma solitaria,
excepto cuando está mi corazón
unido al tuyo en celestial alianza
de mutuo suspirar y mutuo amor.*

Eran palabras tan hermosas, amor, suspiros, dicha; palabras que muchos desconocían, el amor era tortura para algunos, los suspiros volaban y la dicha imposible de alcanzar. En cuanto a la celestial alianza, la verdad me conformaría con las alianzas de esta tierra, las terrenales que hacían creermelo feliz, aunque fuese un instante. Fue entonces, cuando comencé a recordar a mi negro, el negro Joseph ¡Que se acuerde de mí! Le pedía al viento y la brisa contestaba silbando, apagando las cenizas.

Ignacia comprendió a la madre y su sufrimiento. Cuidaba de sus hermanas, cada día más traviesas. Rafaela, Lola, Conchita, eran los nombres que más sonaban en aquella goleta antes de atracar. Las niñas estaban inquietas, no obedecían y la madre, a gritos, pensaba que las calmaría. Necesitaban una buena tunda, desde que se nos fue mi señor José Francisco nadie ponía orden en aquella familia.

RECORDABA AL NEGRO JOSEPH ¿sería mío todavía?

—¿En qué piensas, Lluvia? —me preguntó José María cuando nos acercábamos al puerto de La Habana.

—¡Vais, pues! También eso quieres saber —le contesté sosteniendo la mirada y me alejé de él.

Ese muchacho era mi vida. Pero creo que no se convencía de que por mis venas corría sangre, y mi corazón latía entusiasmado al ver a ciertos hombres. El joven Heredia se había apoderado de mi existir, me había convertido en su sombra y ahora deseaba que le entregara lo único mío, el pensamiento.

—¿Estás molesta? Preguntó al notar mi enojo.

—Sí. Llevo años siendo parte de esta familia, compartiendo sus idas y venidas y lo único que me pertenece son mis recuerdos y ahora los quieres. Pues, no. Hay lugares de la memoria que son privados.

El muchacho sonrió, asintió al darme la razón y pidió que nunca cambiara. La suerte nos maltrataba; me incluía porque tenía que acompañarlos, consolarlos y lidiar con las niñas, sobre todo cuando su madre las hacía a un lado. Esperaba que en Cuba los familiares se ocuparan de la Mercedes.

En el muelle se veía el movimiento de los cargadores y distinguíamos algunas personas vestidas de negro, quienes seguramente nos recibirían. Yo buscaba una señal de Joseph en las playas. Las palmeras estaba silenciosas, y el

oleaje tranquilo. Nadie se contentaba de mi regreso, pasaría inadvertido, el mar se había acostumbrado a mi ausencia.

Peiné a las niñas, arreglé sus vestidos, les limpié las botas y cuando vi a Merceditas su tristeza me conmovió y llamé al hijo para que la atendiera. Mi ama sonreía como ausente dando las gracias. Tuve que ayudarla a vestir y acicalarse. Ya no gritaba, su docilidad ahora nos asustaba.

—Tendrás que bajar tú primero, tu madre sigue mal.

Al atracar el barco, el nuevo señor Heredia bajó del navío, recibió los abrazos de los parientes reunidos y subieron algunos a bordo por la Mercedes y las niñas. Se fueron todos, me dejaron a cargo del equipaje. No me hablaban, ni preguntaron si algo se me ofrecía. Pasé de nuevo a ser la criada de los Heredia, la india engreída a quien José Francisco, dando un mal ejemplo, enseñó a leer y a pensar, para disgusto de los de su clase.

¡QUÉ BUENA VAINA FUE ÉSA! La que me vino a echar mi señor José Francisco con su muerte. ¡Yo que me creía persona! Ahora regresaba a otro mundo. Subió a la goleta el hermano de Merceditas, a él ya lo conocía, era altivo, pero siempre educado y respetuoso del trato que la familia Heredia me daba. No obstante, ahora se veía próspero, déspota y mandaba como su padre a los esclavos.

—Baja esos bultos y luego regresas por estas canastas —me ordenó.

Comprendí lo que sería, entonces, para todos los parientes de Cuba. Una más. Así continué bajando las pertenencias de mis amos, hasta que la niña Ignacia se acordó de su nana. Le decía al tío que no podían partir sin mí.

—Sólo ella logra dormir a las pequeñas. Les lee la Historia Sagrada cuando las acuesta. —Le confié, señalándome.

—Como digas Ignacia, Lluvia se irá con todos a la casa de los abuelos —contestó resignado el tío.

José María fue recibido por uno de los amigos que había dejado. Domingo Delmonte. El encuentro de los muchachos fue emotivo. Algunas coincidencias los unían, los dos habían nacido en mi terruño, la región del sol ardiente, con un lago de por medio y un río bendito, el Catatumbo, donde un rayo nos deja toda su energía una vez al año, el 4 de octubre. El niño Delmonte vio la luz en la margen derecha del lago, en la ciudad de Maracaibo. Mi chiquillo del lado izquierdo, en Coro,

cerca de los médanos, unos días después del nacimiento de mi carricito.

Las familias se conocían desde Venezuela. Los que vivían en Maracaibo tenían amistad con los Campuzano, parientes de la Mercedes, ampararon a mis amos, los Heredia, cuando naufragaron y luego se casaron. Nunca lo olvidaré, yo le pertenecía a los que me compraron para la sobrina embarazada. Era algo que insistía en borrar de la memoria; sin embargo, como el oleaje, se iban los recuerdos y luego regresaban.

Los dos muchachos sentían la necesidad de cantar sus sentimientos, amaban la poesía, el teatro, las bellas artes. Se identificaron y se apoyaban uno en el otro. El mío había dejado grandes amigos en Méjico, llenos de inquietudes y deseos de libertad, ansias de un nuevo orden, los mismos que latían en el corazón de su ahora hermano, Domingo.

Aquella mañana de Febrero, en el muelle de La Habana, antes de irnos a la casa, la tristeza me embargaba, sentía el abandono y la vergüenza de no ser alguien. También un escalofrío recorría mi cuerpo. Por un momento vi un aparecido. Seguramente alguien andaba invocando al espíritu de Cocofío. Un joven zambo del mismo porte de José Leonardo, del esclavo cimarrón que me embrujó y me dejó engurruñada, caminaba detrás del señorito Delmonte. Como su sombra, se quedaba a unos pasos esperando órdenes. Su mirada era igual a la de aquel hombre a quien le habían cortado las manos por rebelde y la cabeza por desobediente, se notaba a disgusto y decidido. Sus piernas largas, para correr y huir, y el cabello negro ensortijado, me dejó pensando en el carricito que los amos se llevaron a Sinamaica, para que mi leche fuese de otro niño, del pequeño Heredia y Heredia, mi José María.

¡Ah, mundo! Los gritos del hermano de la Mercedes me sacaron del ensimismamiento. Subieron a las niñas a un carruaje y yo me fui siguiendo a la carreta con las pertenencias de la familia. La planta de mis pies estaba acostumbrada a andar por toda clase de caminos, lodo, piedras, arena, monte, agua y nubes, sí, también anduve por el cielo con el muchacho, sus versos me llevaron allí. Las enseñanzas del señor José Francisco y de su hijo me mostraron el sendero; pero la voz de este nuevo patrón me revolcaba en la tierra y su mirada era como un azote.

Caminaba cuidando que no se cayeran los bultos o que alguien los robara. Lo hacía al ritmo que marcaban las mulas. No veía las calles, ni las casas o las plazas, mi cabeza estaba con aquel zambo de los Delmonte, que me hacía recordar al padre de mi pequeño. Tenía que hablar con José María.

Al llegar a la casa, con el alma rota por sentirme humillada y la visión mágica del seguidor de Cocofío, saqué fuerzas para hacer lo que me pedían y no encontraba un momento para ver a mi muchacho. Fue hasta en la noche, cuando le serví su leche caliente que le dije lo que había visto, y le conté parte de mi historia. Me miró sonriendo y opinó:

—Eso sólo sucede en los dramas. Creo que te contagié las ganas de escribir uno.

LA MERCEDES SE FUE RECUPERANDO y aceptando su pena. La protección de su hermano la benefició a ella y a todos en la familia. José María continuó sus estudios para obtener el título de bachiller en Leyes. Se iba a la universidad con su amigo Domingo y éste fue su padrino al presentar su tesis. Mi muchacho tenía poco tiempo para platicar, sólo en las noches conversábamos, yo lo esperaba para calentarle su cena y, mientras comía, me hacía partícipe de sus sentimientos.

Era enamoradizo. Sufrió al saber que su Lesbia, la niña Isabel estaba comprometida.

—No me esperó, se quejaba. No escuchaba razones que lo consolaran.

Yo lo dejé, sabía que el tiempo sana las heridas y nuevas ilusiones renacen. Le preocupaba nuestra próxima mudanza. El tío deseaba que la familia se instalara en Matanzas, cerca de donde él vivía. Allí se dedicaba, como muchos hacendados, a una actividad que disgustaba a mi señorito. El hermano de la Mercedes se había enriquecido con el tráfico de esclavos y los Heredia en Méjico ya habían oído de libertad, igualdad y fraternidad, un Cura de apellido Hidalgo que se alzó en 1810 había declarado, entre otras necesidades, la libertad a los esclavos. Las reuniones en la iglesia de La Profesa en la ciudad de Méjico les ampliaron su horizonte y la esclavitud era cosa del pasado.

En La Habana él asistía a reuniones con su amigo Domingo. En ellas se buscaba una luz; de las discusiones saldría algo bueno para la isla que ambos jóvenes amaban. Los encuentros acababan tarde, ya muy noche, Mercedes me pedía que esperara a su niño; el joven Delmonte lo acompañaba a casa y siempre los escoltaba el zambo de piernas largas, todo un cafre como los que llegaron a las costas de Venezuela. Decía José María que este hombre sabía matar sin dejar huella ni derramar sangre, él mismo elaboraba sus cuchillos y Domingo le tenía confianza.

No me quedaba duda, ese negro por quien latía mi corazón era el hijo del espíritu de José Leonardo. Un día los esperé en la puerta del zaguán, le pregunté al señorito Domingo que de dónde había venido su esclavo. Me contó que llegó a la finca de Maracaibo casi siendo un recién nacido, y ellos se lo trajeron a La Habana en 1809, cuando a su padre lo cambiaron a Cuba. Supe que las premoniciones de una madre son auténticas y que el cordón umbilical nunca se acaba de cortar. El zambo de mirada rebelde era mi hijo.

—*¡Ah, mundo!* Es mi hijo —grité, y los dos amigos alcanzaron a escuchar.

José María me abrazó y le dijo a Domingo que después lo pondría al tanto de la historia. El joven Delmonte sólo respondió:

—Me muero por conocerla. Sin embargo, ese esclavo pertenece a mis padres.

Juré que no lo sería por mucho tiempo más, y me propuse conseguir su libertad al precio que fuera.

LA SALUD DE MERCEDITAS iba mejorando cada día, los cuidados de sus familiares lograban milagros. Las visitas de las tías eran un gran consuelo y las amistades la alegraban. Las señoras grandes se ocupaban de enseñar a las niñas todo aquello que su madre había descuidado. Les prepararon unas costuras, un cuadro de tela con dibujos de flores y madejas de hilos de distintos colores, para que aprendieran a bordar cojines. Las pequeñas obedecían mientras que Ignacia, ya grandecita y estrenando su fastidioso sangrado, se resistía a tejer las puntas a gancho, insistía en que se le hacía más divertido leer los libros del hermano. Su madre la regañaba, obligándola a comportarse como correspondía a una mujercita de familia.

Dejar este ambiente tan acogedor en La Habana fue un dolor más para la Mercedes; sin embargo, dependía de su hermano y ya él le tenía una finca asignada en esa ciudad de nombres sonoros, San Carlos y San Severino de Matanzas. Otra vez, me tuvieron recogiendo y empacando, y, si mi ama estaba decaída yo me sentía morir, acababa de descubrir a mi carricito y pronto lo dejaría. Lo bueno es que a nosotros, los esclavos, no nos duele el alma, con eso de que los curas deciden si la tenemos o no, según el color de la piel. La mía era negrita, bien oscura, y aunque decían en el hato de los Campuzano de Coro, que la patrona me había echado el agua bendita cuando nací, yo no me acuerdo.

José María ya había acabado sus estudios en La Habana, seguía leyendo y escribiendo, hablaba de ilusiones y trabajos que realizaría con el señorito Delmonte. No lo importunaba el cambio a Matanzas, los separaban algunas horas de camino, pero se podrían seguir viendo. Le pregunté una noche si su amigo lo visitaría en la nueva casa.

—Claro, y seguramente vendrá acompañado del zambo que te interesa, y por el que siento celos, tu carricito. Acuérdate que tú eres mía.

Callé, bajé la cabeza y algo se me revolvió en el estómago. Una sensación de afectos y deberes en conflicto, algo que a una mujer como yo no le está permitido. Ese pertenecer a alguien sin nuestro consentimiento maltrata. Con José María era tal vez distinto, yo quería ser parte de él, no me disgustaba ser como su sombra.

Salimos de La Habana muy temprano. Las casonas de arcadas y balcones de herrería o madera nos despedían. El malecón y la bruma del mar traían recuerdos que deseaba ahogar, mi negro Joseph desapareció y con él mis amaneceres en la playa y mi reaparición en la misa de seis de la mañana, para que me vieran las chismosas de la ciudad. Tomamos el camino real, el mismo que llevaba a Santiago, en medio de una vegetación tupida a través de poblaciones con iglesias pequeñas y sencillas. Decía el muchacho que eran corrales que habían sido comprados y luego divididos para repartir las tierras entre los colonos traídos desde la Península o las islas Canarias. Así pasamos por el de los príncipes, y luego por el de Caraballo y José María no dejó de reír cuando pregunté si eran parientes de la loca Luz Caraballo, una mujer de la cual habíamos oído hablar en Venezuela. Comprendí que éstos eran de otra familia, aunque con el mismo apellido.

Llegamos a Bailen, y había que cruzar el río y el puente no estaba terminado. La Mercedes temió por sus niñas, y ellas se abrazaron a la madre. Los esclavos y macheteros se encomendaban a Obatalá quien era seguro. Cómo extrañé a mi señor José Francisco, él andaría contándonos por el camino historias de la ciudad, de los corrales y de las deidades como esa que veneraban los negros.

—Es mejor que le pidan a Obatalá a que lo hagan a tu virgen preferida, Nuestra Señora de las Mercedes. Para ellos es la misma. —le dijo José María a su madre.

—Es sacrílego lo que dices. No puede ser.

—Así es madre y hay que aceptarlo. Ésta es tierra de esclavos.

Mi ama palideció. Los recuerdos de la jovencita que dejó Santo Domingo, donde los negros estaban revueltos, regresaron a perturbarla. Pero no sólo era el recordar, el ambiente era parecido al de Haití y Santo Domingo. Los negros miraban con el mismo rencor y ella temía una insurrección en cualquier momento. Se lo comunicó al hermano y éste, muy dueño de sí, le aseguró que no sucedería lo mismo. Le mostró la fortificación de la colina de Punta Gorda, el Castillo de San Severino, desde allí los militares custodiaban a Matanzas y los esclavos eran sometidos.

Una mezcla de dialectos ya escuchados, ritmos sonoros de tambores y el fuerte olor a melaza nos recibió. En la casa de la calle O'Reilly las criadas sonreían a los nuevos amos y sus amarillentos ojos preguntaban:

¿Quién es esta sirvienta que habla como los amos?

Era yo, Lluvia, la desubicada.

Los esperaban a comer y prepararon un rico congrí, ese arroz con frijoles que hacían en Santo Domingo. Lo sirvieron con ricos y crujientes tostones de plátano verde frito, algo que nunca probé en la ciudad de Méjico.

LA MERCEDES SE IBA ADENTRANDO en el mundo social de Matanzas, su cuñada pasaba en las tardes por ella para rezar el rosario en la catedral de San Carlos, o ir con otras damas a las conversaciones con los frailes que construían la iglesia de Corral Nuevo, dedicada a Santa María del Rosario. Ignacia, por su parte, iba con sus primas a casa de amigas que le enseñaban oficios y al regresar a casa la esperaba el maestro de música y el de pintura para que tuviese adornos que ofrecer a un futuro marido.

Aprendí a conocer la ciudad al lado de Carmita. Una joven de gran caderamen, siempre alegre y amable, encargada de la cocina. Su alegría contrastaba con la nostalgia que yo venía arrastrando desde mi terruño. Y, mientras mi cuerpo estaba escondido entre trapos, el de ella estaba dispuesto a lucirse. Se bajaba las mangas y el escote cuando los del cañaveral venían a traer provisiones para la familia o salíamos por algún mandado. No se sentía infeliz por ser esclava y, cuando le contaba lo que sucedía en Méjico y por lo que había pasado Venezuela o Santo Domingo y Haití, reía a carcajadas.

—Tú estás loca, mujer. Esta es nuestra vida, ¿para qué otra?

Yo callaba, era cierto, ¿para qué otra? Uno se acostumbra a servir, a ser esclavo. Quizás por eso se les facilitaba imitar a los blancos y me divertía mucho viendo a los negros bailar. Algunos tocaban el violín, sus patrones los habían enseñado

para deleite en sus saraos y, acompañados del bongó y las palmas de los espectadores, danzaban. Ellas usaban un trapito blanco, como pañuelo, se echaban aire con un abanico de palma, y ellos, muy ceremoniosos, con una mano atrás, en la espalda, esperaban muy galantes a que descansaran entre pieza y pieza. Al reanudarse la música se apretaban uno al otro, y casi sin moverse del lugar que les correspondía, pasaban la tarde dominguera dando vueltas al compás de sonos pegajosos.

Fue cuando conocí a Jesús, el hermano de Carmita.

—¿Es cierto que tú traes ideas locas? —me preguntó.

—¿Cuáles? —le contesté.

Y a partir de allí nos hicimos grandes amigos. Él quería saber de otros mundos, y deseaba entender lo que decían los libros. Le prometí enseñarlo a leer. Cuando se lo conté a José María me dijo que fuera prudente, estaba prohibido; los esclavos no podían aprender a leer, eso era para los amos solamente.

—¿Y, entonces, por qué me enseñaron a mí?

—Tú eres nuestra Lluvia, algo único.

JOSÉ MARÍA daba lectura a una obra que sería presentada en el teatro de Matanzas. A mi no me gustó, era sobre unos hermanos que se odiaban.

—Eso no está bien. Tu padre diría que los hermanos son para quererse.

—Está basado en una leyenda. Es como un cuento —me aseguró.

A la función fueron varias damas de la sociedad. Allí conoció a una bella joven, Dolores Junco, y bastó su encantadora sonrisa y el pestañear de sus ojos para que José María quedara prendado de ella. Lola se convirtió en su inspiración y él en su fiel amante y servidor, la acompañaba a tertulias, reuniones, paseos y, cuando ella no estaba, sufría por su ausencia.

Me hacía oírle la cantata que le había escrito:

Vuelve a mis brazos, deliciosa lira,

En que la beldad y los amores

El hechizo canté. Sobrado tiempo

De angustias y dolores

El eco flébil fuera

Mi quebrantada voz. . . .

¡Es más bella que la rosa lozana!, repetía constantemente, y a sus amigos en La Habana les escribía sobre sus amores y el sufrimiento de todo enamorado al separarse unos instantes.

Era su ninfa del San Juan, así la llamaba, y cuando regresaba de verla se sentía feliz, como pocas veces se veía el tornadizo muchacho. El amor le infundía vida. Un día habían quedado de verse para un paseo sobre el río Yumurí, mi señorito y uno de sus amigos llegaron al muelle, pero eran muchos los pasajeros; se quedaron en tierra. Sin embargo, a José María se le ocurrió seguir la lancha en un bote y la alcanzó, el sonido del piano que tocaba la Lola los iba atrayendo como un canto lleno de magia, como el de las sirenas en una historia que le oí, en alguna ocasión, al señor José Francisco.

JESÚS ERA RETOZÓN Y MANOSEADOR. Ejercitaba el sentido del tacto, como diría mi muchacho; ninguna mujer se salvaba del manoseo y de sus pellizcos. Hasta le dijo un día a Carmita, su hermana.

—Entre tanto trapo me costó trabajo conocer a la Lluvia. Tiene la piel sabrosa y suave como las blancas. ¡Qué raro!

Un día, aprovechando mi distracción en la cocina, al cuidar unos cascos de guayaba que hervían en el fogón, de repente sentí uno de sus pellizcos. Ese negro picaflor era terrible. Le gustaba platicar, y los domingos cuando salíamos con Carmita me pedía le contara sobre las ideas locas que iluminaban los sitios donde había vivido con los Heredia. Saludaba esos aires de libertad por los que luchaban en Venezuela y en Méjico.

—Esta Isla no tiene para cuándo ver claro. Lo mejor es abandonarla.

Fue entonces cuando se me ocurrió que mi carricito lo podría secundar. Lo veía más a menudo. El señorito Delmonte venía a Matanzas los fines de semana y se hacía escoltar por el zambo de piernas largas. José María iba a La Habana entre semana, siempre los llevaba Jesús, quien la hacía de cochero. Una tarde el tío le reclamó a la Mercedes el comportamiento del sobrino; se rumoraba que no andaba en buenos pasos, tenía amigos en una sociedad secreta, no le dijo qué hacía y Merceditas era incapaz de tener un mal pensamiento sobre su hijo, me pidió, entonces, que lo acompañara en sus viajes a La Habana.

Jesús, mi carricito y yo esperábamos afuera de la casa donde se reunían los jóvenes y unos cuantos señorones. Hablaban de cosas importantes. Pasábamos la noche con los Delmonte y en el camino nos enterábamos, por sus comentarios, de lo que había tratado la reunión. Supimos que liberarse de España y tener gobernantes criollos era uno de los temas principales, se preocupaban por el destino de América, algo que a José María le venía mortificando desde antes de irse a Méjico. El joven Heredia se sentía mayor cada día, hablaba igual que su padre, vestía como los señores y a mí, ahora, sólo me tuteaba cuando estaba en casa.

La cosa se ponía fea, ya mi señor José Francisco, antes de morir, le había aconsejado prudencia al tratar con el señorito Delmonte y sus amigos, algunos de ellos ingleses con ideas traídas desde el continente. ¡Ah, mundo! no había nada qué hacer, el muchacho se reunía con los llamados Caballeros Racionales en Matanzas, se había convertido en un masón, algo que la gente comenzaba a ver como diabólico, porque el rey solicitó a los sacerdotes lo ayudaran en sus sermones y tenía prohibida la masonería en su reino.

—¡Tonterías! les contestaba mi muchacho a los que se oponían. En Méjico nos reuníamos en las iglesias, y los curas que piensan, casi todos pertenecen a logias.

Para zafarse de tanta vigilancia y los ruegos de su madre decidió inscribirse en la Milicia, así el tío lo dejó en paz, allí retenido tenía tiempo para pensar y escribir, fue cuando compuso su *Oda a los habitantes del Anáhuac*,

¿Y siempre los destinos de la tierra
Dictará el dios del mal? ¿Y los humanos
Siempre serán juguetes de facciosos,
O siervos miserables de tiranos?

¡Vais pues! Él nunca olvidaba a Méjico, estaba pendiente de las noticias que llegaban en los barcos y los correos de las amistades allí dejadas. Se enteró de la actuación de un tal Iturbide, lamentando lo que consideraba una tiranía de su parte. Sintió mucho que el Agustín Cosme Damián, el militar que conoció en las reuniones de La Profesa, y asistía acompañado de una bella dama de cabello dorado, hubiera cambiado en el Poder. Decía que olvidó principios y pisoteó ideales para convertirse en Emperador Constitucional de Méjico. No lo podía creer.

Por lo que oí, la hermosa güera traía de cabeza a muchos, era encantadora, así la definió mi señor José Francisco al hablar de ella la noche en que la conocieron. El azul de sus ojos era único, el blanco de su piel sin igual, su sonrisa perfecta, y el trato con los caballeros inimitable. A mi José María se le salía el corazón al describirla. ¡Qué mujer!

Los vi, los escuché y me dije, no niegan ser hijo y nieto de don Manuel, el mismo que me acosaba con su mirada y sus pasos me perseguían por la casa cuando doña Francisca se ausentaba.

La Mercedes, quien los escuchaba sentada en su mecedora del corredor, los sorprendió al gritar:

—Así es, igual de peligrosas son las bonitas que encantan, a las feas que espantan.

Cúdense de ellas.

Padre e hijo se miraron en complicidad y se retiraron a dormir.

Algunas veces me enviaban a visitar al muchacho en su retén del cuartel, me acompañaba Jesús y por el camino insistía en que deseaba salir de aquella Isla, me preguntaba si al otro lado del mar, en las puntas de tierra que se divisaban desde la costa, la vida sería diferente. Yo lo animaba y prometí

ayudarlo con la condición de que se llevara al esclavo del señorito Delmonte; le conseguiría una carta para los amigos de los Heredia, si se iban a Santo Domingo. Así, poco a poco, las ansias de Jesús se unieron a los deseos de mi carricito de ser libre y a mi promesa de auxilio.

Le pedí a José María una recomendación para que los recibieran en la isla vecina. Al principio se negó, mas después de reconocer que ya era una necesidad para los dos negros, accedió.

—Está tu hijo de por medio, ten y me entregó la carta.

Una tarde, en las fiestas de san Juan, después de bailar hasta el cansancio, dijo Jesús:

—Ya estamos listos, la luna se achicó, todos están borrachos y la guardia se retiró.

Los vi subir a un bote y, en voz baja, canté un son de negros de mi tierra:

—Si san Juan lo tiene, san Juan te lo da. Espero que el santo de los negros les haya concedido la libertad.

No tardaron en llegar a la casa las noticias de la huida. Jesús, el cochero, el hermano de Carmita estaba perdido y los Delmonte habían reportado la desaparición del zambo que acompañaba al señorito Domingo. José María me hizo pasar a la biblioteca; frente a su madre y al tío, preguntó.

—Lluvia, ¿qué sabes tú de esto?

—Lo mismo que usted patrón. Nada.

Al retirarse su tío y la madre, él se acercó y me dijo que había sido todo muy apresurado. No desconocía que después de las luchas, en el resto de América, los militares cuidaban mucho más a sus esclavos. Me siguió interrogando,

—¿Le dijiste que eras su madre?

—No, ¿para qué? A mi carricito lo parió un vientre que pertenecía al amo, lo cargó la tierra y lo amamantó una cabra.

Todo lo contrario de lo que sucedió contigo, José María, te trajo al mundo un vientre libre y amado, te cargó una negra y te amamantó una india. Tuviste madre paridora, madre de brazos y madre de leche. El zambo de los Delmonte no la tuvo, fruto de un apareamiento nació en la sierra, como los animalitos, la naturaleza lo sostuvo y lo crió, y ella responderá por su suerte durante toda la vida.

AQUEL DÍA EL MUCHACHO partió hacia La Habana. No quiso que su madre o alguien de la casa lo acompañara, dijo que pasaría por su amigo Domingo y con él iría hasta la Audiencia de Puerto Príncipe a examinarse de Abogado. La alegría de la familia era grande; José María le restaba importancia a este esfuerzo, aduciendo que exagerábamos en todo. La Mercedes rezaba en el oratorio por su éxito, Ignacia y las niñas me ayudaban a sacudir, lavar los visillos de las ventanas y, en la cocina, a preparar unos dulces de coco para el regreso del nuevo graduado.

Las pequeñas salieron corriendo a su encuentro la tarde en que divisamos el carruaje, mi ama lloraba de felicidad y abrazaba a su hijo, yo me moría de ganas de hacer lo mismo, pero mi lugar estaba en el patio de adentro, cerca de la cocina y los lavaderos. El joven Delmonte se notaba también muy contento y a la hora del brindis, con unas garrafas de vino que trajo el tío Heredia, anunció que en uno de los mejores bufetes de La Habana le habían ofrecido una plaza a José María. Mi niño se le quedó viendo y después de un rato le dijo que no sabía si lo podría aceptar.

Tiene razón mi hijo, él es el hombre de esta casa —apuntó Merceditas.

—Pero, doña Mercedes, ésta es una oportunidad enviable. No sólo pondrá en práctica sus conocimientos, sino

que se relacionará y se dará a conocer en el medio de la jurisprudencia. —Argumentó Delmonte.

Yo escuchaba atenta sin dejar de mirar a José María, él arrugaba el entrecejo y se pasaba su mano abierta por el cabello, por eso supe que le preocupaba la propuesta de empleo.

Voy a pensarlo y luego te diré qué decido, gracias, hermano.

Así sea. Salud al nuevo abogado de los tribunales de la nación española —respondió Domingo, alzando su copa.

¡Vais pues! A mí no me engaña nadie, José María no deseaba irse de Matanzas. Seguramente pensaría su madre que lo hacía por ella y las niñas; sin embargo, el muchacho ya estaba amarrado a Lola, la hermosa Lola lo tenía hechizado.

*De la suerte cruel negó a mi pecho
La esperanza del bien: sólo amargura
Me guarda el mundo ingrato,
Y el cáliz del dolor mi labio apura.*

Cuando pasé cerca de los jóvenes para ofrecerles un guarapo de caña, su plática me dio la razón, hablaban de Lola y sus desaires. Mientras el joven Heredia estuvo en la Milicia, otros caballeros se le acercaron y ella se dejó querer.

EL MAL DE AMORES lo consumía. No obstante, su inquietud por el sentimiento liberal y sus ideas republicanas continuaban, seguía con exaltación lo que sucedía en Méjico y, en La Habana, *El Revisor Político y Literario* le publicó dos artículos.

—Léelos, Lluvia, ¿qué pensarían de ellos los mejicanos?

—Creo que los de allá están de acuerdo con lo que dices en *A los Mejicanos y Política*; pero aquí en Cuba es peligroso lo que expresas. Tu tío te recomendó prudencia, mi niño, mucho cuidado.

Logré preocuparlo por un rato, pero su inquietud política crecía. En Matanzas seguía reuniéndose en la logia de los Caballeros Racionales; algunos, sobre todo los más jóvenes, trabajaban con la conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar. La independencia de la isla de Cuba se volvió su meta. La Estrella de Cuba, uno de sus poemas se convirtió en un canto revolucionario.

¡Libertad! Ya jamás sobre Cuba . . .

Si el cadalso me aguarda, en su altura

Mostrará mi sangrienta cabeza

Monumento de hispana fiereza,

Al secarse a los rayos del sol.

Una vez más la sombra de la desgracia se apoderaba de la suerte de los Heredia. *¡Qué pava!* Detuvieron a algunos de los señores que pertenecían a la logia y entre los nombres de los

masones estaba el de José María. Acusaron a mi muchacho de conspirador y lo querían meter preso. Cuando lo supo el tío Heredia se lo llevó conmigo, sí, con todo y su india, a casa de unos amigos para que se escondiera.

Don José de Arango y Castillo era también masón. Su deber era ayudar al hermano en problemas. Pocos sabían de don José, los mayores se desenvolvían con más cautela y secretismo dentro y fuera de la logia. Pero el ímpetu juvenil latía al compás de la época y sus necesidades, independencia. Este caballero nos acogió en su ingenio Los Molinos de la Marquesa, envió cartas a sus amistades y compañeros en Boston, Nueva York y Filadelfia, todas en un país donde hablaban enredado.

Mi muchacho escribió varias cartas a petición de su tío, quien lo visitaba y le llevaba noticias de su madre y hermanas. Uno de estos escritos fue muy criticado por los amigos y juraría que también por su estimado Delmonte. Allí le confiaba al alcalde de Matanzas que, si bien estaba afiliado a la logia de los Caballeros Racionales y conspiraban por la independencia de la Patria, él no estaba convencido de aceptar el horror que se iniciaría con el movimiento libertario; algo que le hacía recordar por lo que pasó la familia Heredia en Santo Domingo. Fueron pocos los días que estuvimos alojados en el ingenio. Bastaron ocho para que el corazón de José María se restableciera, el amor renacía y le infundía fortaleza, esperanza y confianza en las mujeres. Pepilla, la hija de don José fue su consuelo e inspiración.

*Me es dulce recordar las formas bellas
Y su acento apacible y regalado,
Cual lo es del miserable encarcelado
El aspecto del cielo y las estrellas.*

Nos disfrazaron de marineros para subirnos al barco que nos llevaría al país del norte. José María no debía hablar. Teníamos que ser cuidadosos y seguir las instrucciones de las amistades. Supe lo que se siente al llevar pantalones. Creo que mi muchacho se acobardó; pero yo me veía valiente y disfruté su miedo. Tal vez las prendas masculinas que me puse me hicieron sentir así. Ja, ja . . . El joven Heredia se dejaba conducir por el puerto, yo sabía que desde lejos observaba gente amiga. Cuando zarpó la embarcación nos cambiamos de ropa, él se volvió el señorito y yo volví a ser Lluvia, la Lluvia de siempre, toda oídos para escucharlo alabar a su nuevo amor.

Pepilla se había convertido en su Emilia, su gran ilusión en un exilio nada deseado.

Soñaba con regresar a sus pacíficas ocupaciones y con verla de nuevo.

La nave no era muy grande. Un miembro de la tripulación se nos acercó y le informó a José María que, tan pronto nos alejáramos de puerto, el capitán lo atendería en la sala de lectura. En todos los viajes y en el continuo vaivén con la familia, había estado mi ama, ahora yo sola no sabía qué hacer ni dónde me iba a quedar.

Desde la cubierta nos despedimos con tristeza del imponente castillo de San Severino y del Pan de Matanzas. Los ojos del muchacho estaban húmedos, se los secó furioso indicando que enseguida volvía. Lo seguí. Las miradas escrutadoras de los pasajeros me lastimaban y él lo notó. Me ordenó ir a su camarote. Lo hice después de ver cómo saludaba al viejo marino, de aspecto bonachón. Viéndose fijamente a los ojos se dieron un fuerte apretón de manos, parecía que se conocían ya, entonces, recordé cómo se saludaban los señores de la logia en Matanzas o en La Habana, cuando Jesús, mi carricito y yo lo esperábamos en el zaguán o en el

coche, pensando en cómo convertir los sueños libertarios en realidad.

Me fui al pequeño compartimiento, al regresar José María me comunicó que no había lugar para mí como pasajera. Me fui con los demás esclavos.

—¿Qué le vamos a hacer? así es la vida, *m'hijo*, hay que vivirla como viene.

Y, como tengo boca de sapo, según los que dicen conocerme, me tocó sufrir la tempestad que nos amenazaba, al lado de los negros, quienes ayudaban a mantener la embarcación a salvo de la ventisca, que hacía a las velas indomables. ¡Qué horror! El látigo no dejaba de sonar, todavía al recordar, oigo el chasquido del golpe seco sobre la espalda de aquellos esclavos. Mi corazón latía acelerado ante la crueldad y la impotencia. Subí y mi muchacho contemplaba el impresionante oleaje y escribía al huracán que sentía venir.

—¡Ah, mundo! ¡Ah, mundo! Éste le canta a los bramidos de la naturaleza mientras los de allá abajo claman al diablo por auxilio, porque estoy segura, Dios los olvidó.

Le di la razón a mi viejo negro Joseph, quien se burlaba de mis creencias, y también a Jesús el hermano de Carmita. Al yo intentar transmitirle la fe en Dios, a mi carricito, aquel joven zambo de piernas largas, Jesús, el cochero, me interrumpía diciendo:

—Pierdes el tiempo, mujer. Eso es para los que pueden ir al cielo y nosotros no cabemos en ese lugar de blancos. Es mejor el infierno, allí no quieren pararse los amos.

Al verme, José María me llevó al camarote, le conté lo que había vivido y decidió que me acomodara en el estrecho espacio. Durante toda la travesía hasta Boston dormí en el piso, y en el día me dediqué a leer sus escritos; hacía tiempo que no me pedía que lo hiciera. Al ir el pasaje al comedor por

sus alimentos yo subía a cubierta, respiraba aire fresco, el mar calmaba mis penas, si es que tengo derecho a sentir las, y una vez más lavaba los adioses.

José María volvía siempre con una generosa porción de comida para mí, y el encargo de limones para evitar el mareo. Devorando lo que me traía, lo escuchaba hablar del amor hacia su nueva amiga del alma, su Emilia, él recordaba sus cuidados y entrega, fue consuelo en aquellos momentos de dolor. Y, después, molesto consigo mismo se retiraba a la proa con un:

—Si no regreso es porque me arrojé al mar —decía sin piedad.

—*Umjú*, espero que una ola te devuelva, muchacho. Eso es una locura —le respondía, ya cansada de sus amenazas.

—Pensar en acabar con mi vida produce alivio. Sólo me mantiene la curiosidad de ver hacia dónde me lleva el destino, y la promesa a Pepilla de escribirle, aseguraba continuamente.

¡Ah, buena vaina es el frío! Yo siempre he disfrutado el calorcito sabroso que calienta los huesos, y hasta las heladas del invierno en la ciudad de Méjico se me hacían agradables algunas veces; pero este clima que congela el corazón y los ríos nunca lo había sufrido.

Cuando bajamos en una isla cercana a Boston, decía mi muchacho que el árido campo parecía consumido por un incendio. Yo no veía muestras de fuego por ningún lado, mas él era el poeta. El faro y la posada estaban cerrados y el cielo nublado debilitó su entusiasmo por pisar la tierra de libertad en donde, si él no entendía nada de lo que le hablaban, o no se podía comunicar sino en francés, yo me volví muda.

Al llegar a nuestro destino, un soldado a cargo del faro nos ayudó a dar con la casa de Mrs. MacCondray, una señora amable quien ya tenía noticias del infortunio de José María y lo acogió en su hogar a cambio de un módico pago. Se me

quedó viendo entre incrédula y divertida, por la indumentaria; aunque llevaba la capa de la Mercedes. Mis pies, acostumbrados a todos los suelos caminaban sobre la nieve, protegidos por alpargatas, sin quejarse. No entendía lo que me decía, pero mi diligencia y disposición al trabajo la conquistaron.

Además de Mrs. MacCondray, un negro que servía de mozo se arrastraba por el piso, se le quedaba viendo a mis pies; pero con envidia. Por mi niño supe que le habían cortado los suyos al haberse escapado, y otra de las costumbres de la región, para castigar a los esclavos, fue marcarlos en la frente con una R, creo que eso significaba que eran cimarrones.

¡Qué susto!

Lamenté no hablar esa lengua rara, le hubiera dado esperanzas al mocho de las dos patas, pidiéndole que aguantara un poco más, tal vez muy pronto dejarían de ser esclavos como en algunas capitánías de las Antillas y los virreinos. Se lo comenté a José María y sólo movió la cabeza para decirme que allí la abolición de la esclavitud tardaría mucho tiempo. Los blancos eran muy poderosos.

No salíamos de casa, las nevadas lo impedían. Mi muchacho tenía varias cartas de presentación para amigos de la logia en Boston; sin embargo, decidió esperarse para entregarlas. Pasaba, entonces, la mayor parte de su tiempo frente a la chimenea estudiando el inglés, revisando sus poesías y tomándose el té que la nueva patrona le servía. Teníamos que esperar a que se calmara el frío para continuar nuestro camino, primero una ciudad llamada Nueva York y el destino final Filadelfia, donde le darían trabajo.

Al permitirlo el clima, fue a dar una vuelta por la ciudad.

¡Afortunado país! Llegó diciendo mi muchacho.

Contaba que no había visto mendigos, las calles empedradas estaban llenas de gente, las casas eran de tres o cuatro

pisos, construidas de ladrillo, y los caballos que tiraban los carruajes le parecían más fuertes y grandes que los de Cuba.

—¡Qué miedo! —alcancé a exclamar cuando lo oí.

—Todavía hay mucho que ver en este país, hay policía y no existe el bullicio de las calles de La Habana.

Pues qué triste, mi niño, ¡qué triste!, eso precisamente es lo que más extraño de la isla; tanto orden y ceremonial, acompañados de su té amargo van a volverme loca.

Rio, rio mucho, como de costumbre con mis ocurrencias, lo sentí ilusionado de nuevo, y no tardé en saber el porqué.

—Sabes lluvia, aquí no hay negros carretilleros y tengo que escribirle a Domingo que jamás he visto muchachas más bonitas.

SORRY, EXCUSEME, se convirtieron en las primeras y más útiles palabras que aprendí. Siempre había que pedir perdón y permiso para todo. Eso se lo copié a Gertrude, la cocinera. Ella pasaba con bultos, aves y canastas del mercado cerca de mí, repitiendo el famoso *excuseme, excuseme* y a la vez con los codos se abría paso, entonces decía *sorry*, y con eso se disculpaban los golpes.

Ella y yo padecíamos del mismo mal, nuestra vida era servir a los amos. Aseguraban que en Boston ya habían liberado a los esclavos, no obstante pocos de ellos dejaban a sus patrones. Se acostumbraron a la servidumbre. Gertrude venía de tierra adentro, vi tocar en la puerta trasera a algunos negros azulados pidiéndole socorro, ella les daba unas rebanadas de pan de pasas con queso envueltas en unas servilletas de las que cosía en las tardes. Un día me regaló un retazo de tela blanca y me invitó a elaborar un *quilt*, algo nuevo para mí, yo sólo sabía remendar la ropa, coser calcetines, bajar dobladillos, voltear cuellos de camisas y todas las costuras necesarias para los Heredia, mas esto, combinar telas y colores para formar figuras con retacitos, resultaba divertido.

Se acercaba el cumpleaños de José María, el último día del año. La muerte se había llevado a sus abuelos y a mi señor José Francisco. Me mortificaba que sólo quedáramos su madre y yo en poder de aquel secreto, que por callarlo tanto, y por hacérselo creer a los demás nosotros también acabábamos

creyéndolo. Esto me lo repetía, muy dentro de mí, sólo para mí, y con la intención de no olvidarlo. Mi muchacho había llegado a este mundo varios meses antes de diciembre, en mi tierra de médanos, sol y agua. Cuando completaron lo que llamaban el ritual del sacramento del bautismo, en Cuba, se pusieron de acuerdo con don Tomás un sacerdote amigo de Santo Domingo, para anotar en el Templo de Santa Lucía, que había nacido tiempo después de nuestro arribo a la isla. Cosas de los amos, súbditos del rey de España, razones de patrón.

Con el material y los pedacitos de algodón de colores, que Gertrude tenía dispersos sobre la mesa, comencé a coser como ella lo hacía, juntando con pequeñas puntadas los verdes y los marrones, creando espirales que para mí indicaban movimiento o caminos seguros hacia el bosque. Yo tomé varios recortes azules hasta formar un rectángulo, le hice un borde rojo y luego, en el centro, cosí un sol plateado que parecía más bien una luna con rayos. Había visto ese diseño en la bandera de la sociedad secreta a la cual José María perteneció en Matanzas y por lo que lo desterraron. El día de año nuevo se lo entregué y le pareció muy bonito mi trabajo. Yo hubiera querido prepararle un lechón envuelto en hojas de plátano para festejarlo, no obstante aquí no tenía de donde pellizcar y el dinero apenas alcanzaba para pagarle a la dueña de la casa.

Recibió carta de su Emilia, la señorita Arango. La emoción le hacía leer y releer las líneas perfumadas y la ilusión le hizo olvidar la soledad en que se encontraba. También su amigo Delmonte escribió. Las letras traían los mejores deseos para el 1824. Y con los buenos pensamientos venía el cambio de estación. Dejé de ver a los niños lanzándose bolas de nieve. Los árboles comenzaron a vestirse de verde y los pájaros cantaban para despertarnos en las mañanas, y como si fuese

un milagro la gente sonrió. Se anunciaba la primavera y José María pensó que era el mejor momento para partir hacia Filadelfia.

Pasamos por Nueva York y allí se reunió con varios amigos que prefirieron el exilio a la cárcel. Al conversar en el Mercado de Fulton, yo lo seguía tomando mi distancia, mas era imaginable que los jóvenes estaban conspirando al lamentarse y añorar juntos las bondades de su isla. Quedó de regresar pronto.

Filadelfia estaba entre dos ríos, José María al describirla decía que era de las ciudades más regulares del mundo, yo nunca entendí el porqué, recuerdo que algunas de sus calles estaban numeradas y otras se llamaban como los árboles que las adornaban. Tenía muchos edificios públicos que eran dignos de atención para mi niño, entre ellos el Banco de los Estados Unidos, la Biblioteca y el Salón Masónico adonde se presentó con las cartas de salutación enviadas por los compañeros de la logia en Cuba.

En este país sin nombre casi todos eran catires, cabellos rubios y ojos azules, con chapas coloradas por el frío y la timidez. Las muchachas bonitas se paseaban en la calle Chesnut y cuando las veía mi muchacho se les quedaba mirando, suspiraba y decía:

—Si las viera Domingo, tanto que sufríamos porque en Matanzas había escasez de ellas.

—¡*Vais pues!* ¿no que muy entregado al amor de Pepilla, la tal Emilia de los versos que compones? —le reclamé al oírlo; no obstante, me respondió como lo hubiera hecho su enamorado abuelo.

¡Ay!, Lluvia, el único motivo de los suspiros es la natural golosina de querer probar a qué saben otros corazones. Pero

te voy a recitar lo que le escribí a Emilia, así verás que no la olvido y mi alma le pertenece.

*Desde el suelo fatal de mi destierro
Tu triste amigo, Emilia deliciosa,
Te dirige su voz, su voz que un día
En los campos de Cuba florecientes
Virtud, amor y plácida esperanza
Cantó felice, de tu bello labio
Mereciendo sonrisa aprobatoria,
Que satisfizo su ambición.*

—¿Te gusta?

—Guá, pues, ya sabes que sí, todo lo que escribes me da calor por dentro cuando lo lees.

UNA CARTA DE LOS COMPAÑEROS cubanos lo hizo regresar a Nueva York. Un grupo de estudiantes se interesaba por clases de español, ganaría muy buen dinero para continuar viviendo en ese, el país sin nombre. Llegando a esta ciudad fuimos testigos de un incendio, las llamas no lo sorprendieron tanto como la organización para apagarlos. En cuanto el dueño de la casa o el vigilante daba el grito de alarma, varios muchachos se iban por las calles repitiendo fuego, fuego, en poco tiempo se aparecían las bombas de incendio con unos hombres, los bomberos, quienes usando una manguera dirigían un gran chorro de agua hacia la casa incendiada.

A José María le encantaba Nueva York, para él, según sus palabras, su irregularidad y la imperfección que mostraba al compararse con la exactitud en el trazo de calles de Filadelfia, la hacía brillante. Le gustaba contemplarla desde el depósito de agua que domina la ciudad, desde allí veía dos torres de iglesias que cuando estaba nublado le parecían fantasmas suspendidos.

Tomás, Leonardo y el padre Félix Varela lo esperaban para intercambiar noticias, las que no eran alentadoras; seguían acusando a los amigos de la logia por conspiradores, algunos de ellos fueron a dar a la cárcel. Muchas de las familias se quedaban sin los hombres de la casa. La tristeza marcó sus rostros, pero después de unos bocadillos y té caliente, en la pensión donde se alojaba el cura, las ganas de vivir renacieron

y José María, quien deseaba conocer más aquel afortunado país, se animó a seguir viajando.

—Antes de proseguir tu viaje, escríbele a los de la isla, que no acepten ayuda de Colombia para la Independencia, lo podemos hacer solos. Le pidió su amigo Varela.

—Lo haré, hoy mismo le escribo a Delmonte. Tienen razón los que dicen que tú nos enseñas a pensar —respondió.

Leonardo le recomendó que no dejara de hacer el recorrido por el río Hudson en uno de los bellísimos barcos de vapor, la travesía costaba seis pesos con todo y comida. Y podía ver lo que él llamaba caseríos risueños, puentes y campos cultivados con todo el verdor de la primavera. Además las casas de campo con sus prados, álamos y árboles frutales se acercaban al viajero.

José María no dejaba de mostrar su asombro ante los logros del hombre en esas tierras. El padre Félix lo invitó a que continuara visitando más lugares, le aconsejaba tomar la ruta del oeste a Búfalo, allí se toparía con el río Niágara, un canal donde un lago llamado Erie descarga sus aguas en el Ontario, contemplaría así una de las maravillas de la naturaleza, lo asombraría, entonces, el Todo Poderoso.

Ese padre me caía bien, predicando luchaba por la libertad de los esclavos en Cuba, soñaba con visitar al rey en la Península y pedírselo. Los mantuanos le temían. Cuando se juntaban en las tertulias o en el atrio de las iglesias, a la salida de los oficios repetían:

—Imagínense, ¿qué sería de esta isla con tanto negro suelto? Ese padre está loco.

Fue el único que me vio en Nueva York, para los otros señoritos yo era invisible. La india de piel oscura y rara indumentaria, que servía al amigo José María, no tenía presencia, ni forma, ni lugar. Hasta un día se me acercó don Félix

y me dijo que doña Mercedes estaba más tranquila sabiendo que yo cuidaba de su hijo.

—Lluvia se ha convertido en tu sombra, su inteligencia y entrega la han hecho parte de ti; aunque tú no lo seas de ella. ¿Lo has pensado alguna vez? —le preguntó el padre a mi muchacho.

—Pensar, pensar, eso es lo que hago continuamente. Este exilio me mata, la opresión me amenaza y dan ganas de maldecir mi destino.

—¡Hijo, qué dices! —exclamó el sacerdote. Haz versos con el sentimiento atorado por el exilio y verás que tu alma descansa. Acepta la vida con esa lucha que ella te solicita.

Lo convenció de continuar escribiendo y viajar para conocer las famosas cataratas.

¡AH, MUNDO, PERO QUÉ MUNDO! ¿A quién hay que agradecerle esta creación? El ruido de un gran trueno, que no paraba, nos atraía como un hechizo y guiaba hacia un torrente de agua nunca visto por mi muchacho y menos por mí. Yo había pescado en las aguas del Caribe entre olas criminales; habité sobre los palafitos del Lago de Maracaibo; enmudecí ante la corriente del Catatumbo; pero esa espuma blanca que aprisionaba al arco iris, nunca la había visto. El agua, cayendo desde lo alto, formaba una gran cortina, daba miedo y el aire traía un rocío helado que emparamaba todo nuestro cuerpo haciendo temblar las piernas y el corazón. *Umjú* . . . yo, que me sentía islote, siempre rodeada de agua, primero cuando nací, luego al vivir en el lago, después compartiendo el andar de los Heredia, con sus travesías por mar, el refugio en las islas y . . ., en ese momento, en lugar de creerme identificada, me sentí atemorizada. Lluvia era poca cosa.

Aquella visión era obra del Dios Todopoderoso del padrecito Félix, y por qué no, también de la virgencita de mi ama, Nuestra Señora de las Mercedes. Aunque tal vez mi muchacho, quien ya no iba a misa los domingos y no le daba importancia a las santas costumbres de su familia, diría que se debía al Gran Arquitecto del Universo. Sepa Dios quién era ese albañil. Según José María encarnaba y resumía a todos los dioses o no comprendía ninguno, intentó explicárselo a su amigo Félix Varela diciéndole que era pensamiento, era

todo o nada, en fin, muchas cosas más que no recuerdo, ni me interesan.

Yo no hacía sino pensar en Sinamaica, porque mi señor José Francisco también me enseñó a pensar, Dios lo tenga en su gloria. ¡Qué rarezas las del Creador! Por allá en Coro nos había dejado los médanos, arena, viento y días bajo el sol ardiente sin agua y aquí, ésta, sobraba; se me antojaba tocarla, bañarme en ella para que se limpiaran los recuerdos feos. Si hubieran visto al joven Heredia, asombrado ante el espectáculo. Parecía un niño jugando con el líquido bendito. Sus labios recitaban versos llenos de emoción. Lloraba el muchacho. Sin patria, sin amores, sólo miraba ante sí llanto y dolor, pero al decirle adiós al Niágara, aceptó irse adonde el Señor lo llamara.

¡Niágara poderoso!

¡Adiós! ¡Adiós! Dentro de pocos años

Ya devorado habrá la tumba fría

A tu débil cantor. ¡Duren mis versos

Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso

Viéndote algún viajero,

Dar un suspiro a la memoria mía!

Después de contemplar las caídas de agua, de saciarse de la naturaleza salvaje, como le contó a sus amigos, trabajaba con más brío en sus proyectos. Retomó su obra de teatro presentando la historia de un indígena de Méjico, Jicotencal; la componía desde Matanzas y quería hacerla novela. Conocer al ecuatoriano Rocafuerte en Filadelfia, quien escribía sobre los indígenas y un Padre de las Casas fue muy estimulante. José María siguió enseñando la lengua española y haciendo muchas cartas. Era un año tranquilo. En ese país sin nombre le editaron una selección de sus poesías y la esperanza de recibir buenas noticias de la isla lo mantenía con ánimo, sin embargo,

para la navidad llegó un correo donde le confirmaban su condena al destierro, ya no podría ir a ver a su familia, ni a los amigos que allí dejó ni a la Emilia, por quien seguía suspirando.

Pobrecito, el muchacho sufría; pero yo me daba cuenta de que a mayor sufrimiento más versos. Su mayor felicidad o desdicha, eran las cartas que llegaban. Tenía amigos en todas partes, sus poesías eran leídas en el continente, le escribían no sólo desde Cuba, también del Ecuador, Venezuela y Méjico. A casi todos los conocía, pero a algunos solamente a través de las letras, y de lo que escuché decir a uno de los compañeros de José María conversando con el joven Tomás:

—Es un gran apoyo la fraternidad y el propósito de asistencia que tienen los masones.

—Lástima que, como todo en América, éstos se andan separando en bandos, unos por acá, los yorkinos, otros por allá, los escoceses. Sin embargo, la razón principal de su existencia es la misma: el amor fraternal y la unión a través de las virtudes morales y sociables —respondió Tomás.

Pues sí, en aquella hermandad formaban sus amistades y establecían sus relaciones. Mi muchacho admiraba al Libertador Simón Bolívar. Le llegaron nuevas de su campaña en Perú, Ayacucho fue la última batalla y compartió la felicidad de este triunfo con todos los americanos. Los realistas habían sido vencidos. Molesto por la situación de la isla, Heredia, mi poeta cantaba así:

*¡Cuba! ¡Cuba! ¿y tú callas?... ¡Ay! ¿Esperas
A que el torrente atroz de la conquista
Ruede sangriento sobre ti?...
Y de la esclavitud y eterna infamia
Que te prepara tu impotencia indigna.*

Se fue corriendo la voz entre sus hermanos masones de América, en los países ya independizados se enteraron de la condena que recayó en José María. Muy pronto algunos hermanos que apoyaban la independencia se comunicaron con él y lo invitaron a trabajar a su lado.

Ese día entró corriendo a la habitación.

—¿Qué crees Lluvia? a sugerencia de don Vicente Rocafuerte y del Dr. José N. Pérez de La Habana, el presidente de Méjico, Guadalupe Victoria, me invita a colaborar en su proyecto de nación. Muy pronto me enviarán un pasaporte.

—Estás contento muchacho, ojalá sea generoso y mande uno de esos para mí.

Nos trajo don Guadalupe a esta tierra, donde se quedó para siempre mi muchacho. Y, aquí me tienen. Volver a Méjico fue una alegría diluida entre la amargura del destierro.

OTRA VEZ AL MAR. Yo no sabría decirlo con palabras bonitas, igual que José María, mas la vida nos empujaba de nuevo hacia el oleaje. Él sí podía cantar y sus versos llevaban también lo que yo sentía.

*Será mi asilo el mar. Sobre su abismo,
De noble orgullo y de venganza lleno,
Mis velas desplegando al aire vano,
Daré un corsario más al Océano,
Un peregrino más a su hondo seno. . .*

Nos embarcamos en una goleta. Los primeros veinte días de travesía fueron muy agradables; pero hubo otros cuatro, horrorosos, con una tempestad que nos dejó sin ancla y perdimos uno de los doce cañones que tenía la nave. Esta vez me dieron un camarote y podía visitar la cubierta a ciertas horas; lejos de los blancos. Había aprendido que en el país sin nombre los cara pálida van al frente y los de piel oscura atrás, siempre atrás; no obstante José María se me acercaba.

—¿Qué tienes, Lluvia? te ves desmejorada.

—Uy, m'hijo, tú lo has de saber, qué feo es eso de partir. Cuando uno se va encariñando y empiezas a recibir sonrisas tienes que abandonar todo. Traigo un vacío en el estómago y ganas de no respirar. La cabeza no quiere pensar. ¿Tú que sientes?

—Algo parecido, y se rio a carcajadas.

Carcajadas que aprovechó una dama elegante, de cabello rojo como el fuego y ojos color de pasto para conversar con José María. Él, todo un caballero, la escuchaba con atención, descansaba en los verdes prados que le ofrecía la mirada de la mujer, y respondía a sus preguntas. Esa vieja dijo unas palabras que no entendí: *Partir c'est mourir un peu*, y el romántico se emocionó. Y sí, la muy coqueta, sabía mucho del arte de conquistar. Yo ya la había visto rodeada de varias jovencitas, seguramente andaba a la caza de buenos partidos para sus dizque sobrinas. Los oía platicar y el muchacho le daba la razón.

—Sí, madame, partir es morir un poco.

Claro que es una muerte. Nosotros llevábamos mucho de ese camino avanzado. Lo vi darle su brazo a la dama hoguera y se internaron en uno de los salones. Me preocupé, y hasta me pregunté qué diría Merceditas al ver a su hijo tan galante. Sin embargo, después me acordé de mi negro Joseph, de sus ardores y reí comprensiva con las olas, entonces pensé bonito y lo abandoné a su suerte.

—Yo también tengo necesidades, le grité al dios del mar. Estaba sordo.

Umjú . . . Creo que la buena fortuna lo acompañó. Amaneció contento, invitándome a desayunar en cubierta. No contestaba a mi pregunta de cómo le había ido con sus nuevas amigas, sólo sonrió pícaramente. La alegría no le duró mucho tiempo, después de unas horas de navegación pasamos muy cerca de Matanzas. Los recuerdos y afectos ausentes lo sacudieron; continuó escribiendo un Himno que le hacía al destierro:

*Y te vuelvo a mirar . . . ¡Cuán severo
Hoy me oprime el rigor de mi suerte!*

Por fin llegamos a Veracruz, pasamos allí unos días y seguimos para Jalapa. Mi muchacho andaba mal, le dolía la cabeza y decía tener fiebre. Yo no le hice caso, al fin que después de cabalgar unas horas llegaríamos a la casa de don José María Pérez, y él lo atendería. Iba mortificada, a lo mejor la *madama* malogró a mi niño ¡Qué horror! ¡Cómo no estaba Joseph que sabía tanto de esas cosas! Al recibirnos el amigo y paisano se dio cuenta de que José María tenía calentura, le dio a beber un ponche y aunque le sugirió al muchacho que esperara unos días, este insistió en seguir hasta Puebla. Le urgía ver al Presidente Victoria.

Como todo *un hijo er diablo* continuó su camino a caballo, un guía y yo lo seguimos sobre mulas, recordé otros tiempos cuando atravesaba las arenas de los médanos. Íbamos a buen paso hasta que José María dijo que se sentía desmayado; al bajarnos noté su cara llena de salpullido; pero no, aquello era una erupción como las del sarampión que le dio a la niña Ignacia en Caracas, por eso estaba enfermo. Pasamos la noche en una posada y lo cuidé como hice con su hermana, haciéndole beber infusiones, de las flores que traía desde Cuba en un saquito. También para aliviar el malestar en la piel le colocaba unos trapos húmedos.

A los dos días, dijo que partiríamos, yo lo veía todavía con ronchas; no obstante, lo quiso el amo, así es que algunas horas después llegamos a la ciudad de Méjico, en donde tuvo que descansar, pues el Presidente tardaba en recibirlo y cuando lo hizo le dio un abrazo y lo envió a reponerse.

Al volver mi muchacho a ver al Presidente, éste le ofreció una plaza en la Secretaría de Estado. Llené de bendiciones a aquel señor Victoria, quien también había decidido llamarse como la virgencita de Guadalupe. Le pagarían a José María dos mil pesos y, la verdad, nadie mejor que él para ocupar ese

cargo, en donde hacían falta oficiales que supieran idiomas extranjeros, el señorito Heredia sabía cuatro.

José María se notaba feliz, ya sólo faltaba que el rey concediera una amnistía para poder regresar a Cuba y abrazar a su madre.

Comenzó a enviar cartas a sus conocidos en la ciudad de Méjico y, sobre todo, a las amistades que dejó su padre. Al escribirle a don Isidro Yáñez, preguntó en voz alta:

—¿Cómo estará su hija Jacoba? Ya debe ser una señorita.

—Aquíétate muchacho, acabas de entrar a un mundo de responsabilidades.

—¿La recuerdas, Lluvia?

—*Guá, pues*, claro, era la niña de uno de los magistrados con los que trabajó tu padre.

Y ni tenía tiempo de alborotarse el joven Heredia. El cargo que le dieron exigía toda su dedicación, y si llegaba a estar libre, le sobraban invitaciones a tertulias y eventos culturales.

NOS ALOJARON EN EL PALACIO DE GOBIERNO. Sí, a mi también me tocó un cuarto. Había muchas escaleras para llegar y algunos de los escalones estaban flojos; pero aprendí a no ser atolondrada para subir y bajar con cuidado. Desde la azotea se contemplaban los volcanes nevados. El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, eran mágicos, transmitían fortaleza a quien se detuviese a mirarlos. Me distraía viendo el ir y venir de la gente por la plaza, a los caballos caracoleando sobre el empedrado y a las trajineras circulando por un canal cercano. Sentía las campanas de la catedral muy cerca de mis oídos, despertándome cada hora, y los ratos de silencio eran interrumpidos por el aleteo de las palomas que se disputaban los granos de maíz, y migajas de pan, regados por los monaguillos y el sacristán en la torre.

Regresar a la Ciudad de los Palacios y vivir en uno, es de cuento, pero así fue. Mi muchacho no tenía donde ir, y el Presidente lo invitó a quedarse allí, él era muy hospitalario. Yo no había visto todavía a don Guadalupe Victoria; mi vida se gastaba en remendar aquí, lavar allá, pulir botines, cocinar algún antojo o platillo especial, llevar cartas, ir y venir, o hacer los mandados de José María. Gracias a esas salidas tuve la oportunidad de reunirme de nuevo con Matiana, la criada de los Yáñez. Una mañana, antes de salir al trabajo, el muchacho me entregó un sobre con el encargo de llevarlo a casa de don Isidro. Golpeé varias veces el aldabón de la entrada hasta que

salió mi amiga. Fue un agradable reencuentro. Pasé a la cocina y allí me invitó a un chocolate caliente, con masitas de las que elaboraba para la merienda de los señores.

Después de platicarle por dónde había andado y dejarla con la boca abierta e incrédula, me dijo que teníamos que regresar a la pulquería del parían, a brindar por el retorno. Si supiera el disgusto que le causó a mi ama aquella escapada para despedirme, no me lo propondría, sin embargo acepté. Comentamos que ahora tenía Méjico un presidente y mi muchacho trabajaba para él.

Aproveché para preguntarle si ella lo conocía. Se dio importancia y me dijo que, de repente, cuando pasaba a caballo por su calle salía la gente a saludarlo.

Cuando llegó José María le conté que había cumplido con su encargo, también compartí la conversación con Matiana; ella presumía de haber visto al señor Victoria varias veces.

—Curiosa, te mueres por saber cómo es ¿verdad?

—*Pues, sí.* Ella dice que el Presidente es buenmozo, tiene la carita muy bien hecha, le gusta acicalarse y andar muy bien arreglado. Los malos ojos lo han visto moviendo mucho sus manos al hablar.

—Tal vez algo sea cierto, ya lo conoces según tu amiga; pero... cuéntame, ¿qué opinan las buenas lenguas?

—respondió José María, tomando una masita de las que le enviaron los Yáñez.

—*¡Guá, pues!* A esas les gusta que se rodee de gente sabia como tú, *m'hijo*. Temen que su Presidente tenga el gran mal. ¿Sabes qué es eso?

—Es una enfermedad que no se cura. Se llama también epilepsia; sin embargo, de ser el rumor verdad, no se le nota. ¿Y las medianas, o sea, ni malas ni buenas, de qué hablan?

—¡Ah! son peores. Se burlan de que está casado con una mujer de nombre igual a la reina esa, quien tuvo mala suerte y le cortaron la cabeza, María Antonieta. Aseguran los chismosos que, si se le pone enfrente la güerita, la que enloqueció al que se fue, el tal Iturbide, se mete con ella.

Las malas, muy malas, . . . mejor no te digo. Y. . . , no me mandes a callar, si quieres que siga trayéndote noticias de afuera.

QUEDÉ DE VERME CON MATIANA el viernes, era día de plaza y entraban verduras frescas. A mi niño le gustaba la yuca, una raíz muy conocida en Cuba y Venezuela, pero que en la ciudad de Méjico era difícil de encontrar, mas yo recordaba un marchante que me la traía desde no sé donde.

Muy cumplidora la amiga me invitó a beber un pulque. Advertí antes que sólo aceptaría un jarro. Lo bebí poco a poco, saboreando al Méjico de los magueyes, para que recorriera todo mi cuerpo. A la salida se nos acercó un señor flaco, de nariz colorada y traje arrugado, afirmó habernos visto entrar por la puerta destinada a las mujeres, y nos esperó al salir. Se dirigió a mí con aire irónico, preguntándome si era la india educada e instruida que servía en casa del antiguo Alcalde del Crimen, mi señor José Francisco.

Asentí con la cabeza y entonces gritaba eufórico.

—Eres Lluvia, Lluvia, ¿no me recuerdas? Soy el secretario de don José Francisco Heredia. Y, mira que sigues estando muy maja.

Lo vi sin el sombrero, y claro que sí, quién iba a olvidar a don Sabino Fuentes y Velázquez con su frente ancha y sus piropos. Era compadre de todos los alcaldes y oficiales, incluyendo a mi amo; decían que bautizaba dos y tres veces al mismo hijo, con tal de conseguir relaciones y amistades.

Nos hizo caminar a su lado hasta llegar al atrio de la Catedral donde encontramos unos poyos para sentarnos. El

pobre había venido a menos con eso de la Independencia. Poco después de la muerte de mi patrón se eliminó la Alcaldía del Crimen y los que servían al rey quedaron sin empleo.

—Esto es un desastre, Lluvia, no hay respeto, no hay orden, no hay trabajo y no hay dinero. Vieras qué difícil se ha hecho la vida para los que nacimos en la Península. Nos llaman gachupines y nos escupen. Trato de hablar sin pronunciar las eses; no obstante se me nota, se me nota el acento.

La Macarena me abandonó a mi suerte. Yo ¿qué culpa tengo? Un día, después de una borrachera me subieron a un galeón y me embarcaron a América de escribano.

A don Sabino no le sirvieron las recomendaciones de sus amigos y compadres. Envío a la mujer y los hijos con unos parientes a la provincia y se quedó en la ciudad de Méjico, ganando el pan nuestro de cada día para él y su familia. Vivía en una pensión cerca del Convento de Santo Domingo y en uno de los portales, el de los evangelistas, trabajaba llenando los papeles y documentos de los comerciantes para la Aduana, o escribiendo y leyendo cartas o recados de los que no sabían.

Aunque no le interesaba mucho conocer sobre los Heredia, le conté algo de nuestra vida en Cuba, después de abandonar la ciudad de Méjico, y el calvario por el que había pasado José María, su destierro en el país sin nombre y ahora el nuevo trabajo. Se mostró sorprendido al saber que nos alojaron en el Palacio y me preguntó si ya conocíamos a un fraile que también estaba hospedado allí.

—Es un cura escandaloso, muy criticado por sus discursos, pleitos, enojos y su pensamiento libertario, Fray Servando Teresa de Mier. Ha estado en prisión y se escapa de ella. Afirma que el Apóstol Santo Tomás es el mismo Quetzalcóatl de la antigua civilización, y niega las apariciones de la Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego; es más, hasta insiste en que

la imagen de la virgen no quedó estampada en su tilma, sino en la propia capa que dejó por allí Santo Tomás. Ha predicado a favor de la independencia y tiene amigos de sus mismas ideas dispersos por el mundo.

—¡No puede ser! — exclamé asombrada.

—Y, para completar, se declara masón, a pesar de que la Iglesia ahora los ha condenado.

Muchos opinan que está loco, ¿qué dice el joven Heredia? —acabó preguntando.

—Creo que José María lo conocía de oídas. Cuando estuvo con su padre en Méjico platicaban de sus puntadas u ocurrencias. En Filadelfia, los amigos también hablaban de este sacerdote, quien se le escapó a los realistas en La Habana y se refugió, como mi muchacho, en Filadelfia, dos años antes que nosotros. —Acuérdese, don Sabino, que no es mucho lo que yo pueda decirle, sólo lo que escucho.

Era cierto, ahora me conformaba con saber lo poco que comentaba José María, a quien cada día veía menos, un rato de prisa por las mañanas, mientras le servía el desayuno, y algunas veces en las noches. Por eso le aclaré a don Sabino, y añadí que había visto a un señor mayor, enfermo, a quien se le notaban los años, eso sí, para qué negarlo, tenía mal carácter. Gruñía, y siempre estaba protestando. Sin embargo, con el joven Heredia se llevaba muy bien, él lo trataba con respeto y conversaban mucho después de cenar. Yo tenía poco trato con ese sacerdote, entraba a su habitación cuando pasaba el pipero, éste venía en una carreta, con un gran tonel, y allí vaciábamos los vasos de noche. Mi muchacho me rogó encarecidamente que no dejara de hacerlo con las del fraile, ya que el olor en su pieza era muy desagradable a veces, pues no permitía que le hicieran el aseo. El viejo gruñón nunca daba las gracias, estoy segura de que pensaba que un espíritu limpiaba su bacinica.

—De repente me tocaba escucharlos.

—A ver, a ver, cuéntame guapa, qué decían —me pidió, interesado, don Sabino.

—Pues, recién llegados lo recibió con un: “Así que eres el hijo del Alcalde Heredia. Buen hombre; se murió a tiempo. Y . . . supe que perteneces a los Caballeros Racionales y por eso te desterraron de España y sus provincias, las que le quedan. . .”. Esa vez rió antes de confesarle que él también pertenecía a esa sociedad secreta.

Seguí recordando para informarle al compadre de mi señor José Francisco. La verdad, me daba gusto conseguir alguien con ganas de hacerme la charla. Ya mi muchacho, con tantas ocupaciones no me tomaba en cuenta, ordenaba lo que esperaba de mis servicios y se iba temprano.

Mi vida se volvió solitaria hasta pensé en conseguir retazos para coser como me enseñó Gertrude.

—Otro día lo oí felicitando a José María por admirar a Bolívar, creo que era el mismo de los Rayos y Soles que reunía en Matanzas a los inconformes. Recuerdo que dejó a José María muy impresionado al decirle que se escribía con el gran maestro de Bolívar, Andrés Bello, y que había leído en *El Reportero Americano*, de la ciudad de Londres, lo bien que él opinaba de mi muchacho como poeta.

—“No son comunes los ejemplos de una precocidad intelectual como la de este joven” repitió el fraile rememorando a ese señor Bello.

—¡Qué me dices mujer! ese tal Bolívar ha sido el gran dolor de cabeza de España. Por su culpa estamos sufriendo los peninsulares.

Reí como respuesta a sus palabras y para mis adentros me dije, que no estaba mal lo que el suramericano pretendía, y pensé que el señor Bello debía ser el mismo de la gramática

y la conjugación esa que me enseñaba mi niño. Continué recordando:

—Además, le confió que en Europa conoció a don Simón Rodríguez, el otro preceptor y guía del llamado Libertador. El fraile y él habían fundado un centro de enseñanza y soñaban con crear institutos de ese tipo en sus países de América, donde los indígenas y las mujeres recibieran instrucción. Entonces me señaló al decir: “Ya te informaré con calma otro día”, y con su mirada me corrió de sus aposentos.

—No te digo, Lluvia, a ese cura loco no se le escapa nada. Aquí me despido, mujer; pero no dejes de venir a visitarme cuando vengas a ver a tu amiga Matiana. Al fin que pasas cerca; la residencia de doña Leona Vicario está en la esquina. Es la casa de la mujer fuerte de la Independencia, bella, valiente y decidida dama que con su herencia financió la emancipación, ¡qué hembra!

—¡Ah mundo! Lástima que haya tan pocas como ellas.

—¡Ah!, y te felicito, eso de hospedarse en un palacio, no cualquiera. Bueno, aquí en esta ciudad hay muchos, por eso la llamó el naturalista prusiano, el barón von Humboldt, la Ciudad de los Palacios. Es que, fíjense vosotras, tanto que hablan de los gachupines y hay que ver lo que les hemos dejado: Palacio de gobierno, el arzobispado, ayuntamiento, el de la minería; con todo y miedo, el de la inquisición y casas palaciegas, ahí está para muestra la del emperador Iturbide.

—Nos vamos, don Sabino, gracias por compartir su sapiencia. Van a regañar a Matiana y yo tengo mucho quehacer.

José María llegaba muy tarde. Para no perder la costumbre, lo seguía esperando despierta, por si se le ofrecía algo, pero estaba tan cansado que apenas decía que le había ido bien. Escribía para el periódico *El Iris* y estaba trabajando en otro proyecto *El Argos*. Se le olvidaba que había que dormir. Gozaba

de simpatías y era reconocido como un buen crítico y poeta. Era recibido en los salones de la sociedad y en la casa de los Yáñez. Don Isidro le había permitido visitar a su hija Jacoba y mi muchacho llegaba entonces suspirando y sin hambre, se alimentaba de amor y versos.

—**VE Y DILE A TU PATRÓN** que venga y te quedas a servirnos un jerez— *me ordenó* el fraile gruñón.

Sí, eso era yo para el sacerdote amigo de José María. Tenía razón don Sabino me consideraba una correveidile. Él no se fijaba en que los Heredia me habían instruido y enseñado a comportarme, le era indiferente si sabía leer o escribir o si entendía o no de lo que él hablaba o sus protestas. Obediente, por haber recibido de mi patrón el encargo de auxiliar al viejo, le avisé y, mientras esperaba que el padrecito me indicara cuándo les debía servir el vino, escuchaba la plática, nada que me interesara; pero al escuchar el nombre de Bolívar, *gua, pues*, agucé el oído.

Le pidió a mi muchacho que hablara con el Presidente Victoria, y le aconsejara que no dejaran de asistir sus representantes a la reunión de naciones hispanoamericanas, las que Simón Bolívar deseaba juntar en Panamá. Para él era muy importante la participación de Méjico.

—Así se lo haré saber, Fray Servando. Creo que don Lucas Alamán tiene a su cargo esa correspondencia. ¿Conoce usted a Bolívar?

—No. Sin embargo, puedo decir que lo conocí a través de su maestro Simón Rodríguez, un dilecto amigo, con quien discutía y soñaba en Europa con el porvenir de nuestros pueblos. Nació en mí una admiración por su pupilo que deseo transmitir a muchos. ¿Sabías que solicité la nacionalidad mejicana para el Libertador, y ésta se aprobó en el Congreso?

—Excelente iniciativa, Fray Servando —contestó emocionado José María.

—Muchos me apoyaron. Imaginé que me gustaría recordarlo contigo, tú eres de los míos.

Miembro de los Rayos y Soles de Bolívar.

Comenzó a toser, a ponerse colorado, como lo hacía mi señor José Francisco. Me vio y yo tuve que pagar su enojo.

—Y tú, mujer, ¿qué haces allí parada? ¿Dónde están las copas que te pedí sirvieras?

Su mal humor me hacía temblar de rabia. Les acerqué su elegante jerez y salí a refrescarme en la azotea. Cuando regresó mi muchacho, obsesionado por la conversación con el cura sobre el Congreso de Panamá, hablaba solo. Caminaba de un lado a otro y exponía sus ideas en voz alta. Agradecida escuchaba sus comentarios, desde hacía tiempo no platicaba conmigo sobre asuntos de interés.

—Ese será un gran día, el día de los habitantes de las Américas ¿te das cuenta de lo que se puede lograr? Las cuatro repúblicas Colombia, Guatemala, Méjico y Perú ofrecen auxiliarse contra los opresores extranjeros, o los que deseen maltratar la independencia. —decía entusiasmado.

Ay, *mijo*, pensé, si tu supieras lo que yo presiento cuando veo a los zopilotes. Esos pajarracos negros hablan; yo los entiendo y callo lo que me confían. Nada muy bueno. . . Estas tierras se parecen a mí, una guajira de corazón rico, vestimenta colorida y airosa, actitud servicial, rostro sonriente y pies en alpargatas mostrando su desnudez. Llamo la atención, doy lo que tengo, mas no inspiro respeto.

Se quedó pensativo, su cara de tragedia rogaba que esas avejillas oscuras se alejaran de mi mente y de América. Me dijo que pronto dejaríamos de vivir en el palacio y se fue a sus aposentos.

JOSÉ MARÍA ME PIDIÓ que les hiciera y entregara unos buñuelos de batata a la familia de don Andrés Quintana Roo y su esposa Leona. Yo sabía que les gustaban mucho, y al tío, el del nombre largote que nunca se me olvida, don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, le encantaban, mas nunca le di la receta a su cocinera. Ese día fui temprano al parían por unos camotes, tenían que ser amarillos; el melado quedó muy sabroso, lo preparé con piloncillo del que traían de los ingenios de Veracruz para la cocina del Palacio.

Jacinta me puso al día con todo lo que le había sucedido a su patrona la niña Vicario. Ahora ya no vivían en Toluca, sino en la ciudad de Méjico, como que había cambiado su suerte y el gobierno le estaba devolviendo algunos bienes. Además, ya su chiquita María Dolores iba a cumplir dos años, se le había logrado, y se veía muy sana.

Me fui por Santo Domingo, no entré al templo, la verdad como nadie andaba detrás de mí para confesarme ya no lo hacía, de todos modos los pecados eran los mismos, desobediencia y malos pensamientos, mejor los juntaba y para semana santa se los confesaría al padrecito de la iglesia de San Francisco.

De paso saludé a don Sabino en su tarantín, quien sentado en el taburete de tule le leía a una joven, envuelta en un rebozo, lo que le decía su enamorado en un papel con muchos dobleces. Tenía mi amigo una vieja mesa con algunas gavetas,

y en desorden había unos jarros de diferente tamaño con tintas, un embudo, varias plumas de aves regadas y un canasto lleno de papel. Bien curioso, con su “hola guapa” pretendía enterarse de todo. Seguía igual que siempre, adulator y zalamero, pero con la misma suerte; aunque yo no quisiera me sacaba mis risas y algunas confidencias. Así que, después de reírme un rato de sus chistes y comparaciones, le confié la razón de mi salida.

—Mi muchacho está invitado a cenar y vine a traer un encargo con los Quintana Roo —expliqué.

—¡Cómo sufrió la joven Leona! Tiene valor. La hicieron prisionera, cuentan que la torturaron y lo más vil fue que intentaron destruir su honra y es una dama. Sin embargo, ella se defendió. Ustedes estaban en Cuba cuando eso; pero doña Leona le respondió muy bien, a través de *El Federalista Mejicano*, al nada caballero y Ministro de Relaciones don Lucas Alamán; espera, espera. . ., por allí tengo ese escrito guardado, me gusta mucho. Revolvió sus cajones y gritó emocionado, haciendo que mis mejillas ardieran.

—Aquí está, lo he encontrado, preciosura. ¡Qué no haría yo por ti mozuela!. Escucha:

Mi objeto en querer desmentir la impostura de que mi patriotismo tuvo por origen el amor, no es otro que el muy justo deseo de que mi memoria no pase a mis nietos con la fea nota de haber sido yo una “atronada” que abandoné mi casa por seguir a un amante. Todo Méjico supo que mi fuga fue de una prisión, y que ésta no la originó el amor, sino el haberme apresado a un correo que mandaba yo a los antiguos patriotas.

—Sígale, don Sabino, me encantan las mujeres así, yo sabía que era valiente y no se dejaba, pero nunca había leído esa carta.

—Sí, guapa, ya me he dado cuenta, las mujeres desobedientes te llaman la atención, no me interrumpas. Prosigo:

Confiese Ud., Sr. Alamán, que no sólo el amor es el móvil de las acciones de las mujeres: que ellas son capaces de todos los entusiasmos, y que los deseos de la gloria y de la libertad de la patria no les son unos sentimientos extraños

José María fue esa noche a visitar a los Quintana Roo; para corresponder a la invitación eran los famosos buñuelos que hice, y también le llevó a doña Leona uno de los libros con su poesía que le habían publicado en Nueva York. Creo que disfrutó mucho esa velada; don Andrés y su señora eran sus amigos y mi muchacho quedó prendado de la pequeñita Dolores, a quien sentaba en sus piernas y la hacía aplaudir con sus manecitas.

Llegó quejándose de mala digestión, había cenado mucho y él no estaba acostumbrado, esta comida en Palacio era muy frugal. Hasta dicen que al Presidente, en sus tiempos de campaña, lo llamaban el General Ayuno. Le preparé una infusión de manzanilla y le pedí que me platicara como le había ido, así se le olvidaría y muy pronto estaría bien.

Me sorprendió al sacar una hoja de papel en donde venía escrito, con letra de la niña Leona, el modo de preparar los platillos que le sirvieron, lo copió de un recetario que le regaló una gran amiga de su madre en Toluca, Dominga de Guzmán.

Sopa: Se tuesta el pan en manteca. Se hace el almíbar aguadito, se echa una capa de pan y otra de chorizos, ajonjolí tostado, pasas, almendras y acitrón; otra de pan y otra de lo mismo y de advenir que el pan se va mojando con almíbar, y así que está llena la cazuela, se tapa con comal con lumbre arriba y abajo y se da con gallina asada por encima.

Después le dieron un pescado alcaparrado, y de postre uno de requesón y ate de pepita. Todo se lo comió el muchacho.

—Bueno, pues, un día de estos te cocino algo de lo que viene aquí. ¿Te fue bien?

—Sí, claro, pero no sé si me duele más el alma que el estómago. Ver por fin a esa pareja de enamorados, en un hogar apacible y jugando con su niña me hizo pensar en que ya es hora de acabar con esta soledad que arrastro.

—Me parece muy bien, y, ¿ya tienes pensado en quien te va a acompañar el resto de tu vida?

No contestó, como todo un señorito malcriado me dio la espalda y se retiró a su habitación a dormir. Yo me quedé recogiendo la salita y después me fui al dormitorio. A soñar en la felicidad de mi muchacho. Méjico le respondía, él olvidaba el infortunio de su isla y abriendo su corazón le cantaba *A la estrella de la tarde* que le permitía tener esperanza y creer en el amor.

Estrella de la tarde silenciosa

Luz apacible y pura

. . . Ya la noche sombría

Quiere tender su diamantado velo

Y con pálidas tintas baña el suelo

Me preguntaba, entonces, qué diría la Mercedes, ahora que su hijo, con sus veintidós cumplidos, deseaba enseriarse y formar una familia. Cuando se lo conté a Matiana en el zaguán de casa de don Isidro, sus gritos de contento se oyeron hasta la calle, los paseantes volvieron la cabeza. No obstante, ella tenía que opinar; era la nana de Jacoba, el nuevo amor de José María.

—Pues, valiente y entregada como esa niña Vicario, dudo que se encuentre otra. Pero mi niña es buena y está bobita por tu muchacho.

PRONTO DEJARÍAMOS DE VIVIR en el Palacio, a José María lo enviaban a Veracruz. Le pediría a los Yáñez que, llegado el momento, me alojaran en su casa mientras él tomaba posesión de su nuevo cargo en el puerto. Al comunicarme su decisión también me reprendió, algo que nunca había hecho, y me confió que, gente preocupada por el buen comportamiento de los habitantes de palacio, le dijeron que ya cantaban por allí un estribillo el cual no le hacía nada de gracia:

Ahí va, ahí va, ahí va la Lluvia ahí va

Ahí va, ahí va, con el flacucho atrás.

Imaginaba, con razón que el flacucho era don Sabino, y se alegraba de que en poco tiempo dejaríamos esta ciudad para que ya no lo viera. La verdad, hasta ese momento no me importaba saludar o no saludar al antiguo secretario de mi patrón José Francisco; sin embargo, de repente, me entraron muchas ganas de verlo y de ser amable con él. Recibí mi regaño con la cabeza baja, pensando en que ese chisme salió de casa de la pretensa Jacoba. Esperé a que se despidiera mi muchacho y enseguida me fui rumbo a Santo Domingo.

Pasé por la iglesia de La Profesa y me hiqué frente al Cristo milagroso, contaba los corazones que le habían colgado por sus milagros mientras le prometía unos si enderezaba el mío y el de José María. Ya para retirarme, me acerqué a una de las capillas laterales y quedé impresionada al ver el rostro de una imagen de la virgen colgada en el altar. No es que yo

sea intrigante; pero estaba segura de que esa cara era de una mujer que visitaba el palacio por las noches y se perdía en los aposentos del Presidente. La vi un día en que se cayó en las mismas escaleras que yo subo con cuidado, y armó un escándalo al guardia mudo que la custodiaba y a su dama de compañía, quien muy apenada le decía arreglándole la falda de su vestido:

—Disculpe, señora condesa. Espero que no se haya hecho daño.

Después supe por Sabino que era una tal María Josefa, la esposa del Conde de Regla y que efectivamente había posado para el pintor que hizo el retrato de la virgen en La Profesa. Ya más tranquila por haber desahogado mi alma con el Cristo, llegué con el escribano, quien otra vez estaba ocupado con la jovencita del rebozo. Debo haber puesto cara de pocos amigos, porque corrió a su clienta y me hizo sentar en el taburete de tule con una perorata.

—Bienvenida seas, mi maja, ya vi que te fijaste en el rebozo de la Carmela, la próxima vez que vaya a Tenancingo te compro uno, allí los hacen de excelente calidad.

—¡Ay!, don Sabino, yo no estoy para más trapos. Vengo a ver cómo hacemos para salir el domingo, mi muchacho está molesto por lo de la cancioncita que nos inventaron.

—Está pegajosa — comentó sonriendo— No te preocupes, para todo hay maña. Tú no eres esclava. Tienes derecho a consagrar el domingo a tu descanso, así que pasaré por ti.

Y así lo hizo. José María desayunó y se fue enseguida a casa de los Yáñez, no regresaría sino hasta en la noche. Cuando vino mi amigo pudimos encaminarnos, sin problemas, hacia donde paraban los carruajes, el santuario quedaba un poco lejos. Había prometido don Sabino llevarme a la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, decía que esa era la de los españoles,

se vino con ellos, era blanca y tenía el sobrenombre de “La Conquistadora”. La otra, la Virgen de Guadalupe, morena como los naturales, era la del estandarte de los insurgentes.

Dejamos el cuadro de la ciudad y pasamos por caminos delineados por magueyes y maizales, llegando vimos a mucha gente subiendo hasta la cima del cerro donde se encontraba el templo. Yo pensaba que tendría pocos fieles esa virgen; allí supe que cuando les fallaba la de Guadalupe cambiaban la devoción. Ahora, después de las luchas por la Independencia, ven a la de Los Remedios olvidada y derrotada; se identifican los humildes y ha crecido su fe en ella.

—Lo más interesante está por aquí, vente, Lluvia, tu que puedes leer disfrutarás de esto.

Pasamos a una sala donde se colgaban unas pinturas sobre lámina, los llamaban ex votos y, pues sí, era increíble lo que decían:

Yo Micaela Gonsales, doy gracias a la virgencita de Los Remedios, porque habiéndome sucedido la desgracia de que la noche del 30 de marzo entrara a mi cuarto Manuel Peres y . . . y porque me hizo el milagro de que nadie lo supiera le dedico este retablo.

—¿Ves que para todo hay modo, mozuela? es que . . ., Méjico es el *cielo del mundo*, como dijo el poeta. Aquí cualquier problema se lo dejas a la virgen y ella lo resuelve.

—Ya estoy leyendo. Nada mejor que la protección de Nuestra Señora.

Gracias a Nuestra Señora de Los Remedios, por el milagro que me hizo. Pues tube la desgracia de matar a dos hombres en un pleito y cuando la justicia me hiba a castigarme la invoqué y pude escapar.

Otros daban gracias porque se habían muerto y amanecieron con vida. Algunos recuperaron la salud de los seres queridos. A varios les fueron devueltas sus pertenencias, y unas cuantas consiguieron el amor con que siempre soñaron.

Para volver tuvimos que pasar por unas barracas y un campo lleno de cactus; a pesar de que los esquivamos, mi túnica se enredaba en las púas, era muy incómodo el andar, aunque excitante para mi compañero, quien no dejaba de mirar mis piernas. En las faldas del cerro las parejas de amorosos se protegían con las hojas de los magueyes, que como lanzas los defendían. Don Sabino no esperó a llegar al puesto de diligencias, al mostrarme a los enamorados, me dijo:

—Y, nosotros, ¿para cuándo lo dejamos, Lluvia?

Reí de nuevo, reí como cuando lo hacía al lado de Joseph, mi negro de la isla. El peninsular confirmó que su virgen era muy milagrosa. La próxima vez que él la visitara le colgaría un corazón del tamaño del hambre que sació conmigo. Yo por mi parte pasaría a saludar al Cristo de La Profesa.

PASÉ A RECLAMARLE AL CRISTO de La Profesa su abandono, por tal motivo sólo le colgué la mitad de un corazón. Don Sabino era divertido y buena compañía; pero sus delgados huesos estaban recubiertos con piel de gallina acabada de desplumar y sus caricias no tenían sabor. Mientras más se esforzaba el pobre flacuchento más recordaba a mi negro Joseph. Así que le pedí al Cristo que le calmara sus deseos o aspiraciones, y le bajara la calentura que le producían, según sus propias palabras, mis descocados devaneos. Pensé en acercarme a la Virgen de los Remedios, para que su ansiedad de gachupín se enrumbara hacia la del rebozo. La Virgen me oyó. José María recibió su nombramiento como Juez en Veracruz y cambió de opinión, ya no me depositaría con la familia de su Jacoba. Una vez más empaqué las pertenencias, ahora partiríamos hacia la costa. El calor me ilusionaba, estar de nuevo cerca del mar, ver las palmeras y sentir el oleaje llenaba todo mi ser. Cuando se lo dije a don Sabino se agarraba los pocos pelos que le quedaban, para repetir:

—Si seré necio, necio y retontote, por andar de falderillo contigo, mujer, he abandonado a la Carmela.

Le prometí seguirle rezando a la de los Remedios para que volviera con él a su tarantín y le leyera las cartas del enamorado que abandonó en su pueblo. Yo dejaba a un amigo, al único que me escuchaba y con quien podía hablar de cosas de los señores. Él, con el tiempo, me contaría lo que por el

portal de evangelistas chismeaban y junto con los saludos de Matiana me enviaría las fábulas que entre cliente y cliente escribía. De despedida me dedicó estos versos de uno de sus trabajos.

*Por vida tuya,
cuando te mueras,
ve a quién y cómo
nos encomiendas.*

¡Ah, buena vaina!, el gachupín se dolió con el adiós, ya no lo volví a ver, se escondía; entonces le dejé en su puesto del portal una cazuela con buñuelos y unos versos, que copié de un libro de *El Pensador Mejicano*:

*Así, franco y sereno,
sufrir debe su pena con paciencia,
aquél a quien agobia la conciencia
por empeñarse en retener lo ajeno.*

Partimos en diligencia con un servicial cochero, que hacía paradas en donde el amo indicaba. Nos acompañó en el viaje un actor español llamado Andrés Prieto, quien había presentado en el Teatro Principal la obra de José María, era una de las representaciones que llaman tragedia: *Tiberio*. Estaba tan contento mi muchacho que lo invitó a regresar al puerto con él. El trayecto fue puro hablar del teatro y de autores que yo nunca había oído. Lástima que mi señor José Francisco no vivió más tiempo, él sí se ocupaba de mis ansias de saber.

El tal Andrés me miraba con desprecio, poco le faltó para decirme “igualada”. Era tan desagradable su compañía, que al emprender de nuevo el viaje, después de uno de los descansos, me fui al lado del cochero y, la verdad, pude contemplar el

paisaje y disfruté la plática de Juan. Las matas de mango se veían preciosas con su carga verde, en menos de dos meses la fruta estaría madura. La orilla del río de los colibríes nos conducía a La Antigua, la primera ciudad, y las palmeras se asomaban anunciando la cercanía del puerto. Antes de bajar de la diligencia quedamos en ir a visitar su pueblo, Tlacotalpan.

El recibimiento fue muy frío. Uno de los empleados del Juzgado esperó a José María y nos condujo a una casa destinada para el Juez. Fingía amabilidad y no se aguantó, le dijo que muchos veracruzanos habían protestado por su condición de extranjero y su edad, apenas había cumplido los veinticuatro años. Le recomendaba ser cuidadoso para evitar un altercado.

Mi muchacho fue prudente y agradecido, pero el actor, Andrés, con su acento de gachupín metió la pata.

—Pero, si ha sido nombrado por el Presidente tenéis que obedecer.

—Están pidiendo su remoción, señor —contestó el oficial.

José María no podía hacer nada hasta recibir instrucciones desde la ciudad de Méjico. Su humor no estaba para comentar conmigo y creo que su único alivio era pensar en que faltaban pocos días para que zarpara el barco en donde se iría el español. En la casa había servidumbre acostumbrada a atender a los jueces en turno, y me alojaron en los cuartos del fondo. A mi no me importaba a donde me enviaran, yo esperaba el domingo con la ilusión de ver al cochero y conocer su terruño.

Aquel día en Tlacotalpan fue inolvidable. Juan pasó por mí en la madrugada, él montaba un caballo y traía una mula para mí. Pronto dejamos el malecón y un camino de tierra se abrió entre la maleza a orillas del Papaloapan. Lo bordeamos y nos esperaba la fiesta de la Candelaria; la Virgen entraba al río para bendecir aquella ciudad de agua y viento. La música nos guiaba, venía de una guitarra pequeña, como el cuatro que

tocaba Facundo y fabricaban en Coro, la llamaban jarana y de sus cuerdas salían canciones que nos invitaban a bailar en la calle, como lo hacía la gente de ese pueblo risueño. Calles anchas sembradas de pasto y unas casas de variedad de estilos, donde el color tomó las fachadas y parecía reírse con los visitantes. Sus jardines completaban la belleza y las mariposas se unían a la celebración. Nunca había visto algo así, tan alegre. Bueno. . . , recordé los tiempos antes del hechizo, antes de que Cocofío pasara por Sinamaica y el espíritu del zambo José Leonardo me embrujara. Cuando era parte de la hacienda de los Delmonte y no me regalaban a la niña Mercedes; cuando todavía mi vientre no era ocupado.

Sacudí mi cabello suelto, aún negro y brillante, y le pedí a la Candelaria por mi carricito. —¿Dónde estará?, —me pregunté.

No hubo respuesta y Juan deseaba que disfrutara el paseo. Regresamos tarde, ya era de noche; a José María no le importaba, pero el metiche del Andrés tenía que decir algo.

—¿Qué horas son estas de llegar?

Le di la espalda y no contesté. Al ir pasando por la cocina oí a mi muchacho gritar:

—Lluvia, mañana hablamos.

A la hora del desayuno me dijo José María que no desempacara, esperaría el fallo de las autoridades para decidir si se quedaba en Veracruz. Se nos vinieron unos días tristes y larguísimos. A mi muchacho no le prestaba el clima caluroso de la costa y se veía decaído. Cada vez que oía hablar de un señor Alpuche, su frente se arrugaba. Leía, escribía, daba una vuelta por el juzgado, se iba a platicar con algunos amigos, y no platicaba en casa, comía con desgano y eso sí, suspiraba a cada rato. Creo que estaba enamorado de verdad. Extrañaba a la niña Yáñez.

Al llegar la contestación a la protesta de algunos oficiales, aunque no tuvo efecto, mi muchacho decidió renunciar. Claro que por allí escuché, que en aquel nuevo estado, la legislatura acababa de poner fuera de la ley a la masonería. Volvimos a la ciudad de Méjico, por el mismo camino que otras veces lo inspiró. Él no veía con los ojos del entusiasmo y la ilusión de siempre, sino con la mirada de un corazón que pertenecía a Jacoba. Sólo yo me di cuenta de que los mangos ya estaban con sus cachetes colorados, lucían sabrosos y listos para comer.

—En qué cosas piensas, Lluvia —me reclamó cuando se lo hice notar.

—Ajá. usted como que anda enguayabado. Ahora la cosa si va en serio. Estás en otra parte, tal vez en la sala de la niña Jacoba.

—Así es, mi Lluvia, ya voy a formalizar.

Le ordenó al cochero que se detuviera y me dio unas monedas para comprar un canasto con mangos para los Yáñez.

DOS BUENAS NOTICIAS lo esperaban. Una carta de su amigo Domingo Delmonte anunciándole que ya se había publicado, en Filadelfia, su *Jicoténcal*. José María leyó en voz alta.

—Tu pequeña obra de teatro, inspirada en el valiente indígena, la que creció hasta convertirse en una novela que relata la vida, luchas y penurias de aquel personaje de la historia de México, acaba de ver la luz. Felicidades.

La otra, un oficio de la Presidencia, con su nombramiento como Juez de Letras de Cuernavaca. Ni me pregunten qué hace un Juez de esos, yo asocio las letras con los libros y la lectura.

Se transformó su cara sonriendo. Cambió su ropa y fue a visitar a la prometida. Subí a mi cuarto, y tendida en el catre recordaba algunos pasajes de *Jicoténcal* que aprendí de memoria por tanto oírse los. Cuando Diego de Ordaz se dirige a fray Bartolomé y le dice: “Se propala mucho nuestra insignia de la Santa Cruz y la letra latina que le ha puesto Cortés: Sigamos la Cruz, que en esta señal venceremos. Pero, padre, ésta es una hipocresía. No me toca a mí repetir a usted lo que es público, y lo que nos hace ver que ese joven nos ha engañado en nuestras esperanzas”.

O al seducir a la americana haciéndole creer que sería el ángel de la paz y detendría la guerra.

¡Qué fácil es de engañar un corazón generoso y noble! La inocente americana corre a su pérdida con el mismo entusiasmo que si fuera a hacer feliz al mundo entero.

Me acuerdo que yo sentía tristeza y sufrí con la desgracia de Teutila. Todavía siento feo y la apoyaba cuando al final le gritaba al conquistador, ya para morirse, que “era un bárbaro asesino y monstruo, el más detestable que vomitó jamás el infierno”. La viuda del valiente general de Tlaxcala, Jicotencatl, se le unía en el más allá, para atormentar de por vida a Hernán Cortés.

Hubo otra carta que guardó de inmediato en su bolsillo. Después, en una reunión con sus compañeros, me enteré que era de su amigo Silvestre, allí le informaba que su amada Lola, se había casado con Felipillo.

Quise pensar en la nueva mudanza a Cuernavaca, donde estaba el palacio que habitó el español Cortés. Decían que esta ciudad era de un agradable clima, por eso la escogió para vivir, no hacía tanto frío como en la ciudad de Méjico y las flores crecían y se daban con facilidad. Imaginaba, entonces, una casa con un bello jardín sembrado de dalias, clavelinas y alcatraces. Soñé con cuidarlas y ponérselas a la Virgen de las Mercedes que me encargó mi ama; pero de repente se vino a mi mente la Jacoba.

No me caía mal la niña Yáñez, era amable, y José María le dijo que era su madre de leche. Ella parecía dulce y amaba a mi niño; no obstante, doña María Andrea me veía con ojos amenazantes y yo sufría de sólo pensar qué sería de mí si los jóvenes se casaban. Nunca olvidaré el día en que, por culpa de la chismosa de Matiana, me regañó por no recibir la ceniza el miércoles en que se abría la cuaresma. Ya le había dicho a mi muchacho que no me importaba la cruz sobre mi frente, mas

las palabras de “polvo eres y en polvo te has de convertir” no me gustaban. Yo no me voy a volver polvo, quiero convertirme en agua. Él sonrió y me dijo que era libre, si no me habían convencido su abuela Francisca y su madre no tenía por que hacerlo para darle gusto a la familia de Jacoba. Él hablaría con ella.

No sé si lo hizo; sin embargo, la idea de convertirme en agua siguió rondando por mi cabeza, aunque el quehacer me hacía olvidarla. Un día antes de partir hacia Cuernavaca anunció que se casaría en septiembre con la señorita Yáñez; sentí que mi estómago se revolvía y el corazón latió doliendo, igual que cuando veía a mi negro Joseph pellizcar a la prima de la cocinera en la casa de Matanzas.

MATIANA VINO por unos periódicos para la niña Jacoba. A mí me gustaba leer y hojear *El Iris*, sobre todo la parte de modas, y creo que muchas mujeres lo hicieron, porque cuando dejó de salir, las damas lo sintieron mucho. Esa tarde, con Matiana, me puse a ver las ilustraciones que incluía la revista. Una joven, sosteniendo en una mano sus guantes y en la otra el abanico, sonreía con desgano. Calzaba zapatos de seda puntia-gudos y tan estrechos que nos hicieron fijar la mirada en los pies y afirmamos que los nuestros, acostumbrados a las alpargatas y los huaraches no cabrían nunca en esas delgadas zapatillas. El largo de las faldas permitía enseñar discretamente el tobillo, mientras el escote sugerido mostraría, con generosidad, el blanco pecho de las señoritas, quienes irían con una modista para que les hicieran trajes como esos.

La criada de los Yáñez no paraba de contar sobre los preparativos para la boda de Jacoba. Su patrona sintió mucho que José María les pidiera algo sencillo ya que su familia no estaría presente en la ceremonia.

—¡Guá, pues!, con mucha razón, Cuba está muy lejos —le dije.

Sin embargo, lo que más preocupaba a mi muchacho eran los ataques del senador Alpuche, ¡qué señor! no podía ver a José María, lo odiaba con ganas. ¡Cómo me caía mal! Acompañé a mi muchacho a la Parroquia del Sagrario Metropolitano, para dar fe de que lo conocía desde su nacimiento y que era soltero. Sentí una cosa rara al firmar, porque yo si sabía escribir bien

mi nombre: Lluvia. Aquellos libros de letras tan bonitas, eran como la de mi buen señor José Francisco, a quien agradezco sus enseñanzas. José María estaba feliz, sonreía como pocas veces lo vi, entonces le prometí a la Virgen de Guadalupe, a cambio de su bondad, que me portaría bien y no le haría la vida difícil a la niña Yáñez, como hacen las suegras. Hasta sus versos se alegraron cuando le escribió al Arco Iris.

Sigue, pues, siendo mi tema
símbolo de la esperanza,
fiel monumento de alianza
entre los hombres y Dios

Fue un quince de septiembre a las siete de la mañana, cuando se casaron. Doña María Andrea no me permitió asistir a la iglesia, no oyó mis ruegos. Después hubo un desayuno con tamales y atole en casa de la familia de la novia. Los parientes de Jacoba y algunos amigos del Estado de Méjico los acompañaron. Antes de que se fueran a Cuernavaca, él me pidió entregar en la redacción de *El Amigo del Pueblo* este poema.

“Dedicatoria de mis poesías eróticas a mi esposa”.

*Hoy a ti lo dedico, esposa mía,
cuando el amor más libre de ilusiones
halaga nuestros puros corazones
y sereno y de paz me luce el día*

Y así fueron sus días en Cuernavaca, llenos de paz y serenidad. Tan pronto la niña Jacoba estuvo de encargo, me enviaron con ellos a servirles. Yo no sabía a qué santo rogar, me andaba por ver a mi muchacho. Al llegar a esa villa los puse al tanto de algunos acontecimientos que ignoraban. Su compañero de

hospedaje, Fray Servando, invitó a todos sus amigos al Palacio Nacional a la ceremonia de la extremaunción y a los pocos días murió. José María sintió mucho no haberlo acompañado.

Al conocer la casa me di cuenta de que había un gran jardín, igual al de mis sueños, con una jacaranda que se llenaba de florecillas moradas en la primavera y convertía el suelo en un tapete del mismo color en el verano. Sembré los bulbos y capullos que había deseado ver crecer, y para cuando nació la primera niña del matrimonio, al año de casados, llené los jarrones de dalias y claveles.

María de las Mercedes era una criatura preciosa, parecida a su madre en sus facciones y al progenitor en lo débil y frágil que se sentía. Fue enfermiza, y lamenté que sus padres no me hicieran caso y completaran su alimento con leche de cabra, pero, ¡ah, mundo!, era la opinión de una criada solamente.

José María se desempeñaba bien, disfrutaba el trabajo y a su familia; ahora le leía sus discursos a Jacoba, quien con paciencia lo escuchaba entre el llanto de la pequeña y las incomodidades de su segundo embarazo. Mas, esa mala estrella que persigue a los Heredia se fue con ellos, María de las Mercedes murió antes de cumplir el año; acababan de mudarse a Tlalpan, la capital del Estado de México, donde mi muchacho visitaba al Gobernador Zavala. Cuando nació la segunda hija, Loreto, sus padres no se reponían de la pérdida de la hermana y me permitieron cuidarla, la alimenté con leche de una chiva que encargué por ahí en un establo y se les dio la niña. Era saludable y traviesa, creció para darle alegría a mi muchacho y a la Jacoba.

Por aquellos tiempos José María publicaba bastante. Las revistas y periódicos pedían sus escritos y también inició su propia revista *Miscelánea*, que duró algunos años. Su

admiración por Simón Bolívar seguía igual y le inspiró un largo poema.

Vivíamos en Tlalpan, entre conventos, huertas y casonas de descanso. Calles estrechas, empedradas, y subidas y bajadas para llegar a la iglesia, al tianguis o al establo. El frío nos siguió y al contemplar la nieve de los volcanes temblaba uno. Cuidaba a Loreto, tanto como su madre, la abrigaba y no permitía que le diera el aire.

DESAGRADABLES NOTICIAS trajo 1831 en la correspondencia que venía desde Cuba. José María, leyendo en voz alta, le informaba a su esposa el contenido de la carta de su tío. Ella, asustada, lo escuchaba atenta. “Lo condenaron a muerte y le quitarán sus bienes en Cuba. Los españoles lo consideraron un criminal por conspirar a favor de la independencia de la isla”. Aquella sentencia alejaba más a José María de su madre y hermanos, la tristeza opacaba las ilusiones que sentía por el trabajo y su hogar. Por otra parte, aquel año fue también de cambios en el Estado de Méjico, donde buenos amigos lo protegían.

El matrimonio hablaba del gobernador de apellido Múzquiz, que había llegado de nuevo al Estado de Méjico y decidió cambiar la capital a Toluca, mi muchacho estimaba sus virtudes y le estaba muy agradecido por sus bondades. Pero, así como se iban unos y volvían otros, pronto regresaría a gobernar don Lorenzo Zavala. José María fue transferido con el cargo de Oidor interino de la Audiencia de Toluca. Para doña María Andrea, la madre de Jacoba, aquello fue una tragedia. Ella sentía a Tlalpan una prolongación de la ciudad de Méjico, con bellas quintas habitadas por una nobleza que no se desprendía de sus títulos. Aunque entre esas propiedades, como me contó Matiana cuando vino a visitarnos la familia, había una comprada por don Lorenzo a su amiga, la condesa de Miravalle. Matiana se regodeaba repitiendo el chisme

que iba de boca en boca en la ciudad de Méjico. Las señoras murmuraban a la salida de la misa en las mañanas o después del rezo del rosario en las tardes. No hacían sino imaginarse la residencia de doña María de las Angustias Casasola en San Agustín de las Cuevas.

A pesar de que nunca había visitado Toluca, la ciudad a los pies del Nevado, le desagradaba a doña María Andrea tener a su hija viviendo en este valle.

—Madre, ese clima frío que criticas le hará mucho bien a José María, ya ves que tiene problemas de salud —decía la Jacoba.

—Ya lo veo, cada día está más delgado y tiene muy mal semblante —respondió la madre. Sus amistades le comentaban que la nueva capital era triste. Con una sociedad pequeña, compuesta por algunas familias de los hacendados que cuidaban su propiedad y las de los administradores de las haciendas del valle. La muy lechuza, y que Dios me perdone, consideraba que su hija estaría aquí alejada del refinamiento, que se empeñaban algunos en conservar en la ciudad de Méjico. Su marido la consolaba repitiéndole que ya había comenzado la llamada Regeneración Toluqueña con la participación de esos masones llamados yorkinos.

Cada vez que se reunían los Yáñez y los Heredia surgían esas discusiones, yo, muy atenta, oía, veía y callaba. No obstante, me alegraba la voz del padre de Jacoba, siempre recia y respetable, al intervenir con sus verdades. Cuando se mudaron a Toluca apoyó a su yerno pidiéndole a sus mujeres paciencia y le recordó a su esposa que casados quiere decir casa de dos. Ellos sobraban, bueno . . . por lo menos ella, sí.

—Tiene razón don Isidro. Son asuntos por desarrollarse. Sin embargo, Toluca, la actual villa comercial, que sirve de posada a viajeros y de asiento a órdenes religiosas, cambiará.

Conozco a un gran visionario y emprendedor en esta ciudad, don José María González Arratia, él sueña con la transformación —agregó mi José María en esa oportunidad tratando de armonizar.

—¡Ah, mundo! Si esta dama hubiese andado con los Heredia por donde anduvimos durante tantos años, ya se hubiera muerto. Lástima, mi muchacho podría ser feliz al lado de una huérfana. Mas no fue así, y el pobre, además de sus protestas, tenía que oír, al desempeñar su labor, los reclamos de los ricos propietarios que lo maldecían por representar a la autoridad. Yo escuchaba sus comentarios al servirles la cena, también los militares y los curas solicitaban su mediación para la repartición de tierras agrícolas y el respeto a sus diezmos.

El joven Heredia ejercía además, de sinodal para exámenes de abogado, y comenzó a redactar artículos para *El Conservador*; trabajaba en *Las lecciones de Historia Universal*, que gustaron mucho a los lectores. Creo que entre audiencia y audiencia, José María escribía y pensaba en el mundo cambiador y lleno de calamidades en que vivíamos. Lo hacía mientras lo dejaban sus hijas; otra pequeña, Jacoba Francisca, nació en Toluca.

Ver a su esposa convertida en madre le hacía recordar a la propia y el deseo de visitarla crecía. No obstante, no podía separarse de sus obligaciones y además ya Jacoba estaba embarazada de nuevo.

SOÑABA CON ABRAZAR a su familia, casi ocho años de ausencia y pocas esperanzas de viajar a Cuba lo hacían repetir para convencerse “los hombres, al contraer obligaciones sagradas, dejamos de pertenecer a nosotros mismos”. Amaba a sus hijas, se volvió un hombre hogareño y responsable. Jacoba, su mujer, lo ayudaba en las labores de edición de sus libros, entre ellos la segunda de sus *Poesías*, o en el periódico y la revista. No obstante, ese gusanito de la independencia le carcomía el corazón y tal vez la lucha que no podía hacer por su isla, la orientaba trabajando por Méjico.

Una noche llegó muy entusiasmado, diciendo que formaba parte de la Junta Patriótica del Grito de Dolores, algo muy bueno porque se ocuparía de recordar cada año el aniversario de la Independencia de la nación mejicana. También lo habían invitado a la Sociedad de Amigos del País, él creía que este grupo podría colaborar en las mejoras de Toluca. Se sentía parte del Estado y de la nueva capital y, quizás por ser tan activo en la política fue que se le acercó, solicitándole su apoyo, ese señor Santa Anna, de frente ancha y cabello engomado, quien andaba descontento con el gobierno de un general Bustamante. Recuerdo haber visto al señor enojón, de ojos hundidos, por la iglesia de La Profesa y la Alcaldía del Crimen, en tiempos de mi señor José Francisco.

Una recaída muy fuerte de su enfermedad retuvo a José María en casa por unas semanas, las que aprovechó para

escribir a su madre ya que, leyendo unos periódicos de los Estados Unidos, supo que un gran huracán había asolado los campos de la isla. Escuché que le escribía a su tío Tomás, le hablaba allí de sus dos hijas. “Ya soy hombre casado, y te he dado un par de sobrinas muy lindas, a las que te recomiendo para herederas, pues me dicen que estás más rico que un judío”.

Luego cerraba los sobres. Estoy segura de que un pedazo de su alma iba allí dentro. Sólo yo, que fui separada de mi carricito, conocía lo que se siente y podía comprender el dolor de Merceditas. Las ganas reprimidas de abrazar al hijo, la angustia de no poder auxiliarle y el gran consuelo, la fe en Dios, que si nos la quitan nos derrumban.

Entonces mi muchacho se preocupaba por el poder de las clases privilegiadas en Toluca, y no sé bien qué será eso, pero hablaba de la usurpación clerical, parecía que en algunas parroquias el señor cura era el dueño de todo. En casa había reuniones y entre los invitados a las tertulias, se nombraban a condes, barones y marqueses y *¡guá, pues!*, de los males y atraso que traían al Estado.

¡Ah, buena vaina!, la Jacoba lloriqueaba porque José María andaba en dificultades, pero la mayor calamidad era que le debían los sueldos de varios meses. Ella sufría porque el país andaba de cabeza y su marido pensaba que con secundar un levantamiento revolucionario mejoraría la situación. Y así fue, siguió al General Santa Anna cuando éste peleaba por derrocar la tiranía, adoptó sus banderas, fue su secretario y por lo que oí se estimaban mucho.

Se había reunido con su amigo don Andrés, quien también apoyaba al de los ojos hundidos, y hasta le tocó a mi muchacho luchar con las armas y esconderse en los montes del Nevado. Cuando acabó, la niña Jacoba estaba más tranquila y lo

animaba a fundar el periódico *El Fanal* para que se expresaran allí toda clase de ideas.

Una noche llegó muy molesto a la hora de la cena. Traía en su portafolios los periódicos que le enviaban del norte, los dejó sobre la mesa mientras contaba que, al pasar por la calzada de los arbolitos presencié una riña donde, tras una escaramuza asesinaron al Payo del Rosario, un periodista muy apreciado por mi muchacho. Le confiaba a su mujer, además, su tristeza. Había leído que en los Estados Unidos se reunían en la Primera Convención Nacional Demócrata y aquí luchábamos por un orden que no todos deseaban.

Renunció al Consejo Privado del Presidente de la República, y en Toluca se dedicó a lo que más le gustaba, trabajar por las letras. Hablaba todo el tiempo del nacimiento de una nueva revista, que él escribiría y saldría una vez al mes, *Minerva*. Mas no lo dejaban en paz, lo eligieron de diputado, y otra vez, protestaron unos cuantos, pero sin consecuencia. Hasta que vino un cargo que lo hizo feliz. Lo nombraron Vocal del Instituto Literario de Toluca, por el que yo pasaba a diario cuando iba a llenar mis cántaros de agua. Trabajó como burro, a la luz de los farolillos de aceite, para dejar listo el proyecto de Código Penal, que le habían encargado en el Congreso, y así alejarse del puesto que ocupaba.

La enseñanza ilusionó a José María. Los libros andaban regados por toda la casa. Él preparaba sus clases en las habitaciones que nos servían de sala, dormitorio, y comedor. Yo corría como loca detrás de las niñas, para que no interrumpieran a su padre y no hicieran ruido. Si me hubiera esforzado, seguro que habría escuchado a mi señor José Francisco susurrar, que cualquier lugar servía para abrir las páginas de los textos que iluminarían al catedrático.

POR AQUEL TIEMPO vivíamos en la calle de don Justo Valdés; un barrio de españoles. Don Sabino conocía al dueño de una vecindad y le rentaron a la familia Heredia varios cuartos. El secretario de mi señor José Francisco no me olvidaba y venía a verme cuando iba a Tenancingo. De paso, se preocupaba del bienestar de José María y como al pobre no le habían pagado sus sueldos, *pues*. . ., apenas allí podíamos vivir. En esta casa nació el primer varón de los Heredia Yáñez. Fue todo un acontecimiento, se llamó José de Jesús. Escogió un buen mes, mayo; no hacía mucho frío como en enero, ni el aire soplaba tan fuerte como en febrero. Los geranios de las macetas, en los patios de las casas, le daban color a esta ciudad gris.

Recuerdo que la Jacoba sufrió mucho en este parto; menos mal que la comadrona vivía a la vuelta, en la calle de Equipulas y me fui corriendo a traerla. Doña Margarita pertenecía a una familia de prosapia y su cara de virgen parecía la de un cuadro de iglesia. Hablaba en voz baja y a todos trataba con buenos modales y cariño, no en balde la amaban en Toluca. En su vecindad rentaba una pieza para su piano y, cuando recibía amigos concertistas, lo sacaban al patio y llegaban los vecinos con sus sillas a deleitarse con la música.

Entonces yo tenía más quehacer, lavar los pañales de manta de cielo del pequeño era oficio del diario. No me daba buena espina ni el olor, ni el color de su caca, así se lo dije a la Jacoba, pero respondió que yo no sabía nada. Y posiblemente

tenía razón; no obstante, después de lavar tantos trapos de los hijos de la Mercedes, y ahora a los de José María, podía opinar para que cuidara mejor a ese carricito. Le sugerí que le hacía falta una chichigua, sí, una mujer de chiches cargadas de buena leche para que su caca dejara de ser tan verde. No me hicieron caso, José de Jesús no aguantó el invierno y murió antes de que finalizara ese año.

Mi señorito estaba tan acostumbrado a las penas, que después de llorar y dejar de comer por algunos días, las hacía a un lado, y seguía adelante con sus obligaciones y trabajo. A los compañeros les platicaba que escribía para su revista además de continuar con sus clases y traducía novelas históricas de ese señor inglés llamado Scott.

Por esos días, en que Jacoba quedó tan triste, venía su madre a verla y la acompañaba Matiana. Ella me traía los saludos de don Sabino y entregaba a don Everardo, el zapatero que vivía en la misma calle, los hilos que le encargaba al escribano. Éste vio mis pies, calzados con alpargatas y, con su acento de gachupín, me prometió regalarme un calzado para ir al volcán.

¿A cambio de qué? yo me preguntaba, porque no tenía con qué pagarle. Ganas de escaparme de la casa y conocer el Nevado me sobraban, aunque el frío me matara. Un domingo nos fuimos de paseo a un pueblito cercano al Xinantécatl. Don Everardo se había bañado, traía el cabello mojado y ya no olía tanto a curtimbre. Pasamos por un compadre y su mujer quienes, como muchas familias de por aquí, se dedicaban a cuidar puercos y hacer embutidos. La carreta transitaba por caminos que bordeaban un río de agua limpia, no se podía comparar a la del Verdiguel, río al que también unos llamaban Xihualtenco y que atravesaba Toluca, adonde tiraban los curtidores sus desperdicios y los que rellenaban las tripas de carne sus porquerías.

Me llevé el mantón que me regaló la Mercedes. Mis ojos contemplaron unos árboles altísimos y perfumados, y mis oídos escuchaban el choque del agua contra las piedras. Llegando a casa le hablaría a mi muchacho sobre este paisaje de pinos y pirules; seguramente él se inspiraría para escribir un poema. Filomena traía un canasto lleno de pan relleno de papas revueltas con chorizo ¡qué cosa más rica! Los gachupines se pasaban el bocado bebiendo vino de una bota que cargó don Everardo.

Temblaba de frío, por eso no me detenía y andaba de prisa. Por el peligroso sendero transitaban también mulas y burros cargados que iban a los caseríos cercanos. Hasta que me cansé y dije, ya no puedo más. El zapatero sacó los botines de una bolsa y me los dio, le advertí que sólo prestados me los pondría. Así pude seguir con el corazón listo para salirse de mi pecho, la lengua afuera y la sensación de que pronto me iría de este mundo. Y estuve a punto de hacerlo. Vino mi carricito desde muy lejos por mí, vi de nuevo sus piernas y brazos largos, su mirada valiente; detrás de él apareció el zambo José Leonardo, el que me hizo el favor de preñarme, y mi madrina, la dueña del hato de los Campuzano de Coro. Sin embargo, no logré partir, al ver las lagunas me curé. Fue inolvidable tocar la nieve, admirarla sobre el pico y las faldas del nevado, mirarme en el espejo de agua.

—¿Ves, mujer? Un poco más y tocaremos el cielo —me decía don Everardo.

—Es cierto, ¿y si se rompe como le sucede a las pompas de jabón? —pregunté.

—Joder, compadre ¿te imaginas lo que nos pasaría? Nos aplastarían los ángeles y toda la corte celestial —entre risas comentó el amigo.

Le devolví los botines al regresar; y después de ese día pasaba a saludar al zapatero o le llevaba buñuelos de los que elaboraba para mi muchacho. Cuando me hartaba de cuidar a las niñas me escapaba a oír sus aventuras y platicarle las mías. Se había casado con una española que atendía las mesas de una taberna en la Puebla. Un día ella no llegó a dormir, a la mañana siguiente le contaron que se había ido con un paisano a sembrar algodón por el norte.

Don Everardo preguntaba sobre el tabaco; se interesó en mis anécdotas de cigarrera. Tenía unos paisanos por el rumbo de Veracruz que cultivaban la planta y me prometió traer unas hojas secas para comenzar una fabriquilla de cigarros en esta ciudad. Pretendía que yo lo ayudara y, según él, si lograba echarla a andar, volvería a creer en las mujeres.

—*¡Vais pues!*, mejor sigue desconfiando, nosotros somos para otras cosas, ni el diablo cree en las mujeres —le respondí en medio de sonoras carcajadas.

¡AH, MUNDO! el cólera se llevó a varios de nuestros vecinos. Algunas casas quedaron deshabitadas en Toluca, familias enteras desaparecieron. Recordé la epidemia que nos tocó vivir en Caracas y el milagro del Nazareno de la iglesia de San Pablo quien, en la Semana Santa, el jueves de su procesión, se volvió más pesado que nunca, y no pudieron moverlo hasta notar que su cara señalaba un limonero y con el jugo de este fruto se curó la peste. Yo le exprimía a los Heredia sus limones en las mañanas y la casera se encargó de correr la voz, todos en la vecindad siguieron el ejemplo, hasta a los perros les colgaron un collar de verdes cuentas. Mi muchacho y los toluqueños admiraban al gobernador Zavala, él personalmente asistía a la gente, auxiliaba a los pobres y les servía con sus conocimientos de medicina. Fueron días de espanto y dolor; las intrigas y los “quítate tú que ahora mando yo”, se detuvieron.

José María estaba entregado a sus estudios y escritos literarios, al *Fanal* que salía los lunes, miércoles y sábados. Parecían tiempos tranquilos. En casa pasaba largas horas dedicado a su oficio, refugiándose del frío. Su salud dejaba mucho que desear, los pañuelos que me entregaba para lavar, envueltos en sus camisas, mostraban manchas de sangre, su enfermedad iba avanzando y él lo escondía. Además, la nostalgia se reflejaba en su rostro, su pensamiento volaba a Cuba, con su madre y hermanos.

Don Justo Valdés era el dueño de la vecindad. Un hombre tan rico como viejo, quien no dormía por celar a su esposa Ana, muy joven y bella. Se salvó de morir gracias a los lazaretos que lo cuidaban, a las gotas de limón en la mañanera infusión de boldo que le llevaba su esposa y al agua de sabor que le preparaba a la hora de la comida. Recibíamos a menudo la visita de un sobrino del casero, don Régulo, solterón empedernido. Mi señor José Francisco lo llamaría un hombre sabio; de gran cultura, yo pues, digo que era un sabelotodo.

Se sentaba a platicar con José María sobre sus planes para el Instituto donde enseñaban. Claro, de paso el sobrino veía a doña Ana, quien casualmente se presentaba a saludar a la Jacoba cuando él llegaba. Se habían hecho buenas amigas las dos mujeres, la niña Jacoba con menos años, pero con una gran necesidad de tener amistades y compartir intereses en esta helada ciudad. En la cocina común horneaban deliciosas galletas de nata y unos suspiros para chuparse los dedos.

Río al recordar los versos que le oí a Carmelita, una pariente de don Justo, heredera del cerro del Cópore y aficionada a leer las poesías de una monja del tiempo de los virreyes, quien le cantaba al amor y a los celos. Una vez, para despedirse de doña Ana, le leyó algo de una obra de teatro: Primita, no te olvides: *el mayor mal viene a ser / una celosa pasión*. Porque *el ansia de gozar crece y con ella crece el mal*. Los que estábamos cerca nos quedamos viendo la cara de enojo de la descarada.

—Ay, Carmelita, tú y tu jerónima, me caen mal sus poesías. Las has de sacar para todo —le recriminó doña Ana.

—Sor Juana Inés de la Cruz no es cualquier poetisa, y mi gran tesoro es un libro, *Inundación Castálida*, que me regaló el tío Carlos —le respondió y se retiró rezongando y hablando sola.

—Vete, Carmela —dijo la ofendida.

—Vieja “cusca”, ya verás cuando se enteré el tío Justo — esa vez iba enojada la prima; pero a los pocos días regresó, como si nada hubiera pasado, a sentarse a la mesa para cenar.

Cerca de casa abrieron una escuela de primeras letras. Loreto, aunque muy pequeña, fue inscrita; pagaban los Heredia dos pesos mensuales, adelantados, por la enseñanza. Me encantaba llevar a mi niñita allí; cuando la Jacoba me lo pedía me sentía importante, no tan sirvienta. Todos se le quedaban viendo a mi traje, mas no les hacía caso, tantos años vistiéndome *trapúa*, con los colores de mi gente, los guajiros, restaba importancia a cualquier mirada fea.

José María no se parecía a su padre. Mi señor José Francisco nos enseñó a leer, aún recuerdo las clases que daba a la orilla del mar o en su estudio. El muchacho se apartaba de aquel patrón, y cada día se alejaba más de mí, su madre de leche. El pobre estaba triste. Jacobita, su consentida, apenas aprendió a hablar, murió. Era una niña amorosa a quien le fascinaba cantar cuando él llegaba a casa cansado. Abrazaba, entonces, a su mujer, se encerraban en la recámara y juntos se consolaban del dolor causado por la partida de los niños.

¡Ajá!, aquello era morcilla *pa' l* diablo. Después de tanto arrumaco la Jacoba salía con una nueva barriga. Por más que le aconsejaban dar brincos o que se tomara una infusión de yerbas traídas de la sierrita, ella, como Micaela, pensaba: “Soy mujer. Y una nace para dar lo que le dan a una”. Cuando esas cosas venían a mi cabeza me acordaba de los padres de mi muchacho, quienes también sufrieron mucho para lograr a los hijos. No hay duda, esa maldición de los primos Heredia Heredia, recayó en José María.

Yo hubiera querido enseñarle a Loretito muchas de las cosas sobre el abuelo o de las tierras donde viví con sus

familiares, mas su madre no lo permitía. Se volvió hosca, y como no tenía a quien culpar de tanta pena, la cogía conmigo. Me salía de casa cuando adivinaba sus ataques de furia. Algunas veces me acompañaba una vecina, y atravesábamos la Plaza de los Mártires, la misma en donde fusilaron como a cien insurgentes; por ahí vivían algunos cigarreros, de apellido Castro; sin embargo, no eran cigarros buenos, el frío atiesaba la envoltura. De lujo, los de Cuba, los que en La Habana aprendí a elaborar con hojas de venas delgadas y suaves como la tela de los vestidos para las señoritas; el aroma me subía al cielo, luego bajaba de las alturas al sellarlos con mi saliva y escupir. También los que fabricaban los esclavos de Matanzas, en el Castillo de San Severino invitaban a fumar y echar humo por siempre.

José María no dejaba de meterse en líos, redactó un manifiesto que firmaron los naturales y vecinos de la ciudad, en contra de un gobierno por establecerse. También pronunció un discurso en la plaza el día de la celebración de la Independencia de Méjico. Fue muy emotivo, aplaudimos hasta el cansancio, menos Jacoba que cuidaba a Merced la recién nacida, y al varón, José Francisco de casi un año. Ella, otra *hija er diablo*, no entraba en razón y menos si yo sugería algo; así que convencí a mi muchacho y trajimos a María, la chichigua que rentaba uno de los cuartos, para ayudar a amamantar a los críos. Ya era popular el José María; cuando me veían en la calle sabían que yo era Lluvia, la criada desobediente de los Heredia. Jacoba se ocupó de dar a conocer ese lado poco amable mío. ¿Qué culpa tenía yo de entenderme con los zopilotes? Los vi una tarde en que fui por el mandado, me asusté y se lo dije a mi muchacho. Callé porque él me lo pidió pensando en el bien de su esposa; pero, a los pocos días su pequeñito nos abandonó. Cuando se enteró María dijo que todos en la

casa necesitábamos una limpia y prometió llevarme con un chamán buenísimo cerca del templo del Carmen.

En las mañanas el recorrido de mi muchacho era el mismo, bajaba hacia la calle de Tenería, atravesaba el río por el puente de San Fernando, caminaba hasta llegar a Chapitel, donde funcionaba el Instituto Literario. El plantel ocupaba una vieja casona que llamaban el beaterio, antes fue fábrica y colegio para mujeres; la tenían abandonada y el gobierno la reparó para el Instituto. A José María no le importaba que fuese un edificio en ruinas, comentaba a los amigos que la instrucción se puede dar en el campo; la palabra transmite lo mismo en la modestísima cátedra que en el salón de una academia.

Finalizando el año lo nombraron director del Instituto, él hacía planes en voz alta. Estaba feliz con su nuevo cargo y cuando se veían le comentaba a don Régulo, que le hacía falta un reglamento para este colegio. El sobrino de don Justo le insistía en que tomara como modelo el del seminario de La Habana; no obstante, mi muchacho estaba terco en recordar las enseñanzas de su amigo Fray Servando y quería incluir algunos de sus consejos. Traía a su memoria las reglas en las que trabajaron el fraile y su compañero don Simón Rodríguez en Europa, cuando soñaban con abrir instituciones para educar en sus países de América. Lugares en donde los naturales y las mujeres fuesen aceptadas, pudieran estudiar y prepararse para servir a sus naciones.

Fue un gran disgusto comprobar que la biblioteca del Instituto conservaba pocos libros, se habían extraído muchas de sus preciosidades en el cambio de sede a Toluca. No obstante, el entusiasmo del licenciado Heredia seguía creciendo. Dispuso que se tocara una campana a las cinco y media de la mañana para despertar a los alumnos. Enseguida

se vestirían y se pondrían de rodillas al lado de sus camas para rezar una oración y en coro cantarían el himno que les compuso:

*Ya que el sol por el Oriente
Asoma el brillante disco,
Roguemos a Dios humildes
Nos conceda hoy sus auxilios.*

*Que nuestra lengua modere
Los pecaminosos dichos
Y nuestra vista se aparte
De cuanto ofrezca peligro. . .*

Apreciaban en este plantel su vasta instrucción y sus métodos de enseñanza. Él se veía contento. Cansado, sacaba fuerzas de la ilusión de enseñar. Yo lo oía toser y seguía lavando sus pañuelos manchados de sangre. Ojalá que pudiera ir a Cuba a visitar a la Merceditas.

LE DIERON VIVIENDA dentro del Instituto a José María, para él y su familia. Por ser director tenía que vivir con los internos. Jacoba decidió que no era propio llevarme con ellos; según sus palabras, mi vestimenta llamaba mucho la atención y mi comportamiento dejaba mucho que desear. Así que me quedé en la vecindad de don Justo y doña Ana, cuidando los cuartos rentados y algunas pertenencias.

Sentí que me exprimían el corazón, me alejaban de aquel muchacho; yo que era su sombra ahora sobraba. Casi no lo veía porque iba en horas de clase para hacer el aseo y demás faenas que me encomendaba la patrona. Regresaba al atardecer, después de servirle el chocolate caliente con masitas a la Jacoba y sus visitas, quienes se reunían a pecar. A mi me enseñó doña Francisca, en Coro, el catecismo y uno de los mandamientos era no levantar falso testimonio ni mentir, y estas viejas eso hacían, pecaban, competían al intercambiar chismes inventados sobre la vida ajena. Yo no les prestaba atención a sus habladurías por estar pendiente de las campanadas de la iglesia; pero lo poco que alcanzaba a escuchar se lo platicaba a María y ella, con la mano en la frente, gritaba:

—Viejas ociosas, mal pensadas, ya las veré en el infierno.

—¿Allí vas a estar amiga?

—No, mas seguramente las pintarán en el muro de algún templo —se reía, me daba una palmada en el hombro y me corría de su cuarto.

—Anda, están suspirando por ti.

Meesperaba don Everardo para la merienda. Amarrábamos los huaraches que él había hecho durante el día y en la casa compartíamos lo que me daban los Heredia para comer.

—Lluvia, ¿cuándo volvemos al volcán? —preguntó

—Cualquier día de estos, aunque estuvo bien cansado el viaje. Ya José María me prometió que pronto subiríamos, se muere por conocer la laguna —respondí.

—De acuerdo, moza, cuando tú quieras.

Bueno, la verdad es que sentí algo que no puedo explicar. Después de nuestro paseo al Nevado, tuve sueños raros. Me veía volando sobre el monte, o caía al agua desde una roca y, en el que me dio más miedo, escuchaba voces que gritaban de dolor cuando por el camino pisaba las piedras —le confié temiendo que no me creyera.

—Joder, ¿qué no has oído hablar de la Teresona? —dijo, sorprendido y con ganas de enterarme de un secreto que guardaba celosamente la ciudad.

Ya no tuve necesidad de contestar, adivinó la negación en mi cara asombrada. Y nada ni nadie lo pararía de hablar. Contó Everardo que ese cerro que vemos hacia el oriente es el ombligo del mundo. Apareció después de la erupción del Xinantécatl y contiene en su interior una ciudad encantada. Se siguió con la historia de la cueva de Teresa, donde una pareja de campesinos, que perdieron su yunta, decidieron seguir las huellas dejadas por los animales, llegaron hasta el cerro y allí encontraron a una niña. Ella prometió regresarles su yunta si la llevaban a una de las lagunas del volcán. Después de las dudas y el palabrerío del zapatero, continuó con que aceptaron complacerla; camino al Xinantécatl los campesinos comenzaron a oír voces que se quejaban y la pequeña le dijo al buen hombre:

—*Mire usted señor, ésta es una ciudad encantada, cada peña es un edificio y cada piedra chiquita es una persona. Si usted hace lo que le pido, la ciudad volverá a ser la de antes.*

El matrimonio la siguió, pero se alejó asustado al ver desaparecer en la laguna a la niña y su yunta.

—Conque no les devolvió los animales. Pobre gente. ¡Ah, buena vaina! don Everardo

¿no serían las voces de mi sueño los reclamos adoloridos de las piedritas que pisé por el Nevado?

—Seguro que sí, otro día te contaré lo que le sucedió a la hija de la Teresona.

Así me traía interesada en todas las leyendas que sabía y que él disfrutaba compartir con quien se sentara a su lado a platicar o a verle coser huaraches o botines de encargo o reparar el calzado que le entregaban.

Cuando él no estaba de buen humor me iba con María, a la huerta o al establo. Había allí un árbol de colorines que florecía una vez al año. Mi amiga arrancaba los rojos pétalos de la flor, los revolcaba en harina y luego capeaba con huevo de guajolota, hacía unas tortas nadando en salsa de jitomate y chiles, la cosa más rica que se pueda uno imaginar. En el establo me distraía al ver las vacas alimentando a sus becerros y a las puerkas sufriendo los jalones que los hambrientos cerditos le daban a sus chiches.

José María trabajaba mucho. Jacoba, me pedía que no lo molestara, porque era un hombre muy ocupado y respetado en todas partes. Yo no le hacía caso, procuraba irme temprano para verlo antes de que se fuera a su cátedra. Con su saludo tenía para pasar bien el día. Por lo que hablaba su esposa con las amigas, supe que lo invitaron a formar parte del Instituto de Geografía y Estadística, y también sería vocal de la Academia

de la Lengua. Conocerá Dios qué son esos nombramientos que tanto enorgullecían a la Jacoba.

Los oía discutir, y me daba gusto cuando mi muchacho le contestaba que nada lo distanciaba de sus amigos. Razón tenía el suegro, quien opinaba que su yerno había sabido mantener la cordialidad y respeto para todos los credos políticos. Ajá, me caía bien don Isidro. Siempre ponía el orden en cualquier discusión familiar o pleito, y contaba al visitar a la familia lo que oía sobre José María. “En la Ciudad de México lo ven con afecto y un amigo de apellido Pesado, escribió que había aparecido Heredia lleno de vida, de fuego y entusiasmo. Reconocen el valor de sus esmeradas y bellas composiciones”.

Entonces era yo la que se pavoneaba, me sentía orgullosa de José María y me retiraba envuelta en la capa de la Mercedes a la vecindad de Justo Valdés. Esa noche me fui a dormir con ganas de contarle a mi Merceditas todo lo bueno por lo que pasaba su hijo. Yo también tenía ganas de mostrarle que había cumplido con el encargo de cuidarle a su niño y no separarme de él.

Mandaron un mozo por mí. José María se había enfermado, ardía en calentura y tosía muchísimo. Le hice una infusión de gordolobo, había aprendido algunos secretos de yerberos y esa florecita, una pelusa blanca que crece al lado de los muros, era maravillosa para aliviar la tos. También llevé unas pencas de sábila para frotárselas, después de asarlas en el comal, en su pecho y espalda. Al verme, se iluminaron los ojos de mi niño.

—Lluvia, me has abandonado, hace tiempo que no te veo —dijo, amoroso, a pesar de la mirada de Jacoba.

—*¡Vais pues!*, siempre vengo, aquí estoy, tú eres el que no te acercas —respondí a gusto, ya que la esposa se salió con los chiquillos.

Estaba cansado. Terminó unas traducciones en las que trabajó durante muchos meses, fue un gran esfuerzo. También se veía triste. No soportaba que se mataran unos a otros. Las continuas luchas entre los generales y gobernantes lo incomodaban. Me pidió que escuchara la poesía que le había escrito al presidente López de Santa Anna, su amigo de otros tiempos.

Campaña de Zacatecas
¿Escucháis? De trompeta sonora,
A esta parte retumba el acento,
Y en las alas del rápido viento
Le responde lejano clarín . . .
. . . De este mundo a los héroes gigantes
A Iturbide y Bolívar, y aún antes
El coloso de Francia cayó.
¿Y tú piensas enano perjuro
quebrantar sin castigo las leyes,
la diadema ceñir de los reyes,
y cubrirnos de infame baldón?

—M'hijo, ya sé que amas la libertad, y eres animoso, pero. . .
¿no crees que te pasas al decirle tirano al Presidente?

—Es un dictador —y ya no dio explicaciones, ni aceptó comentarios.

Seguía como magistrado en la Audiencia. Me gustaba leer los documentos que firmaba, Dios y Libertad. Toluca y la fecha . . . José María Heredia. Sin embargo, pensaba que con todos los cambios sufridos en el país, era seguro que se suprimiera el Tribunal. Me vio con esa mirada del infante que confiaba en su nodriza, en la mujer que lo amaba tanto como su madre y lo seguía a todas partes. Alcanzó unas hojas sueltas que tenía sobre su cama y me dijo que las podía leer.

“Adorada mamá de mi corazón . . . Nunca ha sido más probable que ahora, nuestra pronta visita. . . Por lo menos nadie podrá quitarme el consuelo de abrazar a Sumd. Y a mis hermanas, aunque sea a bordo del paquete, y seguiré viaje a Europa o los Estados Unidos”.

Yo leía con un nudo en la garganta, José María mantenía la ilusión de ver a su familia. No obstante, quién sabe si lo permitiría el capitán general de Cuba, Miguel Tacón.

—Ya sé lo que estás pensando. Estoy tratando de conseguir una autorización para volver a Cuba, le escribiré a Tacón.

—Buen viaje, muchacho, aquí me quedaré con tu esposa y los niños. Cuídate mucho, yo no podré velar por ti.

DON ANDRÉS y doña Leona vinieron a Toluca. Eran los padrinos del último niño de la Jacoba y mi José María. Ojalá que el bautizado hubiera heredado salud en la pila; sin embargo no fue así. ¡*Malaya sea!* Pasamos unos días de fiesta; también de mucho trabajo en casa, preparando la comida para los invitados. Guisamos las “gallinas descalabradas” que sugirió doña Ana, la casera, y ella nos dirigió. En una cazuela freímos manteca, le echamos unos ajos y cebollas con rabo, luego un poco de orégano y vinagre, y un jarro del agua donde se cocieron las aves. Tuve que ir de prisa a la tocinería por la sangre de gallina que necesitábamos ya que no la habíamos guardado cuando las ahorcamos. Meneamos continuamente el caldo para que no se cuajara y al meter los cuartos de carne se levantó el sabor con clavo, canela y pimienta; aquí va el secreto de la vecina: agregarle piñones, jengibre, pasas y almendras, pero sobre todo vigilar para que ni esté aguado ni espeso. Quedó de rechupete según don Everardo, que lo probó. Menos mal que Matiana se vino a ayudarnos con el quehacer. Ella molía el maíz en el metate y se estuvo dos días tendiendo tortillas en el comal junto con Virginia.

La Jacoba se encargó de los dulces, elaboró las alegrías de ajonjolí que le encantaban a Loretito y muchos suspiros, esos no duraban, a todos en casa nos agradaban. Esta vez, ocupó las yemas para darles color amarillo a esa sabrosura, les revolvió carmín en polvo para hacer unos colorados y, a petición de su

pequeñita hizo unos azules con añil. La abuela, María Andrea, trajo su famosa jalea de claveles. Creo que es famosa porque José María odiaba ese postre; no obstante, la suegra insistía en que lo comiera porque era muy bueno para la enfermedad del hígado. Imagino que él prefería que le guardara esas flores para su tumba. Ese día se notaba mi muchacho de muy buen humor y lo mismo don Andrés, quien nunca rechazó una copa de vino, ¡Ah, qué señor!, mientras más bebía más hablaba. Por sus palabras me enteré de este parecer sobre una actuación de José María:

—¡Qué bueno que lo hiciste, amigo! No te quedes con las ganas de abrazar a tu progenitora. A Leona y a mi nos indultaron, lo aceptamos y no hemos dejado de ser patriotas. Igual tú, aunque tengas que decir lo que no sientes, para lograr el permiso y regresar a Cuba, seguirás siendo un amante de la libertad y fiel al deseo de Independencia de España. Algún día la logrará tu isla. Aprovecha la amnistía general que, para todos los españoles expatriados, concedió hace tres años la Regente Cristina a la muerte de su hijo Fernando VII.

—Gracias, Andrés. Me costó mucho decidirlo; sin embargo, después de leer la última carta de mi tío, avisándome de la precaria salud de mi madre, seguí tu consejo y el de Leona. Además, me acerqué a don Agustín y le pedí que le escribiera a su conocido, el General Tacón, recomendándome a sus atenciones para facilitar mi visita a la familia —Le respondió José María.

—¡Ah mundo! Me quedé muda y deseando ser sorda. Pobre muchacho, trece años habían pasado sin ver a los suyos, sin recibir la ternura de la Mercedes. Cartas iban y venían, la tinta traía noticias, el perfume de las hermanas y los anhelos de una mujer a la que separaron de su hijo. Quién mejor para entenderla que yo, Lluvia; *umjú* . . . todavía me acuerdo de

mi carricito, de cuando me lo quitaron y se lo entregaron a las indias de Sinamaica y aún me duele el vientre al hacer memoria, como si me reclamaran las entrañas al hijo que parí en el matorral.

Con razón José María hablaba con tanta seguridad de un próximo viaje a Cuba, ya tenía todo arreglado. Los amigos lo alentaron y tocó las puertas de su Capitán General para evitar contratiempos.

Los Quintana Roo se retiraron al día siguiente con los padres de la Jacoba. Antes se dieron gusto almorzando huevo revuelto con chorizo toluqueño, que les preparamos en el fogón. Les dimos su canasta con itacate para el camino, unos charales asados en el comal y envueltos en hojas de maíz, paseadas de frijol con queso, marquesotes y una servilleta llena de puerquitos de manteca para los pequeños. ¡Ah! Y, por supuesto, el pulque para los señores.

¡PERO QUÉ COSAS! José María propuso y la Jacoba descompuso. Él pensaba que me podría quedar con ella para ayudarle y hacerle compañía mientras viajaba, pero su mujer, con miles de “argumentos” como diría el propio señorito, no quiso. Tal vez la niña se refugiaría en casa de sus padres en la ciudad de Méjico y no me podía llevar con ella, mi túnica y comportamiento no les causaba ninguna gracia. Lástima por Matiana, mi amiga, era muy divertido convivir con ella.

Hasta la cocina se escuchaba la conversación de la pareja. Mi muchacho insistía en que no me sabía apreciar.

—Compréndelo, Lluvia es una mujer aseada, un tesoro cuando se crían niños. No le tiene miedo al agua, y aunque su uso es aquí muy limitado, acostumbrada a vivir cerca del mar y ríos, considera bañarse una necesidad. ¿Te has dado cuenta de nuestras camas siempre albeando? ¿No valoras su afán de mantenerlas libres de chinches? Tiene el orinal en su sitio y las escupideras donde deben estar.

—Tú no entiendes, José María. Ahora que se puede caminar por los portales recién contruidos, se pasea en ellos llamando la atención. Llena sus cántaros de agua en la pila allí cercana, ya no se va hasta el callejón de El Carmen, donde está la fuente de los Barbabosa. Platica largamente con las criadas que se reúnen alrededor. ¿Sabías que ya toda la ciudad se enteró de mi embarazo? Todavía no he tenido tiempo de participártelo y ella se ha ocupado de pregonar al mundo

entero que tengo ojeras, vuelvo el estómago y vivo con el antojo de comer mangos. No la soporto.

Así era la Jacoba, no me quería. Yo recordaba lo que había leído en la Biblia de mi señor José Francisco, “se pondrá a pelear la suegra con la nuera”, y creí que me veía de esa forma, una madre de leche que ama a su José María y se siente indispensable. Le molestaban mis alpargatas con sus grandes borlas de estambre de colores; sin embargo, mis pies estaban limpios; no como los de esas señoras que, cuando se desmayaban y les quitaban el calzado, al volver en sí recobraban sus rojas chapas, muy avergonzadas por tener los pies sucios.

Al asomarme al patio vi sus manos entrelazadas y el rostro mostraba una mueca de dolor, de contrariedad. ¿Qué otra cosa podría hacer José María al saber que sería padre nuevamente? La triste experiencia con los otros niños, quienes vivieron tan pocos años, empañó la alegría de esta espera en su matrimonio.

—Ahora, con mayor razón, me quedaré en Méjico. Debo cuidarme —afirmó Jacoba.

Él prometió retrasar el viaje a Cuba hasta el nacimiento del niño. Pero con eso no consiguió calmar el descontento de su esposa. Todo estaba mal hecho o pensado. Las amigas se fueron apartando, pocas la visitaban, no se acostumbraba permitir a las mujeres andar en las calles, su única confidente fue Ana, la casera, la esposa de don Justo. Las hijas de familia se dedicaban a tejer, cosían o bordaban, cerca de una ventana o el balcón; los fuereños nunca las veían, por eso las consideraban ermitañas.

—Aquí no hay más diversión que ir al paseo de Los Arbolitos o subir al cerro del Cópore. Ya no tengo ganas de asistir a las novenas de los franciscanos o los mercedarios.

—Calla, Jacoba, ya piensas como *El Reformador*. Ha publicado un panfleto titulado “Matraca a las señoritas toluqueñas”, donde les recomienda el baile y que se aparten de los frailes de La Merced y de San Francisco.

Ella lo había leído y, junto con doña Ana, se reían del contenido y de la petición a las damas de no ocultar los coloraditos rostros. En cambio José María se molestó mucho, publicó en el mismo periódico un artículo en honor de la mujer de Toluca.

MUY PRONTO partiríamos hacia Veracruz. José María decidió llevarme a La Habana, una sorpresa para la Merceditas. Pasé a casa de don Everardo por unas pieles. El muchacho deseaba escoger una apropiada para sus botines. No sé guardar secretos, le conté al zapatero que nos embarcaríamos en la fragata inglesa “Pandora” y pasaríamos un tiempo sin vernos. Me recordó su ofrecimiento de llevar a mi señor a visitar el Xinantécatl. Al comentárselo, José María aceptó entusiasmado.

Esta vez yo no fui al volcán, tampoco ellos hicieron el cansado recorrido en un solo día. Era cosa de madrugar para partir antes de la salida del sol y José María siempre fue dormilón. Don Everardo conocía a un pintor inglés que se volvió experto en expediciones al Nevado de Toluca, ambos invitaron a mi señor y, ante la generosidad de estos amigos, él hizo a un lado la pereza.

Salieron en la tarde hacia la hacienda del Veladero, situada en las faldas del volcán. Al regreso, me contó el zapatero que allí pasaron la noche y el administrador les recomendó un guía. A las seis de la mañana, se presentó este señor con sus chalanes y comenzaron a subir el bosque interminable de pinos gigantescos. José María deslumbró a don Everardo con sus exclamaciones: ¡Qué belleza!, decía desde la cumbre cuando con ojos de poeta divisó las cimas nevadas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. ¡Qué brillo! Al contemplar la

luna reflejada en las aguas de la laguna. Comenzaba el mes de octubre y sus noches son las más bonitas.

Lanzaron algunas piedras sueltas desde la orilla del lago mayor y, mientras unos se divertían, él sintió que profanaban el reposo y la majestad del Xinantécatl. Así era de respetuoso mi muchacho, con un corazón especial, como él decía, “desde la niñez lleno de amor noble y puro hacia la humanidad, ulcerado por crueles desengaños y largas injusticias”.

Le hablaba a don Everardo de unos señores para él desconocidos, Virgilio y Milton. Cuando don Everardo me contaba sobre este paseo, imitaba a José María repitiendo sus palabras, con su inolvidable acento de gachupín que provocaba mis risas.

Por todas partes percibo, en rastros evidentes y tremendos, la acción de un fuego apagado por el transcurso de siglos y siglos.

Prometió contarme más cuando lo visitara en su taller. Durmieron una siesta bajo el sol, sin acercarse al agua fría. El poeta se maravillaba del silencio de la naturaleza apenas interrumpido por algunos cuervos dando fuertes graznidos. Se le quedaba mirando al agua y comentó que su hermosura excedía a lo soñado por la imaginación de cualquier vate. El pintor le daba la razón y, entusiasmado ante la emoción de José María, consiguió una canoa, labrada de un tronco enorme, y se aventuraron a cruzar el lago. El guía y su gente, muy supersticiosos, se negaron a navegar con ellos. Aquél era un lugar sagrado para los naturales y los dioses estaban allí presentes.

Por el dueño de la hacienda supo mi muchacho, al bajar, que los indígenas de los contornos adoraban y temían aquella altura. Regresó a casa contento, pasó dos días que formarían

parte de sus mejores recuerdos. Siempre comparó este viaje al Nevado de Toluca con su visita a la gran catarata del Niágara.

Comprobé que la alegría ahuyenta los malos espíritus. El frío, el agua helada de las lagunas o la nieve del volcán no le causaron ningún daño. Jacoba lo esperó con una infusión de hojas de naranjo, un baño de cenizas calientes para sus pies y le rogó para que se metiera a la cama y lo cubrió con muchas frazadas; él se veía feliz. El cielo estuvo sobre su cabeza, era azul oscuro y sereno. Me confesó que sintió su sangre circulando con mayor velocidad y tuvo impulsos de lanzarse a los aires.

—¿CON QUE ESAS TENEMOS, MAJA? Pensabas abandonar Toluca sin despedirte de éste, tu eterno enamorado.

Así se presentó en la puerta de la casa don Sabino Fuentes y Velásquez. Con su vocerrón y su escándalo todos los vecinos oyeron al visitante; y la Jacoba, quien descansaba en la mecedora, llamó asustada a su marido, ya casi pedía auxilio la muy modosita. Salí a la calle riendo de las ocurrencias del caballero y preguntándole quién lo había enterado de los acontecimientos familiares.

—Pues Sawkins, el pintor con el que subió tu patrón al Nevado. Tengo tiempo de conocerlo, se acercó un día a mi tarantín en el portal, necesitaba ayuda y entre los dos, él en su inglés y yo, como es sabido, con mi buen castellano desciframos lo que le interesaba. Un día lo traje a Toluca, él había leído la descripción del sabio Humboldt sobre el Xinantécatl, entonces lo invité; pero a mi no me gusta eso de aguantar frío y escalar montañas así que le presente a nuestro común amigo, Everardo, y yo seguí el viaje hasta Tenancingo. Por cierto, moza, te traje algo de ese poblado.

—Así es, don Sabino, muy pronto partiremos. Le cuento que el tal Sawkins conoce a la familia Heredia en Matanzas, sabe de la riqueza del tío, quien todavía cuenta los negros como si fueran granos de frijol. Y dice que también se llegó a reunir con Domingo Delmonte en el Palacio de los Capitanes Generales, un edificio recién terminado en La Habana. Él va

a regresar a Cuba, pero antes quiere pasear y pintar el paisaje mejicano.

Don Sabino se hacía cruces, bueno, así decía, por las casualidades que vivimos y sufrimos. Para él, este pintor era un poco raro y revoltoso, lo acompañaba siempre un caballero que no le caía bien. Este último era un hombre con cara de ángel, manos de niño y modales de dama, otro artista que vivía en Méjico, de apellido Egerton. Su casa la tenía fuera de la ciudad, y se rumoraba que aquel lugar era un sitio nada santo. Me moría de curiosidad y ganas de una explicación al significado de “nada santo”, teníamos mucho de qué hablar y él traía recados de Matiana, además de todos los chismes que le llegaban sin moverse de su taburete en los Evangelistas.

Le conté que José María lamentó no haber conocido a este señor inglés con anterioridad. Se vieron a menudo y platicaron mucho sobre los lugares visitados por él, la independencia en América, sus amistades y los esclavos. Hablaban algunas veces en ese idioma que nunca entendí, el del norte, y otras veces como nosotros. El pintor parecía odiar la esclavitud; *umjú* . . . de los dientes para afuera, bien que le gustaba cuando le servían los criados de cenar y hasta le pidió a mi muchacho que le permitiera dejar a lavar su ropa en nuestra casa. Venía entonces los fines de semana por ella y entregaba más. Yo, la fiel Lluvia, se la lavaba para que al final le agradeciera al señorito su gentileza. Por eso cuando José María me regaló el retrato que le hizo lo sentí justo, lo merecía, bastante me esforcé en sacar la mugre de la ropa del inglés. A nadie se lo muestro, lo guardo al lado de la Biblia que me dio mi señor José Francisco.

Don Sabino pensaba que esos extranjeros eran misteriosos. Pintaban telas al óleo, generalmente desde lugares altos, que permitían captar el paisaje y las edificaciones.

Hacían grabados retratando a la gente y sus costumbres, mas si alguien los deseaba comprar la respuesta era la misma, los tenían comprometidos con impresores ingleses o nobles de la realeza que pagaron sus pasajes y costeaban sus andanzas en América.

Me contenté de la cercanía de nuestra partida. Los misterios no dejan nada bueno. Escapé esa tarde con mi amigo, por allá, por el rumbo de los arbolitos. Dejamos atrás al Verdiguel, no había llovido y el olor del agua sucia era insoportable. También nos alejamos de las pocas mujeres que caminaban arrastrando sus vestidos, barrían las calles con sus faldas y levantaron una nube de polvo que provocó la tos de don Sabino. Le regalé unos cigarros de los que había hecho para don Everardo y no lo dejé ir sin conocer qué me había traído desde la población donde vivía su familia.

—Un rebozo, moza. Un rebozo para que te veas como una gran dama en la isla.

Viejo mujeriego, descarado y generoso, de seguro fue su esposa quien tejó la bella punta que todavía acaricio cuando lo recuerdo.

SAWKINS PASABA LARGAS HORAS hablando de Cuba con mi muchacho. Venía a recoger su ropa limpia y ambos se encerraban en la salita a conversar y admirar sus grabados, algunos de ellos con paisajes de La Habana, mismos que despertaban en José María una gran nostalgia. Cuando Jacoba preguntaba sobre lo que platicaron, él respondía.

—De lo mismo, cosas del descontento y la lejanía. Mejor que lo ignores. Cada vez aumentan las ganas de abrazar a mi madre y a mis hermanos.

Yo sólo escuché algo una vez que les servía un chocolate caliente. Discutían sobre los esclavos de los aristócratas cubanos, entre estos los Heredia. José María bajó la cabeza y guardó silencio, se sentía avergonzado. El pintor se retiraba de la casa a temprana hora, no le agradaba el olor de las velas de sebo, generalmente pasaba la noche en la hacienda del Veladero. Uno de los mozos de allí venía por él en la carreta.

En casa, por unos días, sólo se hablaba del viaje de José María, mi niña Loreto, con sus manitas, bordaba servilletas para su abuela y la familia en Cuba, su madre las terminaba tejiéndoles la punta. Jacoba se deslindó del quehacer, porque le urgía acabar un mantel de malla para su suegra y se empecinó en enviarle una de esas capas llamadas mañanitas y que usan, para protegerse del frío, las señoras de Toluca al levantarse. Me le quedé viendo y pensé para mis adentros: No la va a usar, hace mucho calor en Matanzas.

Por su parte, José María empacaba libros y revistas para los parientes. La suerte había cambiado y, aunque no lo crean, la limpia con yerbas hecha por el chamán que le traje, cuando estaba enfermo, resultó. El Departamento de Méjico le dio todas las facilidades para realizar su viaje, le concedieron seis meses de licencia con pago y dos sin él. La situación de los Heredia en esa época no era difícil, las angustias se hicieron a un lado, podía vivir la familia con su sueldo de magistrado y enviarle a su madre algo de dinero.

Esta vez no solicitó el muchacho mi ayuda para hacer las petacas. La Jacoba se encargó de guardar sus trajes y las camisas que yo mantenía blancas de tanto embostar. Ella, la verdad era una experta en voltear los cuellos que se maltrataban con el uso diario, el almidón y la plancha. Lo mío era poco, un vestido para los domingos después del baño y un par de enaguas de colores, el trapo de aseo que me regaló la Mercedes con las iniciales H y H, el sagrado libro que siempre me acompaña y ahora el retrato de José María que entre sus hojas escondo. *¡Vais pues!* no podía olvidar el regalo de don Sabino y unos cigarros por si acaso me topaba con el negro Joseph. Todo cupo en una talega, recuerdo de los tiempos de nuestro ir y venir por el mar, cuando los marineros eran amables conmigo.

La familia nos acompañó hasta la ciudad de Méjico, esa noche la pasamos en el hogar de los Yáñez y de allí un coche nos llevó a la Casa de las Diligencias. José María guardaba silencio, parecía ausente. Intenté sacarle conversación al hacerle notar los cambios en los pueblos por donde pasábamos. Las casonas de las haciendas sin techo, con muros derruidos, y léperos pidiendo limosna formaban ahora parte del paisaje. Él movía la cabeza de un lado a otro y aseguraba: es lo que dejan las guerras, destrucción y ruina. Es lo que viene después de ella, nada bueno. Se durmió sintiéndose incapaz de remediar algo.

Descansamos en las posadas del camino. Esta vez se me hizo muy larga la distancia que nos separaba del océano. José María todo el tiempo callado y tosiendo mucho. Al devolver los pañuelos usados al bolsillo del saco, se consolaba pensando que el respirar aire de mar le haría bien. Yo también deseaba creer en eso; mas en el fondo de mi corazón una voz me gritaba: no te engañes, Lluvia. De rato en rato sacaba de su portafolio una carta, igual a la que había enviado a un señor de Cuba, el Capitán General de la isla, Miguel Tacón, la doblaba y la volvía a guardar. Antes de llegar a Jalapa se le cayó al suelo y al recogerla pude leer algo:

. . . Se me asegura que V.E. expresó saber que mi viaje tendrá un objetivo revolucionario, por lo que no dudo que los informantes me han calumniado cruelmente. En verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años, han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.

Él tenía los ojos cerrados, no vio las lágrimas que, como cosa rara, bañaron mi rostro; se las llevó el viento al abrir las cortinas de la ventana. Dejé la carta donde estaba, ahora yo no deseaba ver nada. Recordé su conversación con don Andrés el día del bautizo del nuevo José de Jesús; no obstante sentí un dolor muy grande en mis pechos, como si estos desconocieran al hijo amamantado con su leche.

DESPERTÓ CON EL FRÍO DE LA SIERRA. El cochero arreaba los caballos. Los latigazos y el cabalgar sobre aquel peligroso camino, que la niebla obstruía, acapararon nuestra atención. José María vio en el piso del coche su carta, la recogió y la guardó en su portafolio. Me miró fijamente. No me pude quedar callada al notárseme que ya la había leído.

—*M'hijo*, ¿qué cosas son esas? ¿Qué dirán sus amigos? Y usted, ¿cómo le va a responder a su corazón, cuando el pensamiento de Simón Bolívar iluminó su entendimiento y por eso lo corrieron de Cuba? De verdad que no comprendo; tiene razón, el desorden vivido y los sufrimientos por los que pasamos no se desean a nadie; pero, dime, *hijo er diablo* ¿dónde quedó aquello de no tener amo?

—Tal vez mis versos no alcancen para gritarle al mundo o decirte todo lo que desearía. No obstante, estoy seguro de que habrá un día algún vate que lo diga: “Bolívar es el árbol, el que quiera una fruta allí está el Bolívar frutal. El que quiera una estaca para dar golpes, allí está Bolívar en ramazos. El que quiera una cruz, para clavar a alguien, allí está Bolívar con sus ramas cruzadas . . . y el que quiera una flor para adornar la patria, allí está Bolívar florecido . . .” y continuará este poeta cantando lo que siempre pensé del Libertador. “no soy deísta con Bolívar, lo quiero familiar, quiero que se pueda hablar de él sin temor; no lo quiero en un altar lleno de incienso, lo quiero

humano, caminable, franqueable . . .”¹ Cuando formé parte de los Caballeros Racionales en Cuba y pertenecí a los Soles y Rayos de Bolívar era yo estudiante, un joven romántico con versos para amar, llorar, cantar y rebelarse, como el escritor que imagino, no te preocupes, moriré sin dueño.

—Amito, m’hijo, dicen por ahí que a Bolívar hay que tratarlo con cuidado, y que es tan grande como el océano que vamos a atravesar.

—Así es Lluvia, mi Lluvia. Tú has representado todo este tiempo de exilio aquello que dejé y ahora busco. La familia, la ternura, la calidez y la alegre mirada del trópico. Ignoro en qué otra forma contestar a tus preguntas. Sólo sé que obedezco a un impulso de mi corazón y me amparo en los consejos de amigos y el gran deseo de ver a mi madre. Tal vez no lo entiendas, pero la tierra llama, y la necesidad de visitar a mi madre grita. Compréndeme, tú más que nadie lo puede hacer.

Lo entendí. El amor de una madre, aunque sea de leche, da para eso y mucho más. Entonces las interrogantes las dejé en mi mente ¿Qué dirán los amigos de Cuba y sus compañeros de juventud? ¿Qué pensará su hermano Domingo cuando lo sepa?

Él me conocía muy bien, no hacía falta que respondiera. Tomó mis manos entre las suyas, se distrajo jugando con la piel arrugada y los dedos torcidos por el frío de Toluca. Estábamos cerca del puerto y me pidió callar. Dejar que la vida tomara su rumbo, sin apresurarnos por vivir el desenlace antes de tiempo. Le hice caso. Enmudecí y fui obediente por unos días, para evitarle disgustos.

¹ Andrés Eloy Blanco

Nos embarcaron en la goleta. Mi señor tenía tiempo para inspirarse, pasaba largas horas contemplando el mar, yo me alegré, esperanzada en que ese aire le devolviera algo de salud. Él le hablaba amistosamente al Océano, se entendía con las olas, ellas lo acogían como a un hermano y la espuma reía, al chocar el oleaje contra la embarcación, saludándolo. Él les cantaba:

¡Salve otra vez!

Todo el anhelo y esperanza fío.

A las orillas de mi fértil patria

Tú me conducirás, donde me esperan

Del campo entre la paz y las delicias,

Fraternales caricias,

Y de una madre el suspirado seno.

Los años me habían cambiado, ya no me iba a retozar con los marineros, o a sacarles conversación, no en balde mi melena se volvió gris. Mis compañeras de viaje fueron la Biblia con la que aprendí a leer, las revistas que me prestó José María y las costuras que me dejó de tarea la Jacoba. A él le daba gusto que me distrajera con la lectura, mientras en cubierta deslizaba la tinta sobre el papel para dejarnos sus poesías. Me pidió que escuchara la música del Océano, aseguraba que era dulce al oído.

Yo no oía nada. Veía en sus ojos los recuerdos, y un corazón lleno de ilusiones. Aquel cuerpo delgado, de salud tan delicada, iba en busca de afectos, del calor que en las regiones de altura se esconde. Comencé a rezar para que lo recibieran como él esperaba. Le pedía a Dios que no me fueran a herir a mi José María, un muchacho cortés, generoso y querido por quien lo tratara.

Sucedió lo que temía. Los amigos se hicieron a un lado, no aceptaron una explicación a sus palabras al Capitán General, y mi muchacho sintió una gran tristeza. También el mezquino General Tacón sólo le permitió visitar a la familia por dos meses. Cuando desembarcamos se encontró con esa sorpresa y, aunque solicitó una audiencia en La Habana, para que le concediera una prórroga, ésta le fue negada. Mas hubo una sonrisa amable dentro de la ausencia de conocidos; siempre la recordaré, una bella joven, acompañada de sus padres, esperaba pacientemente su turno para embarcarse cuando pisamos tierra. Se le acercó asombrada a mi señorito y le preguntó,

—¿Es usted José María Heredia, el poeta?

Mi muchacho estaba sin habla por la congoja y sólo dijo que sí con un movimiento de la cabeza, ella lo siguió hasta la Aduana y le entregó un soneto que componía antes de su partida. Le dijo que admiraba su obra y se llamaba Gertrudis, Tula para las amistades.

Pasó por la casa de algunos amigos en La Habana, no los encontró; sin embargo, siempre hay uno más atrevido que los otros y éste le dijo que no se le acercara, lo consideraban un traidor y le daba vergüenza saludarlo. El tal Félix sentía lástima por él, indignado veía a mi muchacho como un desertor, humillado y sin virtud. ¡Qué horror! Así pensaban los que lo conocieron y con esa dizque bienvenida entramos al puerto. La única persona que se portó atento y le brindó consideraciones al joven fue Mr. Kennedy, un caballero conocido por los Delmonte, quien admiraba la importancia, el talento y el prestigio de José María como poeta.

No pudo ver a Domingo, cuánto lo lamentó. Sé que deseaba confiarle los motivos de su viaje y el porqué de su carta a ese injusto y maluco del General Tacón; si ya la reina

había concedido amnistía general, él podía visitar la isla sin problemas. Con heridas en el alma nos fuimos a Matanzas, en un coche enviado por el tío Ignacio. Sin amigos, dejando atrás los días de juventud que recordaba de Cuba, volvió su mirada al encuentro familiar. La orilla del mar, la magia de la playa de Varadero borraba, entonces, sus preocupaciones. Los árboles de sombra y los cafetales anunciaban la cercanía de las propiedades del hermano de su madre; los cañaverales y las palmeras pregonaban la llegada a San Carlos y San Severino de Matanzas.

YA PARA LLEGAR comencé mis rezos, le rogué a la Virgencita de la Caridad del Cobre, a Changó y todas las demás potencias que Joseph me enseñó a adorar, que la familia estuviera bien, esperaba no les faltara una pierna, un brazo o un ojo a ninguno, no deseaba que mi muchacho sufriera más. Le hacía notar a José María que la gente se arrugaba, encanecía y engordaba, que sus hermanas ya no eran las niñas que dejó y que José Miguel, el menor de los Heredia, era el jefe de la casa.

—Sí, Lluvia, todavía no llego y ya me siento de visita. Ya no sé adonde pertenezco. Me identifico con Méjico y sigo amando a Cuba. La vida me partió en dos, en un antes que me sumerge en el pasado y en un después que me llama a sus filas. En medio estoy, con un alma que derrama lágrimas en sus versos.

—*M'hijo*, qué difícil es hacer a un lado el ayer, cuando el hoy está lleno de sorpresas y el mañana se ve tan desgraciado. Pero, mira, olvida y piensa en calmar tu sed con el agua de un coco, lo sabroso de los tostones en un plato de congrí y en esos buñuelos de yuca que te preparará Merceditas con todo su cariño.

Sonrió, por lo menos se iluminó su rostro al darme la razón. Fue muy emocionante el reencuentro con la Mercedes, en medio del llanto sus ojos veían de nuevo hermoso al hijo. Las hijas la tranquilizaban y le daban a tomar tazas de infusión de tila con valeriana para calmarla. Las chiquillas que dejé se

convirtieron en unas señoritas y ya mi Ignacia estaba casada y con un crío.

Todo era dicha para mi José María. Prometía ser una temporada agradable en la vida dificultosa de mi señor. A mí me enviaron al patio de atrás, con los demás sirvientes. ¡Qué se le va a hacer! Era tierra de amos. Me sentía importante al contar a los esclavos y los criados todas nuestras aventuras en lugares de los que nunca oían hablar. Las hermanas me hacían preguntas y buscaban mi conversación; el señorito no se separaba de la madre.

Hasta me puse celosa. La ropa de mi muchacho se la peleaban las lavanderas, el aseo de su pieza lo hacían las de adentro con la Mercedes allí presente, y yo, pues a la cocina, a ayudar en lo que se ofreciera, pelar la yuca, los plátanos verdes para hacer los tostones, escoger los granos o tostar el café. Y, ni qué chistar, la patrona ordenaba. Ella me mantenía alejada y, cuando me acercaba, hacía notorio que era la madre, la única, la verdadera, la dueña del amor de aquel hijo que compartíamos.

La parentela organizó paseos en el Valle del Yumurí, y lunadas en la bahía, para contemplar ese astro hechicero que ilumina las noches de Matanzas. José María se iba en las tardes, después del almuerzo, a caminar con sus hermanos; los esclavos lo reconocieron y lo saludaban respetuosamente. Trece años transcurrieron desde su partida y nada había cambiado, los negros reían, parecían felices cortando caña y llevándola al ingenio, esperaban con ansias el domingo para descansar y beber algo del ron que les daba el amo para embriagar sus penas, aunque estuviesen amarrados o custodiados, porque cada día el miedo a que huyeran aumentaba.

Mi joven Heredia no podía aceptar la esclavitud, eran seres humanos y merecían dignidad. Así se lo participó a

José Miguel y este rechazó esas ideas contrarias a las de la aristocracia en Cuba.

—¿Qué haríamos sin esclavos? No concibo la buena marcha de los negocios sin ellos. Por favor, no les vayas a meter cosas raras en la cabeza a nuestra gente —le pidió el hermano y se regresó molesto a la casa.

El sonido de los tambores le llamó la atención a mi muchacho. Le dijeron que habían traído un grupo de esclavos del tío Ignacio y descansaban tocando una tumba; algunas de las esclavas se integraban al grupo bailando. Corrió la voz de su presencia y posiblemente el capataz les dio permiso de tocar para él. Los negros del cafetal estaban a disgusto en el ingenio, consideraban un castigo el cambio, por eso no hablaban sino en su lengua para que no los entendieran los demás. Se consolaban al ritmo de su música y aceptaban sin más remedio su condición.

Ignacia no paraba de contarle al hermano sobre la belleza de la nueva casa del tío, copia de las de Santo Domingo y Haití; mucho lujo, muebles traídos de Europa y comidas y bailes elegantes con invitados de la sociedad de Matanzas y Santiago. José María sólo escuchaba, venía de un mundo en donde la vanidad y la soberbia de los españoles había sido pisoteada; según palabras de don Sabino, para dar paso a una nueva aristocracia, la independentista, remedo del mundo anterior. Vino a su memoria don José Francisco, le agradeció a su padre que lo enseñara a leer la Biblia y en especial el Eclesiastés, pues pudo mover su cabeza en señal de desacuerdo al recordar aquello de: *Vanidad de vanidades, todo es vanidad*.

Los días eran iguales para mí, cumplir las órdenes del ama Mercedes. Acompañarla al mediodía, mientras dormía su siesta, por si despertaba con ganas de conversar, y subirle las piernas en cojines de plumas para mejorar su circulación. En

las noches, me salía a contemplar las estrellas y respirar el aire con olor a tierra mojada o escuchar el arrullo de las palmeras cuando el viento las mueve. Recordaba los pasajes del sagrado libro y pensaba en la sabiduría de Salomón, entonces me imaginaba una de aquellas dos mujeres que pelearon por el mismo niño. Otras veces me sentía como la esclava Agar y su hijo Ismael, echada del hogar que me pertenecía. Sin embargo, me daba coscorrónes la memoria y traía a mi carricito a la mente, lo veía a mi lado, acariciaba su piel oscura, luego lo veía grande con sus piernas largas y lo imaginaba libre, con alas grandotas, cerca, muy cerca de Dios, como un arcángel.

Jacoba escribía largas cartas, daba razón de los niños y de su embarazo que progresaba. Se sentía enferma y le pedía a José María que regresara pronto. A petición de la Mercedes, el hijo se dispuso a partir después de Navidad y su cumpleaños. Deseaba también pasar unos días en La Habana con su amigo Domingo, explicarle y aclararle algunos malentendidos, dicho a su modo —disipar las injustas prevenciones sobre su viaje—, además de conocer sobre las publicaciones y negocios pendientes.

LLEGANDO A LA HABANA pasó a la residencia de los Delmonte. Me dijo que no demoraba, pero tardó mucho. Estaban los señoritos jugando al escondite, nunca pudieron coincidir en Matanzas o en La Habana. El joven Domingo le dejó una carta en su casa con los sirvientes, luego supe que allí mismo José María le escribió la contestación indicándole que no podría regresar con su madre, sólo le restaban unos cuantos días en Cuba y sentía mucho no haberlo visto ni hablar muy largo con él.

Cansada de esperar a José María, en las escaleras de la Casa de Correos, me puse a dar vueltas y entré en la Catedral, me fui directo a la capilla de Nuestra Señora de Loreto, aunque yo no creía en sus bondades, le pedí mucho por la pequeña Loretito; recordé a mi negro Joseph quien respetaba a esta Señora. Tal vez lo hacía por ser vecinos, un marqués que vivía cerca, en el callejón del chorro lo había comprado. Llegué hasta el altar mayor, una vez más las miradas de las rezanderas me fulminaron. No les di importancia, yo no me podía ir sin pararme debajo de la cúpula y llenarme de esa luz bendita para continuar el camino al lado de mi muchacho.

Cuando regresé a sentarme en los escalones, me encontré con un José María triste, muy triste. *¡Ah, mundo!* Ángel caído, así lo llamó su hermano, su gran amigo Domingo Delmonte en la carta que le entregaron. Cuando lo oí me persigné, tres veces, pues el ángel caído fue Luzbel, ahora Lucifer; el que

traicionó al Señor. José María, con una mirada que hablaba por sí sola y arrastrando los pies por ese cansancio que viene desde muy adentro, recitaba, una y otra vez, andando hacia el coche que nos llevaría al puerto: “Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes, pero no volverá él jamás. Agita en derredor sus miradas y blasfemo las fija en el empíreo, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado”.

—Me recordarán, Lluvia, como el ángel caído, el de mi tan leído y admirado John Milton en su Paraíso Perdido.

—No entiendo mucho de qué hablas, José María. Levanta la cabeza y no te preocupes, mi ángel, seas caído o no, algún día ocuparás un lugar importante en el mejor edificio de esta isla y tu poesía será parte de la memoria de los cubanos. Mira, te lo juro por el indio Cumare, mi protector.

—Lluvia, tú siempre me has llamado *hijo er diablo*, ¿habrás sido una profeta a mi lado?

Ya no entraré más al cielo.

—¡Ay, *m'hijo!*, todos somos *hijos er diablo*, solitos nos enrumbamos hacia el cielo o el infierno. Así me lo enseñaron los padrecitos de Coro. Cuando me dejé bautizar, recé bien el credo, no al revés como los demás, para saber por dónde andar.

No obstante, hubo demostraciones de cariño. Algunas autoridades lo trataron con atención y la gente daba pruebas de la admiración que le tenía. En el Diorama la compañía de teatro le dedicó una función y personas desconocidas para él iban a verlo y saludarlo. Eso le levantó el ánimo.

Fuimos los primeros en subir al barco. A bordo de la goleta El Carmen, la mirada de José María se extendía como un largo y estrecho puente que se estiraba a petición de su alma incrédula, hasta que se rompió, se separó y la interminable

despedida quedó ahogada en el mar. Guardó los documentos de viaje en su portafolio y encontró la hoja perfumada que le dio Gertrudis, la joven damita que lo abordó cuando desembarcamos en La Habana, la leyó en voz alta y sus ojos se llenaron de lágrimas:

Al partir

¡Perla del Mar! Estrella de Occidente. . .

*¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.*

*¡Voy a partir! . . .la chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza y, pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.*

*¡Adiós, patria feliz edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela
Tu dulce nombre halagará mi oído!*

*¡Adiós! Ya cruje la turgente vela . . .
el ancla se alza . . . El buque, estremecido
las olas corta y silencioso vuela.*

—¡Vais pues! m'hijo, con todo respeto, tenía que ser mujer la tal Gertrudis para encerrar en versos lo que se siente al partir y dejar lo que se ama.

Yo también secaba mi llanto con las mangas de mi túnica y rogaba a Dios que de verdad aquella nave volara para regresar a Méjico con la Jacoba y sus hijos. Le pedí que me regalara

el escrito de Tula, me lo aprendería, pero le cambiaría lo del nativo suelo. Entonces me quedé pensando en que nunca habíamos hablado José María y yo de “aquello”, aquel secreto que la familia guardaba, escondía, como un gran tesoro. Sin embargo, mientras viviera la Mercedes, la única que ahora lo conocía, yo no podría decirle dónde había nacido en verdad. No debía descubrir a los Heredia y hacerle saber al muchacho que su terruño y el mío eran el mismo. Que había visto la primera luz bajo el cielo que vio nacer a Bolívar y que lo calentaron los mismitos rayos de sol que a él.

El Castillo de la Real Fuerza se levantaba ante él, la fortaleza le impedía pensar en otra cosa más que inconvenientes para regresar a Cuba. Un arranque de tos muy fuerte le vino y salpicó de sangre mi ropa y sus pantalones. Me miró resignado y exclamó:

—Ya hay poco que hacer. Hasta la Giraldilla está agitada por el viento y me dice adiós.

NADA PEOR QUE COMPARTIR las despedidas, el corazón se encoge y el vientre se le pega a uno al espinazo. El enfado acompañó a José María durante la travesía y preferí hacerme a un lado. Terminé de tejer las puntas para unos calzones de Loretito y no hacía sino imaginar a la pequeña vestidita de blanco con encajes y lazos verdes mostrando las bellas puntas almidonadas que le tejó su aya.

El mar no fue amistoso esta vez, el señorito sentía revuelto el estómago y decidió quedarse en su camarote leyendo y chupando limones para evitar el mareo. Subía a la cubierta por aire cuando las ganas de arrojar eran insoportables. Con el vómito, de color amarillo verdoso, limpiaba su cuerpo de corajes entripados. Llegando a Toluca le prepararía infusiones de ruibarbo para la bilis. Nunca contó en Cuba las noticias que acompañaban las cartas de la Jacoba. En Méjico también lo criticaban por su visita a la isla. Algunos compañeros lo atacaban por oponerse a que ese cojo de Santa Anna y un señor llamado Gómez Farías fueran reconocidos como beneméritos de la patria. Les caían mal sus enojos por las corridas de toros y el incumplimiento de las leyes. Y para colmo lo acusaban de hacer circular “poesías subversivas” imagino que son poesías que alborotan.

¡*Vais pues!* qué locos estaban. José María era otra cosa. Sólo el mar lo comprendía y le prestaba sus oídos.

—¿Me oyes benigno mar? . . .
Amarte y admirar fue mi destino
Desde la edad primera
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto. . .

Leía sus libros y anotaba ideas. Compartió conmigo muy poco de lo que escribía y siento que le gustó que yo no me le acercara. Se me hizo eterno aquel viaje, el sol insoportable y el océano sin dónde acabar. Extrañaba la conversación de José María, así todo perdía sabor. Comencé a preocuparme por el regreso a Toluca y su desprendimiento.

Ya para llegar al puerto me pidió que echara al agua unos papeles ensangrentados y pañuelos que nunca me dio para lavar. Lo vi con tristeza y confirmó mi sospecha, venía muy enfermo esas calenturas que le repetían cada tercer día, las malditas tercianas, lo maltrataban mucho.

—No tengo cura —dijo con fuerza y, haciendo una seña con su índice en los labios me pidió callar.

Bajé la cabeza y fui obediente a hacer lo que ordenó. Para qué decirle que no sería así, todos sabíamos de su malestar, seguro lo llevaría a la tumba muy pronto. Sin ánimo de continuar bajé al muelle siguiendo a José María. Consiguió una diligencia que salía para Puebla, y allí, sin descansar hicimos el trasbordo para la ciudad de Méjico y luego a Toluca. Dormimos en la diligencia, insistía en llegar pronto a ver a la Jacoba y abrazar a sus hijos.

—Cualquiera cae —dije entre dientes, y no alcanzó a oír.

Y es que era cierto, los niños no fueron una gran alegría, creo que después de tantas pérdidas evitaba encariñarse con los que vivían, siempre esperaba que la huesuda se los llevara.

Llegamos bien cansados a Toluca. José María lo primero que hizo fue escribirle a su madre. Comenzaba el mes de febrero, el frío y el aire nos pegaba duro; después de disfrutar del calorcito de la isla y el de Veracruz, uno se acostumbra a lo bueno. A la Jacoba le urgía ponerlo al tanto de sus achaques y las travesuras de los niños. Se corrió la voz de su llegada y no faltó el amigo generoso, quien con el pretexto de saludarlo, viniera a contarle que por el traslado de las autoridades y empleados del Departamento a la capital, la ciudad de Méjico, la familia Heredia debía hacerlo también.

Esa política tan cambiadora nos hizo dejar esta fría ciudad a la que ya nos habíamos acostumbrado. El periódico *El Imparcial* se cerró y José María publicó, entonces, en *El Mosquito Mexicano*, unas décimas que recogen los tormentos, la miseria y el sufrimiento que se vivía en México, según mi muchacho, a causa del desorden en su gobierno. Esto se comentaba en un café del portal de Mercaderes.

Décimas

*Entran en el Cazador
Las parvadas de sujetos
Que parecen esqueletos
Llenos de angustia y dolor.
Hallan allí un redentor
Que sus penas les mitiga
Y el hambre les amortigua
Del modo más infernal,
Dándoles por un peso un real,
Y aun esto no sin fatiga.*

*El café del Cazador
Es hoy la comisaría;
Pues se ve en él todo el día
Hacer pagos con ardor:
Causa cólera y dolor
Ver tanto pobre oficial
Que hallándose sin un real
Y de miseria acosados,
Ocurren a los malvados
Autores de nuestro mal.*

*El hambre nos hace ladrar
Como perros de azotea,
Y no hay cosa que no sea
Agiotismo y más robar:
¡Todo se nos va en pensar
qué haremos para vivir;
Pues no se puede existir
En época tan fatal,
Cercados de tanto mal
Que nadie puede sufrir!*

Me lo sé de memoria. Se lo recité varias veces a don Sabino quien se desbarataba de la risa dándole la razón; no me quería creer que el poeta Heredia me copió eso de que “el hambre nos hace ladrar como perros de azotea”. Mi pobre amigo, a quien lo hacían feliz mis visitas, ya casi no tenía clientela, la del rebozo se había ido a su pueblo y los demás no podían pagarle con tlacos. Le ofrecían tamales, frutos de sus huertas y faenas de aseo y lavado en su pieza. Él lo aceptaba con tal de no dejar de ejercer aquel oficio que amaba, la escribanía, según la Jacoba una cosa diferente a la escritura, lo que hacía su marido.

¡AH, BUENA VAINA!, todo se volteó, como pararse de cabeza. José María había ahorrado unos centavitos y no tenía deudas con la hacienda; esto nos ayudó en los tiempos ya no malos, sino peores. Se quejaba, entre tos y tos, de que no le pagaban y repetía que viviría de la trampa. Protestaba mañana y noche:

—Digno premio a tantos servicios y fatigas.

Menos mal que la Jacoba se alivió de sus tantos achaques, Loretito crecía sana, Merced cada día más gorda y traviesa, el pequeño Bichús según las palabras de su madre se veía “primoroso”.

Le entristecía al muchacho la situación por la que atravesaba el país; pero se distraía lamentando no poder enviarle a su madre las cajas de tejocotes que le ofreció. Le sugerí que le mandara las semillas con don Manuel Céspedes, su amigo, quien partiría hacia La Habana con un buen cargo. En medio de todo este desbarajuste se sentía contento; la Jacoba había accedido a visitar Cuba en el tiempo restante de su licencia y hasta le escribió a la suegra una carta cariñosa.

Este viaje tuvo que posponerse al enterarnos de que José María no fue ratificado como Magistrado, se lo comunicó don Agustín Fernández, uno de los candidatos para la nueva Audiencia. Así que el pobre evitaba pasar cerca del edificio donde funcionaba la Inquisición, ese horroroso y temido tribunal de los padrecitos, ya que allí se instaló la Audiencia del Departamento de Méjico. Lo habían dejado fuera.

Entonces le sobraba tiempo para escribir y, como si fuesen moscos, yo le espantaba a los chiquillos para que lo dejaran trabajar. Una de sus poesías que más gustó a la gente se llamaba *Las Chinampas*, se la sabían de memoria los marchantes en el tianguis y don Sabino recitaba trozos cuando yo lo visitaba en el portal, tal vez para animarme al contarle las penurias de los Heredia. Si mal no recuerdo comenzaba así:

*De Zéfiro fugaz bella consorte
alma Flora, que reinas en los campos,
cuando la Primavera deliciosa
les presta vida con aliento blando
y hacer brotar en medio a la verdura
rosas adelfas, dalias y amarantos;
dime ¡oh Diosa! Las causas y el origen
de las chinampas, monumento aro
que a tu culto erigieron los aztecas . . .*

Fue publicada en el Calendario de Galván, un popular librito que muchos compraban en la ciudad y en el campo. Don Mariano Galván lo invitaba siempre a colaborar, José María no le hacía caso, creo que pensaba que nada tenían que hacer sus poesías entre los ingresos de la luna, el lugar de las estrellas en el cielo y las fiestas de los santos.

En aquellos días vivíamos en la calle de Hospicio No. 15. Con la mudanza de Toluca a la ciudad de Méjico se le perdieron algunos papeles y no conseguía la revista que le guardaba a su madre. Le contrarió no enviársela con don Manuel; sin embargo, al encontrarla, se la hizo llegar a doña Mercedes. En *El Recreo de las familias*, el señor Ortega publicó un bonito escrito sobre mi muchacho y lo acompañó de un retrato que le había dibujado un tal Verger o Vergel. Lástima que no guardé un ejemplar, cuando lo enseñó en casa nos decía:

—Yo creo que me han hecho un poco más feo de lo que soy.

ÉL ACABABA DE ACEPTAR EL CARGO de Secretario del Tribunal Superior cuando nació Julia, igual de enfermiza que los otros hijos. Esa Jacoba no me hacía caso. La infusión de boldo que cada mañana me hacía llevarle a la cama y el chocolatito caliente que le gustaba beber en las tardes con su madre, le hacían daño a lo que su vientre guardaba. Pero, ¿quién le iba a hacer caso a la *guajira* de Lluvia? solamente José María. No obstante, sus preocupaciones y penas no le permitían oírme.

Necesitaba el trabajo, resistió unos meses y al final del año, con el frío tan intenso se agravó la enfermedad; los doctores recomendaron que se fuera a Cuernavaca, donde el clima era más benigno. Yo lo acompañé, el joven Heredia hablaba poco en ese tiempo, se le iba el día en leer y pensar en que no le había escrito a su madre para contarle de su gravedad. De repente me preguntaba si con el ajiaquito, el ñame y el quimbombó, que preparaba la Mercedes, lograría restablecerse. Confiaba en que un nuevo viaje por mar le haría bien. A veces, al contemplar el jardín, decía que esta era tierra de promisión y que Jacoba era una mujer incomparable, asistía a su esposo, quien sólo era una sombra. Yo asentía con la cabeza, *¡Vais pues! miren no más.*

Recordé a mi señor José Francisco, el final de su vida se le fue pensando, cuando la Mercedes le preguntaba qué hacía, el respondía, pensar, mujer, pensar. *¡Ah Mundo!* Alejaron a José

María de la familia, para evitar el contagio de los pequeños y que se enterara la gente. Así en voz baja todos murmuraban sobre lo que mantenía al licenciado Heredia en aquella ciudad llena de flores, la tuberculosis.

Al componerse el clima regresamos a la ciudad de Méjico y por unos meses se hizo cargo del *Diario de Gobierno de la República Mejicana*. Renunció, su estado de salud era cada día peor. La abuela Yáñez se llevó a los nietos y la Jacoba se desbarataba yendo y viniendo de las dos casas. Tenía razón su marido, era una buena esposa. Los médicos le prohibieron a José María escribir. Me leyó lo que con los restos de alma escribía a Dios:

*El infortunio pasajero
es crisol del alma escogida,
y convierte la frágil vida
en gloriosa inmortalidad.
¡Hijo del polvo! Te concedo
para ser justo, solo un día
mi suprema sabiduría
tiene ante sí la eternidad.*

Me enviaron a Toluca. Vine a hacer limpieza en los cuartos que le rentaban a don Justo Valdés. Aquella mañana saludé a los de la vecindad y fui con mis cántaros a sacar agua de la pila del portal. Por el camino repetía una y mil veces los últimos versos del poeta Heredia, los oí de sus labios. Él ya no tenía fuerzas para vivir y se entregaba:

*Para evitar males tan duros
Sólo un camino queda abierto:
El sepulcro será mi puerto
De tal borrasca en el furor.
¡Muerte, recíbanme tus brazos. . .!*

*¡Fútil esperanza la mía!
¿En tus abismos, tumba fría,
No hay también eterno dolor?*

Sin parar atravesé las calles y los puentes de la ciudad, no me detuvieron el polvo ni el mal olor del Verdiguél, o los puercos que perseguían los del obraje. Tampoco me distrajo la plática de las comadres en los zaguanes. Llegué a la pila y al inclinarme vi un rostro reflejado en el agua, sonreía y poco a poco desapareció. ¡*Válgame, la cagalera de Cristo!* Era José María, el poeta Heredia, mi niño, que vino a despedirse. Enseguida sentí un fuerte dolor en mis pechos, estaban recrecidos, como en los buenos tiempos de nodriza, de chichigua, como las nombran por acá, ardían, sentí como brotaba un líquido de ellos, sorprendida pensé que sería leche, la misma que alimentó al primogénito de los Heredia; pero mi túnica se manchó de rojo, era sangre. El niño que mecieron mis brazos, durmió en mi seno, se volvió señorito y luego señor a mi lado, había muerto.

SIN FUERZAS PARA CARGAR los cántaros, arrastré mis alpargatas rumbo a la casa. Allí me esperaba don Sabino, el fiel amigo venía a confirmar una noticia que el propio José María me había anticipado. Lo sepultarían en el panteón del santuario de María Santísima de los Ángeles. ¡Sabrá Dios adonde más irán a parar sus restos! Yo no podía llorar, nunca se me permitió. Sin embargo, sabía lo que deseaba en aquel momento. Le pedí al escribano que me acompañara al Xinantécatl, a rogar por el descanso eterno de mi señorito en uno de sus lagos. Cuando José María regresó del Nevado afirmó que era uno de esos altares que erigió la naturaleza; sentía que un Grande Espíritu lo presidía y que los indígenas de los contornos, obedeciendo al instinto, lo convirtieron en lugar de adoración. El gachupín se asustó, nunca había estado en ese sitio, rehusaba esforzarse, pero me complació. El trayecto fue en silencio, me alentaba su flacucha mano sobre mi hombro.

Mi cabeza se vaciaba de recuerdos. Martina mi madre a orillas del lago aceitoso, la sombra de Cumare, los hechizos de Cocofío; el espíritu del zambo José Leonardo, quien me embrujó y preñó se apareció descabezado mostrando los muñones de sus brazos. Sentía mi carricito al lado y la mirada altanera de Joseph diciéndome adiós. Desfilaban los indios y negros que los médanos cubrieron, los Delmonte y luego los Heredia, desde la hosca doña Francisca Mieses de Guridi y toda esa gente que tuvo que ver con mi José María, hasta

contemplar de nuevo el rostro siempre amable del poeta, despidiéndose en el agua de la pila. Llegamos después de varias horas en la carreta. Comenzamos a ascender caminando, nos agarró la tarde al llegar a una de las lagunas. Don Sabino se colocaba la mano en el corazón, se le iba a salir por la boca, no podía respirar.

—Joder, esto es un trastazo, Lluvia. ¿No podías, hija del diablo, rezar en la Iglesia de La Veracruz o La Merced? — Temblaba de frío y descontento —Eso me pasa por consentir tus caprichos, mozuela alocada.

Le pedí que callara, no le hice caso a sus reclamos y seguí con la vista fija en el agua. Oraba por José María y le pedí permiso a la laguna para internarme. Me adentraba en ella. Los ojos de don Sabino miraban incrédulos, mientras los míos le decían con la mejor de mis sonrisas:

—Siempre dije que yo era agua y nunca me convertiría en polvo . . .

AL LECTOR

*¡Oh altísimo poeta, quién pudiera
¡perseguir el albor de tu cimera,
ostentar tu blasón como amuleto*

A José María de Heredia
Amado Nervo

Lluvia es un personaje ficcional, una indígena de la guajira venezolana, quien fue creciendo física e intelectualmente al lado de su hijo de leche, el niño que amamantó y luego se transformó en abogado y pensador de alta estima. En el corto, pero intenso transitar de José María Heredia por esta vida, ella se convirtió en compañía y sombra. Sus recuerdos nos han dejado esta novela.

José María Heredia es el poeta admirado por nuestra América, de él nos dice Inocente Peñaloza García:¹

“Heredia es reconocido por críticos e historiadores de la literatura como el primer romántico de Hispanoamérica y, desde luego, como introductor del Romanticismo en México”.

Afirman que nació en Santiago de Cuba, porque existe una partida en el libro de bautismos de blancos, en el templo de Santa Lucía, Parroquia de Nuestra Señora de Dolores, de esta ciudad, donde se lee:

Año del Sor. De mil ochocientos cuatro en trece ene [...] el Ber. Don Tomás de Portes, Pro. **(sacerdote, amigo incondicional de la familia y, como los Heredia, emigrado de Santo Domingo)**, con beneplácito y asistencia del Cura into. De la S.Y.C., con residencia en la Aux. de N. S. De Dolores, puse óleo y chrisma y *por.* nombre José María a un infante que nació en treinta y uno de Diciembre próximo pasado, h, 1, del D. D. José Francisco Heredia . . . y de D. María Merced Heredia, emigrados de Sto. Domingo.

Certificación reproducida por Manuel García Garófalo Mesa.²

No se menciona dónde nació el niño, tampoco se dice que fue bautizado. Información que debe darse en las partidas de bautismo de la época. Por lo tanto, se asume que la criatura ya había recibido las aguas bautismales y en el templo de Santa Lucía sólo se completó el ritual del sacramento. Este ritual de poner los óleos y el crisma sólo puede hacerlo una

¹ Peñaloza, García, Inocente (1989), *13 Poetas del Instituto, La presencia de Heredia* Toluca, UAEM.

² García Garófalo, Mesa, Manuel (1945). *Vida de José María Heredia en México*. 825-1839. México, Ediciomes Botas.

autoridad eclesiástica así como ponerle un nombre, era un acto necesario para que el niño quedara inscrito en el Libro de Bautismos de Blancos y tuviese derecho a la protección real autorizada por el rey a los que huían de Santo Domingo a Cuba o Puerto Rico.

Lo anterior apoya la presunción de que vio la primera luz en la costa occidental de Venezuela cuando, con el auxilio de la ficción, nos imaginamos a dos jóvenes ardientes, José Francisco y Mercedes, primos hermanos que se reencontraron en el destierro equivocado. Al zozobrar en enero de 1801 la goleta La Flor, en que huyeron de Santo Domingo, llegaron a la Vela de Coro, Venezuela, en lugar de Puerto Rico o Cuba, dónde, por decreto real, debían asilarse, para acogerse al derecho de pitanza concedido.

Él, José Francisco, de treinta y cinco años; ella, María Mercedes, de diecinueve, pasaron por alto el parentesco, hicieron a un lado compromisos y olvidaron la palabra empeñada, para amarse. A propósito de ello Francisco González del Valle³, agrega:

Al comportamiento, entereza y carácter y acertadas disposiciones de José Francisco Heredia debiose el salvamento de todos los pasajeros y tripulantes. Hemos relatado este hecho, porque él fue causa de que Mercedes Heredia correspondiese a los amores de José Francisco, que la pretendía también desde antes de salir de Santo Domingo, y con el cual quería la familia de aquélla se casara. A Mercedes, sin embargo, le gustaba el capitán, cuyo nombre ignoramos; pero cumpliendo la promesa que había hecho de corresponder a su primo si se salvaban del naufragio, le dio su mano”.

³ González del Valle, Francisco (1938) *Cronología herediana 1803-1839*. La Habana, Secretaría de Educación de La Habana. Dirección de Cultura.

Según Mario Briceño Iragorry,⁴ se casaron el 2 de Agosto de 1801 y el matrimonio fue bendecido en la ciudad de Maracaibo. García Garófalo Mesa indica que casó en Coro el 26 de noviembre de 1801, mientras que Silverio Avilés Morales al reproducir datos de José A. Escoto dice:⁵

José Francisco se estableció en Coro con su familia, donde Mercedes Heredia tenía parientes, y allí casó con ella (no hay constancia documental del hecho) . . .”

No hay seguridad en cuanto a la fecha y lugar de la boda de los padres. No obstante, llama la atención que aunque esta unión de los primos Heredia, según Briceño Iragorry, con dispensa del vínculo traída desde La Española fue bendecida por la Iglesia en 1801, es hasta el 31 de diciembre de 1803, nueve meses justos, después de haber abandonado la Capitanía General de Venezuela y arribado a Cuba cuando nace el primogénito. A propósito, cito nuevamente a Manuel García Garófalo:

El día 28 de febrero de 1803, según la licencia expedida en Coro, se autorizó a José Francisco de Heredia para embarcar en el puerto de La Vela, en la goleta San Fernando, con su esposa y tres criados con dirección a Santiago de Cuba, adonde debieron llegar a mediado o fines de marzo, . . .

El hecho histórico ha sido guía en esta novela. Las fechas y el orden cronológico se han cuidado. Sin embargo, la licencia de autor permitió hacer que la poetisa Gertrudis Gómez

⁴ Briceño Iragorry, Mario (1997) *El regente Heredia*, Caracas, Fundación MBI.

⁵ Avilés Morales, Silverio (2003) *Memoria*, Toluca, Comisión Heredia.

de Avellaneda, quien le rindiera homenaje a Heredia en su poema *A la muerte del célebre poeta cubano Don José María Heredia*, aparezca en un encuentro fugaz para que el poeta pueda leer uno de sus sonetos: *Al partir*. La joven Gertrudis sale de La Habana hacia Europa en abril de 1836, el poeta Heredia regresa a la isla en octubre del mismo año.

Se visita entre las líneas una región de costas bañadas por el Mar Caribe: Santo Domingo, Cuba, Venezuela y México, descubriendo las parecidas inquietudes libertarias de su gente, pueblos formados por indios despojados de sus tierras, esclavos negros defendiendo sus creencias y criollos descontentos. Se recrea, con las cartas del poeta a sus amigos y familiares, la difícil experiencia del asilado. Las poesías de José María Heredia nos iluminan en el trayecto, sus discursos y escritos han inspirado capítulos. Importantes personajes de esta época efervescente de México y nuestra América ocupan un lugar entre las páginas de esta novela. La vida personal del poeta y el político es vista a través de la amorosa mirada de Lluvia, su Lluvia, nuestra Lluvia.

La pluma nos ha permitido acercarnos a la época de la Independencia y sus años posteriores en estos países; las conspiraciones, la lucha, los logros y las traiciones. Aparecen personajes de nuestra historia, conocidos por Heredia, algunos un día admirados y otros reprendidos en sus versos. Su fructífera existencia, una valiosa obra poética, narrativa, labor periodística, discursos y desempeño de cargos públicos, contrasta con todas las vicisitudes y vivencias que lo llevaron al exilio, el sufrimiento, la miseria, la enfermedad y la muerte en tan solo treinta y seis años.

FUENTES CONSULTADAS

- Araujo, Benjamín (2001), *Será mi asilo el mar*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Arrioja Vizcaíno, Adolfo (2003), *Fray Servando Teresa de Mier, Confesiones de un guadalupano federalista*, México, Plaza Janés.
- Beaujon, Oscar (1982), *Historia del Estado Falcón*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- Briceño Perozo, Mario, (1968), *Bolívar y el ideal democrático*, Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela.
- Briceño-Iragorry, Mario (1997), *El Regente Heredia o la piedad heroica*, Caracas, Fundación M.B.I.
- Carrillo, A. (1985), *Historia de la ciudad de México*, México, Editorial Panorama.
- Del Arenal Fenochio, Jaime (2002), *Agustín de Iturbide*, México, Planeta D'Agostini.
- Estrada Michel, Rafael (2002), *Servando Teresa de Mier*, México, Planeta D'Agostini
- Fort Newton, Joseph (1976), *Los arquitectos*, México, Editorial Diana.
- García Baamonde, Salvador (2002), *Xicoténcal*, Príncipe Americano, México, UNAM.
- García Garófalo Mesa, Manuel (2002), *Vida de José María Heredia en México*, Toluca, Comisión organizadora del Bicentenario de José María Heredia.
- García Luna, Margarita (2008), *Enfrentamiento entre yorkinos y escoceses durante los años de 1824 a 1827*, Toluca, Espacio de la Cronista, El Sol de Toluca.
- Galván Rivera, Mariano (2006), *Más antiguo calendario de Galván*, México, Librería y Ediciones Murguía, S.A.

- Gobierno del Estado de México (1979), *José María Heredia*, Testimonios del Estado de México
- González Acosta, Alejandro (1997), *El enigma de Jicotencal*, México, CONACYT, Instituto Tlaxcalteca de Cultura.
- Guzmán, Domingo de (1999) *Recetario Mexiquense Siglo XVIII*, México, CONACULTA.
- Hennessy, Huw (2001), *Guías Océano Venezuela*, Barcelona, Océano Grupo Editorial.
- Henriquez, Gloria (2001), *Historia de un archivo*, Caracas, Fundación para la cultura urbana.
- Heredia, José María (2002), *Jicotencal*, México, UNAM.
- Jarquín Ortega, María Teresa, Herrejón Peredo, Carlos (2004), *Breve historia ilustrada del Estado de México*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, Gobierno del Estado de México.
- José María Heredia en las palabras de otros escritores, H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl, (2003)
- La Fuente Ferrari, Enrique (1941), *El virrey Iturrigaray y los orígenes de la independencia de Méjico*, Madrid, Instituto Gonzalo Hernández de Oviedo
- Martínez Zaldúa, Ramón (1995), *¿Qué es la masonería?*, México, Costa – Amic Editores,
- Mendizábal, Luis de (1990), *Fábulas de la Independencia*, San Luis Potosí, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes.
- Mier, Servando Teresa de (1945), *Escritos y memorias*, México, Imprenta universitaria.
- Naime, N. Alexander (1991) *El Ayer en Toluca*, Toluca, Gobierno del Estado de México
- Navarrete Orta, Luis (1991), *Literatura e ideas en la historia hispanoamericana*, Caracas, Cuadernos Lagoven,
- Novo Valencia, Gerardo (2008), *Las mujeres proponen: Toluca de Leona Vicario*, Toluca, El Sol de Toluca

- Nuñez, Enrique Bernardo (1963), *La ciudad de los techos rojos*, Caracas, EDIME
- Orgambide, Pedro (2002), *El maestro de Bolívar*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Pazos, Luis (2003), *Historia Sinóptica de México*, México, Editorial Diana S. A.
- Peñaloza García, Inocente (1989), *13 Poetas del Instituto*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Picón Salas, Mariano (2002), *Simón Rodríguez*, Caracas, Biblioteca Bohemia.
- Recio Renato, Jiménez, Eduardo, Recio, Milena (2006), Cuba, (Col. *El Libro de Oro*), Italia, Editrice, Bonechi.
- Rivera, José de (1985), *Diálogos de la Independencia*, Toluca, Gobierno del Estado de México
- Rodríguez, Simón, (2004), *Inventamos o erramos*, Caracas, Monte Ávila Editores
- Rojas, Arístides (2001), *Crónica de Caracas*, Caracas, *El Nacional*.
- Romero Quiroz, Javier (1976), *El Convento Hospital de Nuestra Señora de Guadalupe y del Señor San José*, Toluca, Gobierno del Estado de México.
- Rosenzweig, Fernando, Hernández, Rosaura, Jarquin, María T., Miño Grijalva, Manuel (1987), *Breve Historia del Estado de México*, Toluca, El Colegio Mexiquense F. C. Gobierno del Estado de México.
- Sánchez García, Alfonso *Toluca del chorizo* (1976), Toluca, Gobierno del Estado de México
- Sánchez García, Alfonso (1993), *Municipio de Toluca de Lerdo*, Toluca, H. Ayuntamiento Municipal.
- Siso Martínez, J. M., (1966) *Historia de Venezuela*, Caracas, Editorial Yocoima
- Tuñón, Julia (1991), *El álbum de la mujer volumen III*, México, INAH.

- Vasconcelos, José (1968), *Breve Historia de México*, México, Cía Editorial Continental S. A.
- Velásquez G., Gustavo (1972), *Toluca de Ayer*, Toluca, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Villoro, Luis (1953), *La Revolución de Independencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Yurrieta Valdés, José (2007), *El Instituto. Crónica de un edificio*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Yurrieta Valdés, José, Avilés Morales, Silverio (2005), *Memoria*, Toluca, Comisión organizadora de los festejos del Natalicio de José María Heredia.

OTRAS FUENTES

- La ciudad de México y sus plazas*, Primera y segunda parte, (1968), México, Revista Artes de México.
- Guía de los masones para la instrucción de sus miembros*. (1982), Edición Facsimilar. México, Productora Gráfica.

*Las voces del torrente, los prismas de la catarata, los penachos de espuma
de colores que brotan de su seno y el arco que le ciñe las sienes, son el cortejo
propio, no mis palabras, del gran poeta en su tumba.*

JOSÉ MARTÍ

Marta Eugenia Leefmans Zurita. Nació en Caracas, Venezuela, en 1944. Desde 1969 radica en Toluca, México, y obtuvo la nacionalidad mexicana. Su formación como escritora comenzó bajo la tutela de Pedro Salvador Ale; cursó varios talleres de narrativa y el Diplomado en Estudios Literarios Propedéuticos en la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Fue alumna de Carlos Elizondo Alcaraz en los talleres sobre vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz y Nezahualcóyotl. Fue colaboradora semanal del diario *El Sol de Toluca* de 1998 a 2025.

Ha sido acreedora de diversos premios y reconocimientos: Presea en Arte y Letras Sor Juana Inés de la Cruz del Estado de México (2014); Premio Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario “Sor Juana Inés de la Cruz” (2011) por *Lluvia*; Premio Nacional de Novela para escritoras “Nellie Campobello” del estado de Durango y Conaculta (2010) por *Fuera del paraíso*; Premio Nacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” de la UAEMEX (2000) por *La dama de los perros*; ganó la publicación de sus novelas indigenistas *La noche en el maizal* y *Lunas después*. Becaria del Focaem/Conaculta en 2004, 2006 y 2009.

Su obra ha sido publicada en revistas, diarios locales e internacionales y antologías. Su poesía aparece en *Raíces*, *Sobre la tierra extraña* y *Muchas lunas después*. Sus novelas: *Lluvia*, *Fuera del paraíso*, *La dama de los perros*, *La noche en el maizal* y *Lunas después*, las cuales han sido merecedoras de varias ediciones, así como los libros para niños: *Tú, que intentas volar*, *Cuéntame de Sor Juana Inés de la Cruz* y *Felipe y su música*, *Cuéntame de Felipe Villanueva*, el ensayo *Furia Melódica* y el entremés *La metamorfosis de Inés*. Es creadora de los libretos para ballet coreográfico *Inés*, sobre sor Juana Inés de la Cruz, y *Mi niña se llamaba Leona*, acerca de la vida de Leona Vicario.

LLUVIA

Lluvia es una indígena de la guajira venezolana, quien crece física e intelectualmente a lado de su hijo de leche; el niño que amamantó y que, con el tiempo, se convirtió en abogado y pensador de alta estima: José María Heredia.

A través de la mirada amorosa que se percibe en los recuerdos de Lluvia, personaje ficticio creado por María Eugenia Leefmans y para algunos críticos uno de los mejores contruïdos, podemos acercarnos a la vida del poeta y político de quien dice nació en Cuba, pero esta novela, en donde la narración fluye con fluidez y ritmo, la autora no sólo nos lleva hacia otro origen, sino también hacia un desenlace insospechado.

SDC